

Esther Peñas

Entrevistos

Conversaciones con
46 personajes
con la discapacidad
de fondo



CēRMi 10 Aniversario
1997-2007

COMITE ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD


Ediciones
Cinca

Director: Luis Cayo Pérez Bueno

Publicado con el apoyo de:



1ª Edición noviembre de 2007

- © Del texto: Esther Peñas, 2007
- © De esta edición: CERMI, 2007
- © De las fotografías, sus autores

Reservados todos los derechos.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

La responsabilidad de las opiniones expresadas en las obras de la Colección *cermi.es* editadas por Ediciones Cinca, S. A., incumbe exclusivamente a sus autores y su publicación no significa que Ediciones Cinca, S. A., se identifique con las mismas.

Diseño cubierta: Juan Vidaurre

Producción editorial,
Coordinación técnica e impresión:
Grupo editorial CINCA
Avda. Doctor Federico Rubio y Galí, 88
28040 Madrid
grupoeditorial@edicionescinca.com

Depósito legal:
ISBN: 978-84-96889-10-1

Esther Peñas

Entrevistos

Conversaciones con
46 personajes
con la discapacidad
de fondo

CeRMi 10 Aniversario
1997-2007

COMITE ESPAÑOL
DE REPRESENTANTES
DE PERSONAS
CON DISCAPACIDAD


Ediciones
Cinca

A modo de introducción, <i>por Esther Peñas</i>	7
Antonio Álvarez Solís - Periodista	11
Elena Markínez - Periodista	19
Pasión Vega - Cantante	25
José Jiménez Lozano - Escritor y periodista	31
Carlos Sobera - Actor y presentador	37
Rosa Montero - Periodista y escritora	43
Quino - Dibujante	49
Tricicle - Humoristas	57
Inma Serrano - Cantautora	63
Juan Echanove - Actor	69
Fernando Savater - Filósofo	81
Vicente Verdú - Periodista y escritor	87
Luis Alberto de Cuenca - Poeta	93
Miguel Ríos - Cantante	101
Rafael Basurto, voz de Los Panchos - Músicos	107
Víctor Ullate - Bailarín y coreógrafo	113
Alejandro Jodorowski - Escritor	121
Fernando Argenta - Músico	127
Javier Sádaba - Profesor y filósofo	133
Menchu Gutiérrez - Escritora	141
Miguel de la Quadra-Salcedo - Reportero, deportista,... ..	147

	<i>Págs.</i>
Raphael - Cantante	155
Presuntos Implicados - Músicos	161
Rosana - Cantante	167
Lola Herrera - Actriz	173
Clara Janés - Escritora	179
David Delfín - Diseñador	185
Isabel Coixet - Director de cine	191
José Antonio Millán - Lingüista	199
Javier Rubial - Compositor y cantante	205
Carmen Conesa - Actriz	213
Luz Casal - Cantante	219
Mayte Martín - Cantante	227
Rosa Torres-Pardo - Pianista	233
Eugenio Trías - Filósofo	241
Rosa Zaragoza - Cantante	247
Pilar Pedraza - Escritora	253
Antonio Colinas - Escritor	261
Cristina Peri Rossi - Escritora	271
Martirio - Cantante	283
José María Pou - Actor	291
Remedios Cervantes - Actriz	301
Fernando Márquez, El Zurdo - Cantante	307
José Luis Alonso de Santos - Dramaturgo	315
Antonio Monda - Escritor y catedrático	323
Jaime Urrutia - Cantante	329
Esto no es una entrevista con Esther Peñas, <i>por Luis Cayo Pérez Bueno</i>	337

A MODO DE INTRODUCCIÓN

En junio de 2003 comenzó uno de los periodos profesionales que mayores satisfacciones me ha procurado: el de encargarme de una sección fija de entrevistas, el género periodístico por el que siento una mayor sensibilidad y empatía. Así nació este «Cuartos de invitados» que ocupa la contraportada de una publicación tan importante para las personas con discapacidad como *cermi.es*

La idea era ambiciosa; por un lado, conocer un poco más la faceta humana de esos hombres y mujeres que han destacado y destacan en el mundo de la Cultura; por otro, indagar la vinculación que mantuvieron o mantienen con la discapacidad, fuera bien circunstancial (la representación de un personaje, su participación en un concierto solidario, etc.) bien constante (un compromiso adquirido, la proximidad de un familiar discapacitado, etc.). Todo ello me permitió —y espero que también a los lectores— reflexionar sobre puntos de vista diferentes, interesantes, válidos. Distintos.

Cineastas, músicos, fotógrafos, dibujantes, periodistas, humoristas, bailarines, aventureros, modistos, escritores, actores, directores o filósofos de primer orden se han acomodado en esta sección, que es ya casi como mi casa, un espacio en el que pretendo que se sientan tan cómodos que la entrevista se convierta en una conversación distendida, atractiva, seductora. Nunca he permitido que el desconocimiento de alguna materia, disciplina o el propio prejuicio frente al

posible candidato fuese en detrimento de la entrevista. Estoy de acuerdo con Chesterton cuando dice que «no hay en el mundo un tema que no sea interesante; lo que sí puede haber son personas que no se interesen por ellos».

Para conseguir ese ambiente acogedor y cómodo, he tratado de que las entrevistas fueran presenciales, algo que conseguí en la mayoría de los casos, citándome con ellos en sus casas, en las editoriales, en un cálido café, las discográficas... Pero no siempre pudo ser. En mi descargo diré que a veces el tiempo «robado» al entrevistado, cuando éste estaba al otro lado de la línea telefónica, superó con creces el que me hubieran concedido para una cita en persona. Y curiosamente, de las cinco entrevistas realizadas por correo electrónico, dos de ellas resultaron ser deliciosas por el juego de réplicas y contrarréplicas que originaron. De todas ellas algo he aprendido; qué duda cabe que hay personajes con los que uno establece más simpatías, mayores afectos, ciertas admiraciones o, incluso, reforzados rechazos. He tratado de contener mis vehemencias, eso sí.

Pido al lector que sea comprensivo con las inexactitudes que pueda encontrar en estas entrevistas a causa del paso del tiempo: edades o cálculos que ya no se corresponden, libros o discos que ya no son los últimos, grupos que ya no están en activo... Apelo a su benevolencia.

No quisiera concluir esta pequeña introducción sin agradecer la total libertad de la que disfruté a la hora de elegir en compañía de quién me acomodaba en este «Cuarto de invitados». Asimismo, con este libro exorcizo la frustración a la que me enfrentaba en cada número al encajar el abundante material de que disponía en las cuatro columnas que conforman mi espacio reservado en la contraportada, algo que sólo conseguía a base de cortar por aquí y por allá, preservando el sentido y reservando (para ocasiones como esta) muchas reflexiones que no tuvieron cabida en su momento. Se me disculpe —por cierto— el

apuntarme a la última fotografía. No pude resistir la tentación de *cerrarme* en el libro.

Por último, quisiera dar las gracias a cuantos han colaborado con esta sección a lo largo de estos años: A Luis Cayo Perea Bueno, por la confianza, las sugerencias, el cimiento y el título de este libro; a mis compañeros (Blanca, Almoguera, Patri, Inés, Kiko, Fernaud...) quienes confiaban en mí cuando ni yo misma lo hacía; a los diseñadores, por su cariño y comprensión (Múgica, Emilio, Óscar...); a los fotógrafos (Jorge —tan agradecido con mis preguntas—, Tarek, Ana, Dana, Carlos...); a los lectores, que dan sentido a este habitáculo; a los entrevistados, que me regalaron su tiempo y su complicidad; a los jefes de prensa, representantes y cuantos intercedieron por mí ante el entrevistado; a Ubach y Amorós, por sus enseñanzas; a Javier Lorente (raudo en el envío de las fotografías); a cuantos me dieron pistas para llegar al personaje (Cereijo), y a quienes me propusieron preguntas o me enriquecieron con sus comentarios (Otero, Sandra, Bruno, Siso, Eva, Estefanía, Yolanda...); a Serafín, por su talento en la portada y por hacerme huecos; a José Luis Muñoz (por su ayuda para con la entrevista de Lola Herrera) y a Patricia García (por la suya en la de Rosa Torres-Pardo). En memoria de Mari. A mis padres, mi familia, mis amigos. A Pilita. Ellos me han hecho posible.

Esther Peñas

«Me enseñó a leer
una analfabeta»

Antonio Álvarez Solís
Periodista



Nos recibe en su casa él mismo, rodeado de tres perros que, según explica, ha ido salvando de la perrera. Hay varias fotografías de la Macarena, numerosos recuerdos, y un enorme cuadro del general Queipo de Llano. Me extraña, porque todo el mundo sabe que Antonio Álvarez Solís es un tipo de izquierdas. «Es el abuelo de mi mujer». La vida es, a veces, socarrona.

Le sobra experiencia profesional. Con veintisiete años fue redactor jefe de «La Vanguardia». Durante los tiempos más duros para la profesión —cuando todavía existía la censura— dirigió la revista «Interviú». Desde entonces no ha habido medio que se le resista, sea prensa, radio o televisión. Licenciado en Derecho, Álvarez Solís es un tipo humilde, sencillo, que irradia ternura y lucidez a cada gesto y palabra pronunciada. Ya ha dejado de fumar, pero agradece que alguien «le fume cerca».

—¿Tanta adicción provoca el periodismo que uno no se jubila nunca?

—Es que el periodismo es un oficio; un oficio muy modesto eso sí, pero no una profesión.

—Entonces, ¿qué hacemos con la licenciatura de Ciencias de la Información?

—Respeto mucho la Universidad, y deseo que quien tenga un título sepa aprovecharlo. Pasar por la Universidad siempre es bueno. Pero en mis tiempos éramos gentes variopintas venidas de otros campos y a quienes todo nos apasionaba y no creo que lo hiciéramos mal del todo. Los periodistas éramos una especie de náufragos.

—**¿Qué es para usted el periodismo?**

—Un respeto mutuo.

—**Y uno, ¿cómo sabe que tiene madera de periodista?**

—Eso es muy fácil. Imagínese, señorita, que usted está enamorada de un mozo al que lleva persiguiendo años. Por fin consigue estar a solas con ese muchacho. En el momento *supremo* recibe una llamada y le dicen que el museo de El Prado está ardiendo. Si usted le dice al mozo: «Verás, te querré a partir de mañana porque ahora me tengo que marchar» y se va zumbando a El Prado, es que lleva un periodista dentro.

—**Usted ha sido profesor en la materia. ¿Sería capaz de darme una lección de ética periodística en tres líneas?**

—Cuando mi padre me encargó entrevistar a Barbara Ward, que dirigía en ciernes un emporio de cosmética (Myrurgia), no pude llevar fotógrafo, así que le pedí una fotografía. Ella no tenía, pero me prestó su pasaporte. Al llegar a la redacción, mi padre me preguntó por su edad. Aquella era una pregunta importante y no la hice. Le dije que no lo sabía pero que tenía su pasaporte. Mi padre me preguntó que para qué me lo había prestado. «Para sacar su foto». «Entonces te quedas sin publicar su edad», me dijo. Ésta es la ética periodística.

—**¿Qué entrevista recuerda con mayor cariño?**

—Muchas... por citar una mencionaré la que hice a Antonio Machín cuando le acusaron de haber asesinado a su esposa.

—**No me imagino a don Antonio Machín de asesino...**

—Yo tampoco.

—**¿Qué opina sobre la era de la información?**

—Que es una falacia. Información es cuando sabemos su origen, su propósito, quién te la da, a quién corresponde y qué persigue. En-

tonces es información, pero de lo que nos surten los medios de comunicación me temo que son noticias, no información.

—No puedo resistirme. ¿Qué había guardado en la caja fuerte de Interviué en la época en que usted lo dirigía?

—Muchísima información muy delicada. Alguna ha sido publicada, otra, que yo sepa, no. Y quizás muchas de esas cosas jamás se publiquen. Hombre, recuerdo el caso de los Rosones, por el que casi me encierran. Fue algo muy sonado. Secuestraron la revista varias veces, y eso que no publicamos todo lo que teníamos.

—¿Le hace falta a una revista como Interviué los desnudos que practica?

—Yo siempre me he opuesto al desnudo, pero es cierto que con él teníamos el porcentaje ideal: erotismo, política, sangre y curiosidad. Cuando dejé la revista, tenía 977.000 ejemplares de venta y un millón cien mil de tirada. En seis meses bajó a 250.000 ejemplares, y las señoritas seguían saliendo. Luego la gente no nos compraba, o al menos no como único motivo, por los desnudos.

—Usted ha sido de los pocos periodistas condenado por blasfemia.

—Sí, se empeñó una señora de Badajoz. Todo por publicar unos versos de un poeta homosexual inglés que hablaban sobre el Descendimiento. Hasta los teólogos convocados me dieron la razón, pero la señora de Badajoz era testaruda y llevó el caso al Supremo. Finalmente fui absuelto.

—¿Es un hombre religioso?

—Sí, soy cristiano.

—Álvaro Pombo tiene un verso precioso: «Señor, te rogamos que la jarra contenga el agua». ¿Usted reza?

—Sí, muchísimo. Sobre todo el «Padre nuestro». Es una oración preciosa. Me encanta entrar en una iglesia y sentarme en el último banco. Ésa es mi manera de hablar con Dios.

—**Tengo entendido que, cuando se cambió de casa, su máxima preocupación era medir las paredes para colocar sus libros.**

—Es cierto. Los libros son uno de mis vicios. En mi biblioteca debe de haber unos dieciocho mil volúmenes; comprenderá que eso me provoca muchos problemas de espacio.

—**Cíteme un par de libros que le hayan influido profundamente.**

—«El Quijote». Tengo los doce tomos de la edición de Rodríguez Marín. «El Quijote» es un libro fundamental. «El hijo pródigo», de Paul Bowles, es otro que me ha marcado. La parábola del hijo pródigo es una de las grandiosidades del cristianismo. Y como periodista tengo que mentar a Camba, por ejemplo, entre otros muchos. O a Mark Twain.

—**Humoristas con gran talento ambos. España ha dado muchos: Jardiel, Mihura, Neville, López Rubio...**

—Sí, todos ellos auténticos genios. Pero los españoles utilizamos más el sarcasmo. El mismo chiste es una connivencia entre dos acerca de un tercero que está ausente. No me interesa. El humor es otra cosa.

—**¿Qué?**

—Una reflexión ética sobre uno mismo.

—**Hablando de libros, circula un rumor según el cual usted ha sido negro de María Teresa Campos...**

—No, nunca.

—**¿Quién le enseñó a leer?**

—Una analfabeta. Mi tata Úrsula. De pequeño descubrí que ella cogía los libros pero que no leía nada porque no sabía leer, así que

se inventaba las historias. Me pareció un gesto tan hermoso que decidí aprender a leer para ella.

—**Me ha emocionado.**

—Bueno, le tengo mucho cariño a mi tata Úrsula. Ella era pura ternura, y no hay inteligencia sin ternura.

—**Lo que acaba de decir sí que es inteligente.**

—Muy amable.

—**¿Se considera anciano?**

—Soy anciano. Caramba, tengo 73 años. Pero, por favor, no me diga eso de que estoy reciclado porque es impúdico. A ningún mayor se le puede pedir que se recicle. Todo anciano tiene una vida vivida detrás y es la que debe aportar a los jóvenes. Su experiencia no puede reciclarse. No debe renunciar a ella.

—**Tiene muchas, pero dígame una ventaja de la senectud.**

—Los ancianos somos presente permanente.

—**¿Un anciano enamorado?**

—Sí. Enamorado.

—**Disculpe el tinte erótico: ¿es incompatible el sexo con la ancianidad?**

—En absoluto. Lo bueno de estar entrado en años es que no tenemos urgencia. La relación de pareja no tiene porqué acabar en la cama. Ahora todo se fundamenta en el sexo, pero si uno todo lo basa en el sexo termina por perder la sensibilidad. Los mayores alargamos los tiempos; hay más prolegómenos, nos recreamos más con otras pequeñas cosas de la relación que de joven se pasan por alto.

—Escuchándole hablar y observando su planta no me puede negar que ha sido un seductor.

—Bueno, lo cierto es que he estado con muchas mujeres, sí, pero creo que estaban conmigo por pena. Me debían ver con cara de hambre y les inspiraba simpatía. Todas me regalaban caramelos, trufas... Qué se yo. Pero seductor... además, he sido incapaz de meter mano, con perdón de la expresión, a ninguna mujer. ¿Cómo se hace? ¿Tienes que pedirle permiso? Imagínese: «Señorita, ¿me permite meterla mano en el escote?».

—¿Es hombre de una única mujer?

—Por supuesto. En realidad, yo ya nací casado.

—Le he robado tres horas de su tiempo. La última: un desafío que tenga aún pendiente.

—Escribir un libro sobre la mujer, sobre la cultura femenina. Cada vez estoy más convencido de que somos especies distintas.

«De pequeña quería
ser misionera»

Elena Markínez
Periodista



Tiene claro una cosa: no quiere desvincular su carrera profesional del compromiso social. No le interesa otro tipo de periodismo. Se encuentra muy a gusto dirigiendo «Un mundo sin barreras» y defiende sus contenidos con vehemencia. «Los temas sociales, aparte de ser los más humanos son, hoy más que nunca, necesarios».

—La «k» de su apellido desconcierta. ¿Cuántas veces se lo han escrito mal?

—Me da igual que lo escriban con «k» o con «q», castellanizado o en euskera, pero el apellido es «Markínez». No es nombre artístico en ningún caso.

—Usted comenzó su carrera profesional en TVE presentando el programa: «En paralelo, los jóvenes». ¿Qué le animó a cambiar de medio?

—Siempre me ha gustado mucho la radio, y entiendo que es el medio en el que consigo que las cosas sean tal y como las he imaginado. Es decir, la cadena de mando o el proceso de elaboración en televisión o en prensa escrita se te escapa un poco de las manos; en radio, el producto final se aproxima bastante a lo que tú habías pensado hacer en un principio. Además, el directo tiene una magia especial que me encandiló desde el principio, y el proceso creativo me resulta más bonito, más cercano y más manejable.

—¿Cuánto hay de verdad en el mito a propósito de la magia de la radio?

—Para mí no es un mito. Quizás alguien se lo cuestione, pero no es mi caso. Además, es una pelea contra el tiempo preciosa. En «Un

mundo sin barreras» se preparan entrevistas con testimonio humano, reportajes, crónicas en directo, etc., y todo ello tiene que entrar en 55 minutos. Qué curioso: toda la vida estudiando letras para que, al final, tengas que echar números.

—Cuando se puso al frente de «Un mundo sin barreras, ¿creyó que un espacio de esas características seguiría tantas temporadas en parrilla?

—Sí, porque cuando comencé a hacerlo ya tenía una trayectoria sólida. Además, creo que es necesario un programa de contenido social y, en la medida que sigamos teniendo el apoyo de Fundación ONCE, que es fundamental, se mantendrá en antena.

—De todas las historias que ha podido escuchar en el tiempo que lleva al frente de «Un mundo sin barreras», ¿recuerda alguna que todavía la emocione?

—Lo que acaba pesando más es el testimonio de superación de personas que se han enfrentado a una situación complicada, a un reto difícil, y han salido airosos de él. A ese respecto la cosa va desde una monja estupenda en Mozambique, cuando las inundaciones, que no abandonó el hospital que estaba a su cargo, y en el que atendía a enfermos terminales de SIDA y tuberculosos, hasta testimonios más conocidos como la niña de cristal. Este tipo de historias me hacen sentir que programas como «Un mundo sin barreras» tiene mucho sentido.

—Con la conmemoración del Año Europeo todos los medios se están volcando en el asunto. ¿Cree que cuando ya no toque seguirán cubriendo el tema con tanto ahínco?

—El problema de los «años de...», que están muy bien porque sirven para que el tema suene y nos enteremos de qué pasa y podamos trabajar por la integración, son una serie de actos oficiales sobre los que ir informando, que van en detrimento de historias personales o

de movimientos asociativos que están consiguiendo logros y que son los promotores reales de que las cosas cambien.

—**Este parece ser un buen año para el colectivo: nueva LISMI, ley del patrimonio especialmente protegido, ley de familias numerosas con apartado especial para personas con discapacidad. A su juicio, ¿cuál ha sido el gran avance de los discapacitados?**

—Creo que el mayor logro es que se ha normalizado la presencia de personas con discapacidad en la calle y en el ambiente de trabajo. Hace unos años era impensable. Ahora está muy normalizado y la gente lo pelea.

—**¿Compra el cupón de la ONCE?**

—A veces; no soy muy jugadora, pero cuando me acuerdo lo compro.

—**¿Tenía claro desde niña que quería ser periodista?**

—Sí, desde muy pequeña. Quería ser muchas cosas, y el periodismo me parecía la mejor manera de participar de todas ellas. Aparte de periodista, de pequeña también quería ser misionera.

—**Eso es que estudió en colegio de monjas...**

—Pues sí.

—**¿Cuál fue el último concierto al que acudió?**

—Al de «Músicos solidarios». Pero voy otro tipo de conciertos, vaya; si Miguel Bosé actuara no me lo perdería. Este verano iré a ver a uno de mis grupos favoritos, Manhattan Transfers.

—**Suponga por un momento que usted es la profesional que es hoy en día pero que no presenta «Un mundo sin barreras». ¿Qué tipo de espacio le gustaría conducir?**

—Un *magazine* ligado a la actualidad, abierto a todos los temas y dedicado a todo aquello que no ocupa los titulares de política nacional e internacional. Pero me gusta mucho el programa que hago.

«La pureza sólo debe
conservarse en el
espíritu, todo lo demás
ha de estar mezclado»

Pasión Vega
Cantante



Con poco más de 20 años, Ana García, Pasión Vega (Madrid, 1976) ha publicado cinco discos, de los que ha vendido miles de copias. Su voz se la disputan los mejores compositores del momento, desde Javier Ruibal hasta Ernesto Halffter. Llena todos los auditorios en los que actúa y su público abarca todos los segmentos de población. Es la nuera perfecta.

—**¿Cómo prefiere que la llame, Ana o Pasión?**

—Eso depende de ti. Como prefieras.

—**¿Por qué eligió el nombre artístico de Pasión Vega?**

—«Vega» es mi segundo apellido, y el nombre de «Pasión» definía bastante bien mi filosofía de la vida y, sobre todo, mi manera de entender la música. Mi música es intensa, vehemente.

—**Vaya, que es usted una mujer apasionada...**

—Sí, mucho.

—**En sus primeros discos cantaba copla, ¿se considera una folclórica?**

—No. Lo único que intento es transmitir emociones cantando, al tiempo que esas mismas canciones me emocionen, pero folclórica... hombre, si te refieres a cantar aquello que pertenece al folclore popular, supongo que sí, pero como término aplicable a gente como Concha Piquer o Juanita Reina, no. Creo que tengo otro estilo diferente, aunque estoy orgullosa de que una de mis fuentes haya sido y siga siendo la copla.

—**¿Qué son exactamente esas «Banderas de nadie» con las que titula su último disco?**

—Son cada una de las canciones que lo componen. Una vez grabadas forman parte de quienes las escuchan, y dejan de ser mías o del autor. Se convierten en eso precisamente, en banderas de nadie. Y también porque es una frase que define muy bien la música en tanto en cuanto es un idioma que no entiende de sexo, edad, ideologías, nacionalidades... La pureza sólo debe conservarse en el espíritu, todo lo demás ha de estar mezclado.

—**Martínez Ares es su compositor, digamos, oficial. Sin embargo, nombres como Rosana, Sabina, Carlos Cano, Laura Granados y otros muchos han trabajado para usted. ¿Con cuál de ellos se siente más cómoda?**

—Es complicado mentar un nombre... Todos los que has mencionado han sabido tocarme la fibra como cantante. Me emociono al interpretar cada una de las canciones que he escogido para mis discos, las disfruto y las expreso al máximo. Y son canciones que crecen según pasa el tiempo. Y eso sólo ocurre cuando el autor es un genio.

—**La voz engastada, recia, que pasea por el escenario sería capaz de alcanzar cuanto se propusiese. ¿Tiene algún reto profesional?**

—Me encantaría poder lanzar mi último disco en Portugal, y grabar una versión en portugués del tema «Lejos de Lisboa». Ahora mismo, mi principal reto es buscar temas nuevos, encontrar otros más autores y seguir con los que tengo. Y profundizar en la música. ¿Puedo añadir otra cosa?

—**Faltaría más...**

—Pues me haría feliz que mi disco entrase en las listas de ventas de los países europeos, en Francia, sobre todo.

—**¿Con quién le gustaría compartir escenario?**

—Con mucha gente... por nombrarte a alguien Sabina o Serrat, que son dos referentes para mí.

—**¿Cómo es Pasión Vega cuando se baja de un escenario? O mejor, ¿cómo es Ana García?**

—En Pasión hay mucho de Ana y viceversa. Pero cuando me subo a un escenario soy más mujer, me vuelvo más sensual, me encuentro más madura. En mi vida cotidiana, cuando soy Ana, soy más risueña, más niña, más sencilla.

—**¿Ha rayado algún disco de tanto escucharlo?**

—Es que ahora, como ya son CD, es complicado... Pero el de «Mediterráneo», de Serrat, ha estado a punto.

—**En uno de sus últimos conciertos en Madrid, en el palacio de Congresos, acabó el recital con una preciosa canción, «Malagueña». Sin embargo, usted es de Madrid. ¿Qué le queda de madrileña?**

—Nací en Madrid, pero con tres años me fui para Málaga, y de allí me siento. De madrileña tengo poco, la verdad, aunque paso mucho tiempo en la capital por motivos de trabajo. Soy andaluza por los cuatro costados.

—**¿Qué le dice la palabra discapacidad?**

—Pues es una palabra a la que ya deberíamos de habernos acostumbrado. Pero creo que no es así, que todavía queda mucha gente que no se ha dado cuenta de que si no defiende los derechos de las personas con discapacidad tampoco está defendiendo los suyos.

—**¿Usted ha tenido algún tipo de vinculación con el mundo de la discapacidad?**

—Sí, cuando estaba en la Facultad, estudiando Magisterio, trabajé con personas con Síndrome de Down, ayudándoles con su psicomotricidad.

—Y, ¿qué aprendió de ellos?

—Todo. En realidad la única que aprendió allí fui yo. Me enseñaron una inteligencia que está mucho más allá de todo lo que nosotros creemos que es la inteligencia al uso, una ternura enorme, unos valores humanos fascinantes. Eran muchachos luchadores, con una ilusión desbordada. Fue una experiencia maravillosa.

—Si una persona sorda le pidiese que le describiera cómo es su música, ¿qué le diría?

—Soy bastante expresiva sobre el escenario, así que creo que le costaría poco saber si estoy cantando al amor apasionado, al amor perdido...Le explicaría que canto sobre todo aquello que esa persona le puede preocupar.

—Una curiosidad casi morbosa: ¿por qué cuando le hacen una entrevista hablan sólo de sus dos últimos discos y los tres primeros no aparecen ni siquiera en su página oficial?

—Porque los otros tres no han tenido apenas promoción ni repercusión... Creo que sólo tú los conoces.

«Me preocupa que
la gente no se cuide
respecto de la
información que
consume»

José Jiménez Lozano
Escritor y periodista



Tiene 73 años. Ha publicado más de cuarenta títulos de todos los géneros: novelas, relatos cortos, ensayos y poemarios. A pesar de ello, nuestro último Premio Cervantes, el abulense José Jiménez Lozano (Langa, Ávila, 1930) es un autor poco conocido para el gran público. «A mí siempre me interesó escribir. La fama es secundaria siempre».

—Queda un tanto lejano, pero mi enhorabuena por el premio Cervantes.

—Gracias. A veces me siento como un mono de feria: «mirad, aquí está el Premio Cervantes». Hay gente que no se ha preocupado por ti jamás y de pronto tienen urgencia por entrevistarte.

—¿Qué libros lee un premio Cervantes?

—Procuro leer libros que tengan, por lo menos, doscientos años, así leo sobre seguro. También leo a los amigos, claro está. Ah, me gusta mucho la escritora polaca, la del Nobel...

—¿Zimborska?

—Sí, sí, Vísława Zimborska. Es fabulosa, de una sencillez admirable.

—Premio Nacional de las Letras Españolas, Medalla al Oro al Mérito en las Bellas Artes, Premio Castilla y León de las Letras, director durante años de un periódico veterano como «El Norte de Castilla»..., ¿usted fue buen estudiante?

—No era malo, la verdad. Recuerdo que hablábamos bastante en clase, y uno de nuestros profesores, un dominico, siempre me echaba de clase; era una manera de imponer su autoridad. Después me

decía «lo siento José, ya sé que siempre te expulso a ti, pero te lo tendré en cuenta».

—**Cuando transcriba la entrevista, ¿cómo quiere ser presentado, como escritor o como periodista?**

—El periodismo con la literatura no tiene que ver nada. El periodismo para mí es una profesión, y lo de escribir es una manera de ser, una manera de estar en el mundo. Ponga las dos cosas, por favor.

—**¿Qué le dice la palabra «discapacidad»?**

—No soy, ni por asomo, conocedor de la materia, pero creo que entre todos deberíamos de hacer todo lo posible para conseguir que se integren en una sociedad a la que pueden y deben aportar muchos valores. En ningún caso deben convivir en compartimentos estancos. La sociedad necesita de ellos, al igual que ellos nos necesitan.

—**El 2003 es el Año Europeo de las personas con discapacidad. ¿Lo sabía?**

—Sí, sí, estoy al tanto. Me gustaría pensar que el próximo año, que no tocará, los medios de comunicación hagan la misma cobertura del colectivo.

—**Al mencionar a los medios de comunicación su tono de voz me ha sonado escéptico...**

—La gente no se cuida lo más mínimo respecto de la información que consume. Eso me preocupa.

—**¿Qué otras cosas le inquietan?**

—El relativismo. Me pone nervioso que la gente opine de todo sin tener idea de casi nada. La opinión no sirve de nada, porque no es una certeza. La gente adopta un discurso que ha escuchado en los medios de comunicación pero que no se ha molestado en valorar ni analizar. A la gente le da vergüenza decir que «no sabe tal o cual

cosa». Prefiere opinar. Pero no todas las opiniones son válidas ni respetables, como se nos obliga a creer.

—¿Le desasosiega la muerte?

—Como dice la Biblia: «toda carne tiembla ante la muerte».

—**Sin embargo, la española es una cultura en donde la muerte está más que presente: los toros, la Semana Santa, Unamuno...**

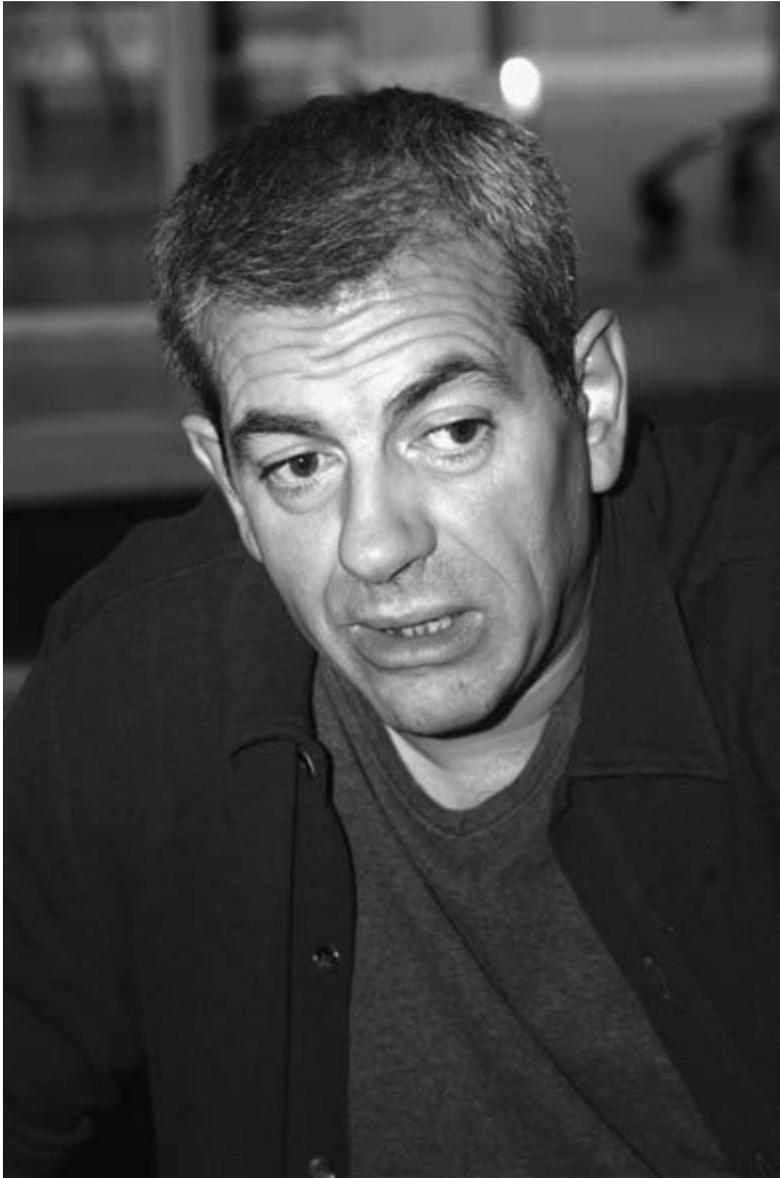
—Pero la civilización moderna es bastante idealista en el peor de los sentidos. Por eso la muerte nos parece algo imposible. Nos hemos desacostumbrado al dolor. ¡Pero si la gente acude a urgencias por un dolor de muelas!

—¿Qué proyecto literario tiene entre manos?

—Seguir escribiendo es ya un proyecto ambicioso. Seguiré contando a los demás lo que veo dentro de mí.

«En este momento
la televisión es una
basura y me da
bastante asco»

Carlos Sobera
Actor y presentador



Tras licenciarse en Derecho, su carrera como actor fue imparable: numerosas series de televisión, obras de teatro, películas, anuncios y la responsabilidad de presentar uno de los concursos con mayor aceptación: 50 × 15. Recién estrenada su última obra, «El Club de la corbata», nos recibe sobre el escenario.

—«El club de la corbata» ha hecho las cosas a la antigua usanza. Ha estrenado en Toledo, ha realizado una intensa gira por provincias y, después, llega a Madrid. ¿Ha sido premeditado?

—En este caso sí. Apetecía primero rodar la función durante seis meses, estrenar en Madrid y volver a sacarla por provincias un par de meses más.

—La obra, ¿tiene más adeptos masculinos o femeninos?

—En general, al teatro van más las mujeres que los hombres, y eso se comprueba también en nuestro público.

—Si «El Club de la corbata» aún no se hubiera estrenado, ¿qué otra obra en cartelera me aconsejaría?

—«Cinco horas con Mario», «Excusas»... y con recomendar dos de la competencia ya está bien.

—Con el sayo del humor y de la humildad, la obra aborda temas trascendentales, como la amistad. ¿Cómo la definiría usted?

—Es complicado definir la amistad, y yo no me atrevo. Pero es cierto que la obra trata de una complicidad llevaba al extremo que, como casi siempre ocurre, por una tontería estalla. Y

cuando algo dinamita una relación se inicia un camino sin retorno.

—**¿Tiene muchos amigos?**

—Tengo mucha gente a la que quiero y que me quiere, pero amigos, de los que puedes contar en los peores momentos, pocos.

—**Lo de la soledad del hombre moderno, otro de los temas que toca la obra, ¿es un mito?**

—No, en absoluto. Es una de las grandes contradicciones de nuestra época. Mucha globalización pero la gente, en lo fundamental, está sola. Y esa soledad proviene de que las personas no saben qué hacer con su tiempo libre y de que la sociedad está muy mecanizada e industrializada. Si quieres tomamos un café y lo discutimos. Así podremos combatir la soledad.

—**Usted se mira mucho al espejo, ¿verdad?**

—Prácticamente nada...

—**No me lo creo...**

—Haces bien. Lo cierto es que ya no soy lo que era antes; veo fotos mías de hace un par de años y ¡hay que ver lo que se estropean los cuerpos!

—**Si su vocación le viene de niño, ¿por qué se licenció en Derecho?**

—No son cosas incompatibles. Además, creo que existen muchas concomitancias. Si no, observa la cantidad de series norteamericanas que giran entorno a la abogacía. En cualquier caso, Derecho me ha parecido muy interesante y nunca me he arrepentido de haberme licenciado en esta carrera.

—**¿Cuál es su actor de referencia?**

—Cuando eres profesional procuras no tener ninguna referencia por aquello de que es mejor tener un estilo propio, sea mejor o peor, y cultivarlo. Pero actores como Agustín González, Fernando Fernán Gómez... merecen todo mi respeto, aunque es injusto dar nombres. Y del otro lado, Jack Nicholson, por su histrionismo, Robert de Niro, aunque últimamente se repite mucho, y Al Pacino.

—**Usted fue TP de oro al mejor presentador. Si no trabajase en Euskal Telebista, ¿echaría de menos la televisión?**

—Mucho, sobre todo por su inmediatez, por la tremenda espontaneidad que tiene frente a la disciplina y rigidez que exige el cine o el teatro.

—**¿Es fiel a algún espacio televisivo?**

—No. En este momento la televisión es una basura y me da bastante asco.

—**¿Cree que tenemos la televisión que nos merecemos?**

—Sin duda. Los únicos inteligentes en el juego de la televisión son los directivos, que están aquí para ganar dinero y lo ganan, y a mansalva, a costa de ofrecernos porquería que la gente consume a toneladas. La culpa es, única y exclusivamente, del público. Una parte de nuestro país está gravemente enferma, necesita tratamiento psiquiátrico o un poquito más de educación.

—**¿Qué le dice la palabra discapacidad?**

—Que las personas con discapacidad tienen que hacer un sobreesfuerzo para incorporarse al ritmo de vida que llevamos, y que no siempre les ayudamos lo suficiente.

—**¿Por qué colabora con la Asociación de Esclerosis Múltiple de Bilbao?**

—Primero, porque me lo pidieron. Segundo, porque es una causa justa.

—2003 es el Año Europeo de las personas con discapacidad. ¿Lo sabía?

—Claro. Entre todos podemos eliminar las barreras que nosotros mismos hemos levantado para que las personas con discapacidad se integren de una vez por todas y no tengamos que celebrar años como éste.

—Para terminar, una pregunta tonta. ¿Se sufre mucho siendo del Athletic?

—Pero se disfruta más.

«Los periodistas tenemos
un compromiso con
las personas con
discapacidad»

Rosa Montero
Escritora y periodista



Érase una vez una mujer testaruda. Una mujer que quiso ser hippie y dar la vuelta al mundo... y la dio. Una mujer que quiso ser actriz... y trabajó por y para el teatro. Una mujer que quiso ser fiel devota de la palabra... y escribió novelas, cuentos, artículos e, incluso, un libreto para una ópera («El cristal de agua fría»). Una auténtica mujer del Renacimiento. Su nombre: Rosa Montero.

—Recientemente, recibió el premio «Juan Luis Marroquín» por su trabajo en favor de las personas sordas. ¿Qué supuso para usted este galardón?

—Ha sido uno de esos premios que agradeces más y que recibes con el corazón porque están dados con sinceridad, pero el premio se lo tenía que haber entregado yo a ellos por permitirme conocer de cerca el mundo de las personas sordas.

—¿Los personajes públicos deben comprometerse más con causas como la de las personas con discapacidad?

—Públicos y no públicos: todos debemos estar atentos a la complejidad de la sociedad. Pero, desde luego, los periodistas tenemos un compromiso con las personas con discapacidad.

—Cuando termine 2003, ¿habrá la misma cobertura por parte de los medios hacia este colectivo?

—Tocará menos, pero la visibilidad es irreversible. Una vez que se ha adquirido, como la han adquirido las personas con discapacidad, es mucho más difícil meter a la gente en la catacumbas. Hemos roto ese muro.

—**Usted ha realizado más de 2.000 entrevistas. Dígame alguna que guarde con especial cariño.**

—La que le hice a Muhammad Yunus, el creador de los microcréditos. Es un hombre que pasará a la historia como benefactor de la Humanidad y, sin embargo, es un tipo con un sentido práctico admirable, humilde y con una sensibilidad impresionante.

—**¿Qué tienen las Capricornio que les distinguen de los demás?**

—Somos tremendamente cabezotas.

—**«La loca de la casa», título de su última novela, es la denominación que hacía Santa Teresa a la imaginación. ¿Es usted una persona religiosa?**

—Soy agnóstica, pero el ser humano es esencialmente religioso en cuanto a su necesidad de unirse con el todo, de saberse trascendente, de buscar sentido a la menudencia de su vida. De cualquier manera, Santa Teresa es una escritora espléndida.

—**Lo que más me gusta de su último libro es que se nota que se lo ha pasado pipa escribiéndolo.**

—Sí, lo he disfrutado. Tienes que escribir el libro que quieres, porque la novela es un sueño diurno, y sobre todo escribir para el lector que llevas dentro. Desde luego es el libro más feliz de todos los que he escrito, donde lo creativo ha fluido de manera más libre.

—**Es muy interactivo en el sentido de que el lector es quien decide creer lo que quiere creer.**

—Muy astuta la reflexión. Sí, he querido que el lector participe del proceso creativo.

—**Y supone una bofetada a quienes piensan en la muerte de la novela...**

—No sabes cuánto me alegro de que pienses así. La novela está vivísima, y no tiene sentido pensar de otro modo.

—**Ahora mismo qué le apetece más, ¿una buena partida de mus o un viaje?**

—Jugué tanto al mus que terminó cansándome, pero me sucede lo mismo con los viajes...

—**¿Lo dejamos en tablas?**

—Hecho.

«Dibujo pensando que
se puede mejorar
un poco el mundo»

Quino
Dibujante



Padre de uno de los iconos más queridos y celebrados del pasado siglo, Mafalda, esa niña respondona que quería ser traductora de las Naciones Unidas para mejorar el entendimiento entre países, Quino (Joaquín Salvador Lavado, Mendoza, 1932) refleja en sus viñetas lo surrealista del ser humano, las complejidades propias de la pareja, la incompreensión absurda del hombre frente a las injusticias. Y todo ello con una ternura impropia —o quizá inherente— a todo hombre decepcionado por la situación actual del mundo.

—¿Prefiere que le llame Joaquín o Quino?

—Quino, si no le importa.

—¿Se siente un personaje querido?

—Sí, sí. Evidentemente, a estas alturas de mi carrera profesional he tenido muchas muestras de cariño en muchos países, no sólo en el mío. Y es algo que agradezco.

—¿Cómo es un día normal en la vida de Quino?

—Lo normal es que esté sentado en mi mesa de trabajo. Tendría que salir a caminar, ya sé... pero la mitad del día la paso pensando en lo que hay que dibujar y, el otro medio, dibujo. Aunque cuesta más pensar en lo que se va a hacer que hacerlo.

—¿Qué humoristas gráficos españoles despiertan su admiración?

—Hay algunos fabulosos... los nombro siempre... Chumy Chúmez, a quien quería muchísimo; El Roto, hijo directo de Chumy; Gila, con ese humor brutal...; Mingote... Todos ellos me han influido mucho.

—Hace un par de años fue nombrado por la Universidad de Alcalá de Henares como Catedrático Honorífico del Humor. ¿Cómo es eso de institucionalizar el humor? ¿Se puede enseñar?

—No, en absoluto. Es un reconocimiento de la Universidad para darnos un poco de prestigio a los dibujantes. Algo que a mí me hizo mucha ilusión, como cuando recibí el premio «Quevedo», un honor enorme y algo hermoso porque sólo se lo han concedido a Mingote y a Chumi. Ahora yo también estoy entre ellos. El humor se puede transmitir si uno se cría con gente que lo cultiva, pero enseñar... si ni siquiera se sabe con certeza qué es. Cuando era más joven leía muchos tratados filosóficos acerca del humor, el de Bergson, por ejemplo, pero llegó un momento en que no quise preguntarme más qué sentido tenía eso de la risa. Me acostumbré a trabajar con el humor sin necesidad de definirlo. Es mejor así.

—¿Sigue siendo un subgénero el humor o por fin ha conseguido el respeto que merece?

—A través del cine se valoró muchísimo. Actores como Chaplin o Keaton consiguieron que el humor se considerase como un arte similar a cualquier otro.

—Recuerdo una viñeta suya en la que hay distintas clases sociales contemplando en la gran pantalla la escena en la que Charlot se está comiendo una bota, y cada una de ellas reacciona de un modo distinto...

—Sí. Es un misterio cómo sucesos trágicos, como es el tipo que no puede comerse otra cosa más que una bota, provoquen la risa. Y, sin embargo, sucede.

—El humorista ¿mitiga las imperfecciones del mundo o tiene capacidad para perfeccionarlo?

—Dibujo pensando que se puede mejorar un poco el mundo. Creo que estamos atravesando uno de los peores periodos, cargado de desilusiones, guerras... siempre me planteo cómo sería la Europa en la

que gobernaban Franco, Hitler, Salazar y Mussolini. Pese a todo lo que costó, se recuperó. Ahora que gobierna, directa o indirectamente, Bush, ¿podremos recuperarnos?

—¿Le resulta gracioso Bush?

—No, es demasiado peligroso como para hacerme reír.

—Usted ha cultivado ambas opciones pero, ¿un dibujo es más directo con o sin texto que lo apunte?

—Para mí el ideal es la viñeta sin texto, pero hay ideas imposibles de transmitir sin texto. Lo que no me gusta e intento que nunca me ocurra es que uno pueda entender la viñeta sin el texto o viceversa.

—Una de las campañas en las que usted participó fue para el Congreso Internacional de Ambliopía. En este año, que es el Europeo de las personas con Discapacidad, ¿qué le dice esa palabra?

—Todo el mundo tiene su propia discapacidad, en cierto modo. Que qué me dice la palabra... lo que hacen ustedes con esta publicación, luchar mucho para concienciar a gente como los arquitectos, que no piensan en las personas con discapacidad. A veces pienso con cierta tristeza, ¿qué puede hacer una persona en silla de ruedas que viva en Venecia?

—Hace poco conocimos la noticia de que 2004 será el Año Iberoamericano de la Discapacidad. ¿Qué papel juegan los medios de comunicación en todo esto?

—Uno importantísimo, por supuesto. La gente tiene una gran resistencia a querer conocer más acerca de colectivos con riesgo de exclusión. Recuerdo que en Roma, aunque la idea era alemana, colocaron una instalación para demostrar a la gente cómo se mueve un ciego, para que fueran consciente de la cantidad de obstáculos que encuentra. Hubo gente que no lo soportaba. Pero, poco a poco, debemos de concienciarnos con estos problemas que les afectan, porque la solución hay que buscarla entre todos.

—**¿Cómo sería una viñeta en la que la protagonista fuera la discapacidad?**

—Hay temas que procuro no tocar porque no suscitan mi humor. La discapacidad es uno de ellos. Es algo demasiado serio. A veces da la sensación que uno se burla de ellos, aunque jamás es mi intención. Pero con temas como la religión o las drogas siempre recibo cartas en las que me recriminan tal o cual viñeta.

—**¿De ahí su conflicto con Amnistía Internacional?**

—Más o menos. Lo que ocurre es que ellos me piden una viñeta cada cierto tiempo, y siempre digo que no. Los refugiados o la explotación infantil son cuestiones sobre las que no puedo frivolar, al igual que con la discapacidad.

—**¿Le han censura alguna viñeta?**

—El año pasado hice una página sobre un marido que maltrataba a la mujer. Está en sillas de ruedas y le pide a la mujer que, ya que no la puede pegar, le ponga alguno de los vídeos que grabó cuando la hacía. No era políticamente correcta, pero era terrible.

—**En España, la discapacidad ha sido objeto de numerosos chistes. Sobre todo en Chumy Chúmez o Summers...**

—Sí, quizá porque hay quien se ocupa de ellos, quizá porque existen organizaciones como la ONCE, que presta numerosos servicios a los ciegos. Ojalá tuvieran una entidad similar todos los países del mundo.

—**¿Conoce las actividades que desarrolla la ONCE?**

—No exactamente, pero he observado que los semáforos están adaptados a ciegos, con ese piar de pájaros, algo que me asombró bastante, y también me di cuenta de que los medicamentos están en braille. Supongo que la ONCE tiene mucho que ver en ambos casos.

—**Algunos de sus personajes más celebrados de los que usted dio vida son siete niños ingeniosos, concienciados, simplemente deliciosos. De las pocas veces que usted ha accedido a dibujarles de nuevo es cuando la propuesta tiene algo que ver con derecho del niño, contra el maltrato infantil... ¿Qué tiene la infancia que cautiva su interés?**

—Tiene... la ventaja de que a los niños se les permite hacer preguntas que hechas por un adulto parecen tontas y no lo son. Nadie se las contestaría. Uno sigue siendo niño en muchos temas. ¿A qué padre le vamos a preguntar por qué Bush está haciendo lo que hace?

—**Pero usted no tiene hijos. ¿Por qué?**

—Por convicción propia. Mía y de mi mujer.

—**¿No resulta perverso que Mafalda, uno de los baluartes de la contracultura o si lo prefiere una especie de pepito grillo de la sociedad capitalista, se haya globalizado?**

—No, es una globalización que provoca placer. En los colegios mexicanos la consideran materia de estudio. Eso me hace sentir muy orgulloso. Hay tanta gente que viene y me dice «mi hijo no quería leer nada y sin embargo le di uno de esos libritos...

—**Tengo un amigo que me dice que, tal y como está la situación del país, la única solución que le puede ocurrir a Argentina es que lo compre Walt Disney para hacer en él un parque temático. Usted viene de allí, ¿es para tanto?**

—Está muy mal, pero hablé con mi editor y me dijo que no consiguen imprenta, están todas trabajando a tope; la última feria del libro aumentó 10 por 100 las ventas. Es muy raro ese país, la demanda y oferta cultura es enorme.

—**¿Es Néstor Kirchner la solución para Argentina?**

—El problema de nuestro país es que la gente no quiere ser gobernado por alguien que no sea peronista. Este tipo es peronista pero «potable», más blandito. No tenemos otra opción.

—**Hace poco, Juan Carlos I reconoció la parte de culpa de nuestro país en la situación que atraviesa en estos momentos Argentina. Cómo argentino, ¿qué sentimientos tiene usted hacia España?**

—No, la culpa la tienen los argentinos que se han dejado corromper por empresas españolas. Así de simple.

—**Escuché hace un par de años a una compatriota suya, Susana Rinaldi, cantar «La balada para un loco», de Piazzola. ¿Cree que es necesario un punto de locura para poder vivir?**

—Sin duda.

—**Dígame que no le gusta el tango...**

—Sí me gusta, pero como yo no nací en Buenos Aires no me entró por las vísceras sino por la cabeza, poco a poco, escuchándolo, atendiendo a las letras y hay textos extraordinarios.

—**¿Cuál es el último libro que ha leído?**

—«El libro de las ilusiones», de Paul Aster y el último de García Márquez, sus memorias.

—**¿Qué tipo de películas va a ver?**

—La última que vi... ah, sí, la de los hermanos Cohen, «Crueldad intolerable». Me gustó, pero no me pareció gran cosa. «Un filme hablado», de Manuel Oliveira, me pareció extraordinario... «Elefant» es aburrida, pero uno se da cuenta de que tiene que serlo. El que me tiene un poco hartó ya es Woody Allen.

—**¿Se considera un hombre enamorado?**

—Sí, enamorado de muchas cosas... de la música, de la pintura... Por supuesto, de mi mujer.

«El que seamos amigos
es parte del éxito
del grupo»

Tricycle
Humoristas



La simple pronunciación de su nombre ensancha una sonrisa. Tricicle. Llevan 25 años juntos, haciendo reír al público a través de un concepción gestual de lo cómico. Ahora, acaban de estrenar su último espectáculo, «Sit» o «Los increíbles hombres-silla» donde, una vez más, el humor se vuelve sutil, sorprendente, sencillo. Con uno de sus componentes, Paco Mir, hemos conversado.

—**¿Por qué una silla?**

—Es una excusa. Lo que vendemos es el no espectáculo de Tricicle. El público se va a encontrar una sucesión de *sketchs* en los que la silla a veces es la protagonista y, a veces, pasaba por ahí. Para que no quede tan soso como una mera sucesión de secuencias, le hemos dado un hilo conductor y hemos recreado a los inventores de la silla, la familia Chairwood. Ellos consiguen hacer de la silla un complemento imprescindible en el mundo del espectáculo.

—**Este año cumplirán 25 años sobre las tablas. ¿En qué se nota el paso del tiempo?**

—En la compenetración, que ahora es máxima. Somos el único grupo que sigue dando la cara. Otros, como «El Juglars», «Les Comedians» o «La Fura», de nuestra quinta, ya no lo hacen.

—**Juan, Carlos, Paco... ¿Qué tal se llevan fuera del escenario?**

—A la fuerza nos llevamos bien. Hacemos un tipo de espectáculo en el que la compenetración tiene que ser real. De hecho, cuando hay algún mal rollo se nota mucho. El que seamos amigos es parte del éxito del grupo.

—**El pasado sábado, la recaudación del «Sit» fue destinada a la Fundación CNSE. ¿Cómo surgió la iniciativa?**

—Por contactos personales. Solemos hacerlo, colaboramos con determinadas causas, aunque no lo publicitemos demasiado. Las personas sordas son un colectivo muy próximo a Tricycle, ten en cuenta que ellos entienden cien por cien el espectáculo.

—**¿Ha habido algún otro contacto con el mundo de la discapacidad?**

—Muchos. En casi todas las ciudades. En París, por ejemplo, hemos realizado funciones para los niños con Síndrome de Down y con el movimiento asociativo de las personas sordas francesas. En realidad, siempre que nos necesitan, allí estamos.

—**Han hecho cortos, películas, han participado en eventos tan importantes con la Expo-92, dirigen un taller de jóvenes talentos, «Clownic»... ¿Cuántas horas al día trabajan?**

—Los artistas somos muy egoístas porque queremos triunfar siempre, y eso exige trabajar casi las 24 horas al día.

—**Ahora que acaban de presentar «Sit», ¿están ya pensando en algún otro desafío profesional?**

—Profesionalmente paramos; cuando estamos con una obra no pensamos en ninguna otra. Sabemos que la vida de cada espectáculo es de unos cuatro años. Ahora estamos haciendo una serie de televisión que se llama «Dinamita», en un canal autonómico. Nuestro reto es que se emita en una cadena de ámbito nacional.

—**Tricycle es una de las compañías con más prestigio. ¿Dónde está la clave del éxito de ese humor que no se agota?**

—Si hubiera una fórmula los bancos apostarían por el teatro... no sé, supongo que una gran eficacia. La gente va a reírse y se ríe. Tenemos muchas ganas de ganarnos día a día al público.

—¿Cómo se lleva eso de haber comenzado siendo un grupo alternativo para convertirse en una marca?

—Cuando estás metido dentro tienes la sensación permanente de estar comenzando. No somos conscientes de nuestro éxito, siempre estamos con la duda de si al público le gustará lo que hemos creado. Y tenemos muy presente que cada día puede ser el último.

—Yo sí pero, ¿usted echa de menos su colaboración en la revista «El Jueves»?

—Sí, la verdad. Ahora dibujo en una revista catalana; lo de «El jueves» era algo que me quitaba mucho tiempo, que tenía que hacer a última hora, pero me gustaba bastante.

«El problema surge
cuando se anteponen
los prejuicios y los
medios a las personas»

Inma Serrano
Cantautora



Esta alicantina afincada en Madrid lleva ya muchos años encima de un escenario. Su proyecto más inmediato: mudarse a un pueblecito de la Sierra Norte de la capital junto a su bóxer albino, al que llama «Pablo». Con cinco trabajos en el mercado, acaba de grabar una canción para el disco «Puedes llegar», a beneficio de los niños con discapacidad.

—**Aún estamos comenzando el año. ¿Qué le pide a 2004?**

—Trabajo y salud. Lo siento, sé que es una respuesta vulgar, pero es lo que le pido.

—**¿Cómo es un día normal en la vida de Inma Serrano?**

—Salvo que me levanto más tarde de lo habitual, en torno a las nueve, muy parecida a la de cualquier persona. Desayuno, saco a mi perro y comienzo a trabajar. No obstante, reconozco que este trabajo es privilegiado.

—**Defíneme la palabra «cantautor».**

—Es una manera de ser. Ser cantautor supone hacer del compromiso vital en tu vida.

—**¿Hay diferencias entre el concepto «cantautor» de los años setenta y el de nuestro días?**

—Hemos heredado un estado de bienestar importante, que en los años setenta no existía. A pesar de los derechos conquistados, hay que seguir luchando, todavía existen muchos problemas y es compromiso de todos solucionarlos.

—¿Por ejemplo?

—Lo que más me preocupa en este momento es la pérdida, solapada pero constante, de libertades. Manejan nuestros datos personales, cada vez tienen más datos de cada uno de nosotros; eso quiere decir que estamos más controlados.

—**Usted pertenece a la Plataforma de mujeres artistas en contra de la violencia de género, ha viajado a Irak para manifestarse en contra de la guerra, es socia de Aldeas Infantiles... ¿No se agota?**

—No, precisamente porque el compromiso del que te hablaba es real. No se puede quedar todo en una declaración de intenciones, tenemos que actuar. Además, no cuesta tanto, y estás aportando tu granito de arena.

—**En el circuito de cantautores hay una especie de encono hacia programas como «Operación Triunfo». ¿Ha recibido alguna crítica a este respecto por formar parte del jurado de este programa?**

—Sí. Hay gente que pensará que me he vendido, pero es un logro que un cantautor forme parte del jurado de este programa. Es entrar en el juego de una manera lícita. ¿Acaso se le puede recriminar a un cantautor que grabe con una multinacional? En ese sentido, no tengo nada de qué avergonzarme. Además, me lo he pasado muy bien y he aprendido mucho.

—**En el disco «Puedes llegar» usted graba un tema, «Me siento alegre», en beneficio de las personas con discapacidad. ¿Qué le animó a hacerlo?**

—Bueno, antes de nada, me informé acerca de las actividades que realizaban las tres ONG a las que se destinarán los beneficios. El proyecto me pareció interesante y considero un honor que se haya contado conmigo. Además, en la gala de presentación, actué con dos chicas discapacitadas, Rosana y Rocío, y fue estupendo.

—**¿Qué esperan conseguir los artistas con este disco?**

—Sensibilizar, a través de la música, a la gente. Que la gente sepa que el problema no reside en las personas con discapacidad, sino en quienes se empeñan en impedir su integración. Eso es lo que pretendemos. Cada uno es como es, el problema surge cuando se anteponen los prejuicios y los miedos a las personas.

—**En su último disco, «Soy capaz», cuenta con participaciones inusuales como la de Anthony Blake. ¿Qué hace un mago en un disco de música de autor?**

—Antony Blake es mi padrino, mi hermano, mi amigo, mi maestro. Él me dijo el mejor piropo que me han dicho nunca profesionalmente: «Me tienes que dar un año sabático». El que confío tanto en mi talento me emociona. Pero, de cualquier manera, todas las personas que están en ese disco forman parte de mi vida.

—**¿De qué es usted capaz?**

—De hacer en este momento un disco que es un milagro, de manera independiente, con amigos, de sentirme muy contenta con él. De ser feliz...

—**Si esta entrevista hubiera sido en su casa y yo hubiera estado husmeando en sus discos, ¿qué me hubiese encontrado?**

—Gal Costa, que me parece una cantante buenísima y, sobre todo, muchas maquetas de gente joven. También a Richard Maltés, una apuesta nueva que vamos a hacer en la compañía; fue mi mejor alumno en el taller de composición que imparto en Fundación de Autor.

—**Una pregunta perversa. Cítame un nombre de un cantante que te guste y otro que no soportes.**

—Me encanta Tontxu y «Armando y el expreso de Bohemia», que son mis hermanos; sé que siempre tendré una cama y un plato caliente en su casa, y ellos en la mía, claro. Respecto a mencionarte a alguien que no me guste... no soy quien, creo que cabemos todos.

—La hemos visto en teatros como el Centro Cultural de la Villa y en pequeñas salas como «Libertad 8». ¿Qué diferencias hay entre actuar en uno y otro?

—La presión, que no siempre es igual. En un gran teatro impresionante ver a tanta gente reunida para verte actuar, pero en un escenario pequeño estás mucho más desnuda.

—Utilizando el título de una de sus canciones, ¿cuál es su única verdad?

—El día a día.

«No alcanzaremos una madurez hasta que no aprendamos a vincularnos con los demás en las diferencias»

Juan Echanove
Actor



Con esa cara de bonachón, Juan Echanove (Madrid, 1961) no deja escapar una palabra baladí. Piensa lo que dice, dice lo que piensa, pero escucha al que tiene enfrente antes de responder o rebatir. Acaba de estrenar una de las obras más conocidas de Arthur Miller, «El Precio», pocas veces representadas en nuestro país. Su papel: un hombre frustrado e infeliz.

—Una de las escenas más intensas de la obra que acaba de estrenar, «El precio», presenta a su personaje vendiendo las últimas pertenencias que le unen a un pasado que fue mejor. ¿Qué cosas no tienen precio para Juan Echanove?

—La conciencia. Hay cosas a las que, si se les pone precio, se pone en peligro la propia vida. La conciencia, el estar de acuerdo con las cosas que haces, el tener la sensación de que lo que uno hace lo está haciendo bien, la integridad, la libertad, la solidaridad. Habría más, pero las que te acabo de nombrar son cosas con las que no se juega, que no están en el mercado, no se puede transar con ellas. Y, en el plano más personal, y lo llevo pensando mucho por la obra que estoy representando, la relación con mi familia, en todo su ámbito: mis padres, mis hermanos, mi hijo, la madre de mi hijo, mis amigos...

—El tema capital de la obra es la falta de comunicación entre los personajes; parece una paradoja de la sociedad actual, en la que los psicólogos auguran una tremenda soledad producto de la incapacidad de comunicarnos...

—Por supuesto, estamos, como dices, en un periodo en el que se ha acentuado esa incomunicación. Una de las razones por las que va

tanto público a ver «El precio» es porque la gente quiere obtener alguna respuesta por parte de Miller a problemas que se plantean dentro de su cabeza. Cada vez son más las personas que tienen un problema de incomunicación con su pareja, con su familia, con su vecino, con la ciudad en general; cada vez el individuo se siente más aislado, le cuesta relacionarse más; cada vez hay más casos de violencia provocada por una falta de entendimiento y comunicación.

—La pregunta es, ¿un espectador puede encontrar respuestas vitales en un teatro?

—Desde luego, no las encuentra de manera gratuita en la televisión. Estamos en una sociedad en la que impera un discurso general en el que ese tipo de reflexiones y valores están fuera de juego, se consideran como *outsider*, como *underground*, no se habla de eso. Es un discurso general que nos intenta convencer de que los problemas no existen; por eso nos envían, a través de los medios de comunicación, de la publicidad, una consigna ficticia para que el ciudadano crea vivir un supuesto estado de felicidad permanente. Y en el momento en que tiramos de la manta encontramos mucha podredumbre por debajo. Así que creo que el teatro, como otros foros culturales que exigen un esfuerzo reflexivo, puede ser un lugar idóneo para encontrar muchas claves.

—Pero un actor, de alguna manera, también es un mentor, un gurú, para los espectadores. Si no, no estaríamos hablando de la soledad, de la incomunicación...

—Lo que me obligo a preguntarme todos los días es: el camino que tú escoges, ¿es el camino que quieres vivir o, por el contrario, habría otro camino menos abrasivo, menos lesivo? ¿Podías vivir una vida dedicada a ser actor únicamente sin compromiso con lo que me rodea? La respuesta que me doy es «no». Además de actor, soy un ciudadano que está inscrito en la sociedad, la observa, la manipula, la interpreta y la traslada a los escenarios. Por lo tanto, tengo una opinión más

o menos meditada que creo debo compartir. Lo fácil es ceñirnos únicamente a cuestiones teatrales, pero no puedo hacerlo. Mi compromiso con lo que me rodea es algo a lo que no puedo ni debo renunciar.

—Volviendo a la soledad del hombre moderno. ¿No es irónico que este problema de incomunicación surja en un momento en el que nunca se habían facilitado tanto las comunicaciones y el acceso a la información?

—Tengo la sensación de que el gran auge de la tecnología de la comunicación para lo único que es utilizado es para la banalidad. Es muy difícil con un correo electrónico o con un mensaje de móvil expresar sentimientos que requieren palabras calculadas, precisas. Vivimos una etapa de desarrollo en que la palabra está desvirtuada. No le damos la verdadera importancia que tiene, decimos con muchísima frivolidad y ligereza que queremos a una persona sin pensar hasta qué punto estamos comprometidos con esa persona. El verbo «te quiero» se ha convertido en un uso social. A veces, tomamos decisiones sobre cosas que nos llevan a un callejón sin salida precisamente por no haber meditado las palabras utilizadas.

—¿Para cuándo la revolución cultural que usted está pidiendo entre líneas?

—En algún momento, no sé cuándo, espero que pronto, tendrá que acontecer. El mundo ha de vivir un renacimiento cultural en el que haya que mirar hacia atrás y revisar conocimientos, obras, no sólo de teatro, sino de pensamiento, de literatura, que nos expliquen qué podemos hacer con la sociedad que tenemos, una sociedad manejada sólo por valores materiales.

—El personaje que interpreta, Víctor, es un sujeto que renuncia a sus aspiraciones para que el hermano medre. ¿De qué ha abdicado Juan Echanove para ser el actor tan respetado en el que se ha convertido?

—Por de pronto, cada vez que oigo lo de admirado y respetado siento mucha responsabilidad porque eso indica que soy un actor observado; y bastante tímido, en el más amplio sentido de la palabra, no en las relaciones personales sino en lo tocante a mi persona frente al mundo. Suponiendo que sea así, no he tenido que renunciar a muchas cosas. Renunciar... el hecho de trabajar mucho, de estar en un teatro de aquí para allá y vivir pegado a una maleta me hace renunciar a estar mucho más presente en el proceso de crecimiento de mi hijo, a estar menos presente en el desarrollo cotidiano de la amistad, y a tener una vida anónima, que es algo que desconozco. También es verdad que estos precios lo pago muy a gusto.

—Otro de los personajes, su hermano Óscar, es un médico que ha triunfado en lo profesional pero cuya vida personal es un fracaso, que confunde el ser con el tener. Craso error cuando se comete fuera de los escenarios...

—Terrible, terrible error. En la obra se utiliza un pensamiento de Walter Benjamin: no hay que confundir el precio con el valor de las cosas.

—Sólo un necio lo hace, como apuntó Machado...

—Así es. Pero esa frase encierra un universo. La causa de toda esta confusión entre el ser y tener que causa una tremenda frustración es el exceso de la sociedad de consumo. Todos sus caminos llevan al ciudadano a creer que su existencia está plena en función de los valores materiales que es capaz de acumular a su alrededor. Una vida sin carácter profundo es una vida vana. Yo no digo ni quiero un ser humano totalmente reflexivo, informado, cultivador de su inteligencia, pero tiene que tener mucho de esto. Es decir, creo en el ciudadano reflexivo que es, en determinados momentos, irreflexivo, en el ciudadano que tolera y que, a veces, da un puñetazo en la mesa porque considera algo intolerable, en el que respeta y el que se pierde el respeto a sí mismo. Creo en el individuo imperfecto.

—Una de las cosas que más me gustan de esta obra es que, aunque comienza con un planteamiento maniqueo, luego el espectador se da cuenta de que ni el bueno es tan bueno ni el malo lo es tanto. Choca esta actitud en un momento como el que estamos viviendo, donde los matices de las cosas son algo perseguido.

—Sí, te obligan a identificarte. A mí es algo que me da mucho miedo, porque todo es muy matizable; cuando el poder no admite el matiz está separando entre los que están conmigo y los que están contra mí. Lo grandioso de Miller, como bien has observado, es que no se plantea juzgar él, sino que lo haga el espectador. Todos deberíamos, después de afirmar algo tajantemente, utilizar la coletilla «...o no». No alcanzaremos una madurez política, artística, cultural, social, hasta que no aprendamos a vincularnos con los demás en las diferencias. Es muy fácil vincularnos en la igualdad, encontrar conexiones con las personas que piensan como tú, que persiguen los mismo objetivos que tú... Eso tiene que ver con la cultura. Lo que nos da la cultura a cambio de un esfuerzo es tener una capacidad de poder identificarte con las cosas que no tienen que ver contigo.

—Cuando trabaja a fondo un nuevo personaje, ¿es difícil encontrar la línea limítrofe entre Juan Echanove y Víctor, en este caso?

—Poco a poco, a medida que voy cumpliendo años, o más exacto, temporadas, aprendo a querer a mis personajes y a no llevármelos a mi terrero, los interpreto, los comprendo y los quiero, con sus virtudes y defectos. En el caso de Víctor, es un hombre atormentado porque no quiere comprender las razones que tuvo su hermano para hacer lo que hizo. La cerrazón de Víctor le incapacita para alcanzar un entendimiento entre ambos. No puedo estar de acuerdo con él. Yo haría todo tipo de esfuerzos por no romper definitivamente cualquier relación. Mi lema es que si hay alguna posibilidad, por pequeña que sea, de salvar una relación con alguien hay que intentarla, por muy dolorosa que haya sido el pasado y mucho agravio que

haya habido entre medias. Pero también comprendo a Víctor, por las coordenadas históricas en las que se enmarca el personaje y porque, cuando uno tiene unos sueños tan grandes y tan bonitos como los que tiene él y se los cortan de raíz, la vida de este hombre ha debido de ser muy dolorosa.

—Una de las facetas que más me gustan de usted, quizá la menos conocida, es la de recitador. ¿Por qué en España no existe esa tradición de otros países como Estados Unidos o Inglaterra, en los que poetas como Dylan Thomas o Elliot hacían giras para recitar por distintos puntos del país?

—Porque hemos vivido demasiados años en los que la literatura era subversiva; leer, recitar, emocionarse, era algo sospechoso. Uno tiene la sensación de que cuando hace trabajos de este estilo, cuando se va por los pueblos recitando a Borges, está haciendo una obra misionera, como evangelizando. Además, hoy por hoy, en España no existe ese culto a la palabra del que antes hablábamos. El hecho de que una persona utilice una hora de su vida permitiendo que le inunde la palabra ha sido identificado como un coñazo, porque la gente vive muy centrada en la idea de que cuando sale de casa tiene que divertirse. Eso es una gran equivocación. A lo mejor, usted mañana va a un teatro, a un recital y escucha algo que da sentido a su vida.

—¿Eso es posible?

—A mí me gustaría convencer a la gente de que sí. Soy actor, pero también espectador, y más esforzado que los demás, porque cuando estoy hasta el gorro de teatro, cuando disfruto de mi día de descanso, voy a ver teatro, no sólo a ver, sino a aprender. Ya me gustaría vivir en un país en el que la gente fuera más al teatro, como en Inglaterra, en donde tienen asumido que si no van al teatro son ciudadanos de mierda. Países en los que hay un respeto hacia los actores que no lo tenemos en España... qué quieres que te diga, me gustaría decir otra cosa, pero no puedo.

—Entonces, lo de que la gente lea teatro es el «más difícil todavía»...

—Ufff... Es una falta de concienciación. Cuando alguien lee teatro, aparte de que disfruta de las acotaciones del autor, imagina por sí mismo los escenarios, los crea, perfila sus personajes... Pero fíjate, la única librería madrileña especializada en teatro, «La avispa», no dispone de la mitad de los textos clásicos. No los reeditan porque nadie los compra, así que, como mucho, te facilitan fotocopias del texto. Llegará un momento en que nuestra sociedad se va a parecer peligrosamente a Fahrenheit 451...

—Frivolizando la comparación, no estaría mal. «¿Usted quién es? Soy «El caballero de Olmedo»...

—Sí, al fin y al cabo, convertirnos en textos no es lo peor que puede pasarnos. Por lo menos ese texto estaría en la memoria de un individuo. Sí, soy yo, «El caballero de Olmedo».

—Pero se venden muchos libros, aunque no quiera decir que se lea tanto como se compra...

—Consumimos libros, diría yo. Tengo la sensación de que se compran más para regalar que para leer, y que la gente compra lo que le recomienda los grandes centros de información como Babelia o el Cultural. Se olvidan de que hay toda una historia de la Literatura que explica el mundo en el que vivimos y lo estamos desdeñando. Está muy bien leer el último libro de Woolf, pero hay que haber leído antes a los clásicos. Sé que es complicado, que estoy pidiendo un esfuerzo al ciudadano, pero vivir es esforzarse también. Divertirse es facilísimo, pero dar sentido a una vida es muy complicado.

—Usted firmó un manifiesto de intelectuales de izquierdas, «Otro Madrid es posible», en el que una de las primeras proclamas era un Madrid sin barreras arquitectónicas. ¿Están concienciados los artistas con este colectivo?

—Creo que sí; además, somos muy agradecidos con las personas con discapacidad que vienen a vernos, sabemos lo que les cuesta y el esfuerzo que hacen. Por eso procuramos siempre que las primeras filas sean ocupadas por espectadores ciegos, que las personas en silla de ruedas estén lo más cómodas posible. Es curioso, pero se ha institucionalizado la tos en el teatro, parece algo ya con lo que hay que transigir, cuando es una falta de respeto al actor. Las personas con discapacidad hacen un esfuerzo tan grande para ir al teatro que sienten un profundo respeto hacia lo que ocurre sobre el escenario. Por eso merecen todo nuestro compromiso.

—Y la anécdota del perro, ¿es cierta?

—Sí, una de las anécdotas más hermosas que he vivido nunca, de verdad. Tengo larga experiencia para trabajar con labradores, son unos espectadores magníficos. No sé en qué ciudad fue. Estaba representando «Cómo canta una ciudad de noviembre a noviembre», de Federico García Lorca, y cantaba a piano. De pronto, con el tema «Los cuatro muleros», un labrador se puso a cantar conmigo. Se puso a cantar. Cuando yo hablaba él se callaba. Al principio, el descojone era general pero, como el perro seguía cantando, la sala se calló y le propinó, al terminó, una ovación tan sentida como la mía.

—Los labradores son animales sorprendentes...

—Sin duda una de las mejores cosas que le ha ocurrido a la Humanidad, la aparición de la raza del labrador.

—Es obligada la mención a la polémica suscitada en la entrega de los Goya...

—Me parece vergonzoso que se intente cercenar una obra de creación. Medem tiene todo el derecho del mundo a hacer el documental que ha realizado que, además, es una invitación al diálogo. Cuando en un país no hay libertad de expresión algo está pasando, algo muy serio y muy grave.

—Pero, ¿cómo puede ponerse en duda la libertad de expresión si la película se proyecta en los cines?

—Pero a muchos les gustaría que no fuera así.

—Pero la Asociación de Víctimas contra el terrorismo blande ese mismo derecho, el de la libertad de expresión, cuando se queja de que desvirtúa la realidad del conflicto vasco...

—Sí, también hacen uso de su derecho. Pero no hay que olvidar que una cosa son las víctimas y otra muy distinta, las asociaciones que se crean en torno a las víctimas, que se aprovechan de ese dolor y que, al pedir que se censurase el documental, éstas incurren en una forma de fascismo que no se puede tolerar en una sociedad democrática.

—Sin embargo, también era una forma de fascismo la línea editorial del diario «Gara» y, cuando se ilegalizó, la plataforma de artistas de izquierdas censuró el hecho...

—Un medio de expresión no puede clausurarse por el mero hecho de tener una opinión distinta a la del poder. Eso es un error por el que tendremos que pagar un algo precio.

—Bueno, nos quedamos, de todas maneras, con los labradores, ¿no cree?

—Sí, el tema del terrorismo es un tema espinoso pero que hay que afrontarlo, más tarde o temprano. Es nuestra asignatura pendiente.

«Nadie pueda ser
estigmatizado por el
hecho de tener una
discapacidad»

Fernando Savater
Filósofo



Más de medio centenar de publicaciones (entre ensayo y novela) y un sinfín de reconocimientos (Premio Nacional de Ensayo en 1982, por ejemplo) avalan su trayectoria como filósofo. Pero, además de un pensador, Fernando Savater (San Sebastián, 1947) es un apasionado de la hípica, profesor de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid y portavoz de la plataforma cívica «Basta ya». Por lo demás, presume de hacer unas ensaladas muy sabrosas y de olvidar los malos ratos.

—Acaba de publicar dos libros, «Los diez mandamientos» y «El gran fraude». Ambos ya han suscitado cierta polémica. ¿Cansa ser tan políticamente incorrecto sin proponérselo?

—Procuro decir lo más ajustado en cada tema, algunas veces están en contra de lo que dicen y piensan otros, pero es algo inevitable. Es complicado hablar sobre temas como la educación, el sexo, el Plan Ibarretxe y no disentir de alguien. Procuró, eso sí, profundizar en aquellas cuestiones de las que hablo. Pero, en cualquier caso, no hago nada ni por escandalizar ni por llamar la atención, simplemente digo lo que creo que hay que decir.

—Tal y como está el mundo, ¿podría enfrentarse alguien a él sin humor, un humor del que usted hace gala?

—Yo no sabría, desde luego. El humor es necesario en todos los órdenes de la vida y para mí, es fundamental para expresarme y llegar al lector.

—En uno de sus últimos libros, «El valor de elegir», asegura que «un cojo puede sentirse el más libre entre personas con dos pier-

nas». ¿Cree que las personas con discapacidad pueden, debido a las múltiples barreras que encuentran, conseguir las mismas oportunidades que el resto de ciudadanos para poder elegir libremente?

—Entre todos deberíamos de construir una sociedad en que las personas con discapacidad pudieran tener las mismas oportunidades que el resto. Es algo imprescindible para hablar de sociedades avanzadas. Cada uno debe trabajar para que las personas con discapacidad tengan la compensación social de aquellas capacidades de las que carecen. Es tarea de todos, sin duda.

—¿Ve próximo el momento en que la integración del movimiento asociativo sea una realidad *de facto*?

—Existe una sensibilidad mucho mayor que hace veinte años, por ejemplo. Poco a poco hemos sembrado una conciencia de igualdad que tendrá, tarde o temprano, que dar sus frutos.

—Uno de los pilares de su obra es la ética. Algunos sectores del movimiento asociativo están en contra de que la discapacidad sea un motivo que permita abortar, al estigmatizar la discapacidad con algo negativo, en vez de observarla como diversidad. ¿Qué opina usted al respecto?

—La discapacidad es algo negativo. Otra cosa es que nadie pueda ser estigmatizado por el hecho de tener una discapacidad. No ver o no oír no es una variedad entre otras sino una situación peor que la contraria, es decir, que ver, oír, etc.

—Hace tiempo se granjeó la enemistad de buena parte de discapacitados con un artículo a propósito de los juegos paralímpicos, a los que usted calificaba como «chorrada monumental». ¿Ha reconsiderado ese concepto?

—Dije lo que pensaba, y parece que no fue recibido bien. Unos Juegos que miden la discapacidad me resultan chocante y no dejan de resultarme una extravagancia. Ayuda, conocimiento y respeto es

lo que necesitan las personas con discapacidad, no medirse físicamente.

—Para terminar una cuestión inevitable, el 11-M. ¿Qué hay de positivo en la vulnerabilidad que demuestran los países que padecen atentados tan aciagos como el Madrid?

—Si de verdad nos diéramos cuenta de nuestra vulnerabilidad habríamos aprendido una lección magnífica, la sociedad actuaría de otra manera, con una unión más sólida, con un apoyo mutuo maduro. El atentado tan tremendo que sufrimos en Madrid puso de manifiesto la respuesta madura de la sociedad española, cuya reacción fue solidaria e inteligente. La tragedia tuvo una respuesta ciudadana de la que no tenemos que sentir orgullosos.

«Para el ser humano
es vital el diálogo»

Vicente Verdú
Periodista y escritor



Periodista y escritor, colaborador asiduo del diario «El País» (del que ha sido jefe de Opinión y Cultura), autor de más de una decena de ensayos, Vicente Verdú (Elche, 1942) nos obsequia con un nuevo libro, «El capitalismo lo es todo», en el que trata de explicar el porqué del universo mediático en el que vive el hombre actual.

—Su último libro, «El capitalismo lo es todo», habla de la necesidad de construir un nuevo proyecto histórico. ¿Con qué valores?

—Fundamentalmente, el valor de la cooperación. Frente a todo este individualismo que nos invade, la cooperación aportaría muchos beneficios desde el punto de vista humano. Para el ser humano es vital el diálogo, interrelacionarse. Los valores que antes eran patrimonio exclusivos de las mujeres como la afectividad, comunicación, tienen que extenderse y formar una red eficaz que sembrar la sensibilidad. En cualquier caso, son necesarios valores distintos a los que imperan hoy en día, tan superficiales y baldíos...

—¿Qué papel juega la cultura en ese nuevo proyecto?

—La cultura es el gran instrumento del hombre moderno, pero no nos hemos dado cuenta. Gracias a la cultura, uno tiene la sensibilidad más acentuada, está más alerta, es un ciudadano mucho más comprometido y reflexivo. Por desgracia, en nuestros días, la cultura está desprestigiada porque no da dinero.

—Según su libro, el capitalismo es una creación política y no tanto económica...

—Es algo que ya argumentó Pierre Bourdieu. La globalización que vivimos no es un fenómeno espontáneo. Ha seguido las guías de unos intereses económicos concretos. Las normas y reglas que impone el Banco Mundial a un determinado país para ayudarle a una financiación, aplazarle la deuda o simplemente para aceptarlo en la comunidad internacional tienen que ver con unos intereses de las multinacionales. No es, por tanto, un fenómeno natural que por sí solo se regule. La clase de interrelación que se establece y que está dominando el mundo obedece a unos intereses políticos y económicos y están representados en esos organismos internacionales.

—¿Por qué cree que vivimos en una democracia de ficción?

—Porque hoy en día se reconocen nuevas democracias, no porque respeten y cumplan la Declaración de Derechos Humanos, sino porque han sido designadas por el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Y en ello, Estados Unidos ha adoptado por su cuenta el papel de instaurar democracias allí donde le conviene. Por ejemplo, en Irak, país en el que con dos palos y un sombrero ya pretenden que exista una democracia.

—Afirma que la sociedad elimina la tragedia de su vida. Sin embargo, España es un país que la tiene presente en sus tradiciones: toros, la Semana Santa, Unamuno...

—Bueno, todos los países disponen de elementos culturales que asumen la tragedia como parte intrínseca a la vida. Querer eliminar algo que es común a los seres humanos, es un tremendo error y, sin embargo, esa sociedad capitalista, capitaneada por la cultura americana, lo está consiguiendo. La gente evita pensar en su muerte; en vez de meditar acerca de esta realidad que, más tarde o más temprano, conocerán de cerca, intenta evadirse, jugar a creer que es algo que no va con ellos. Esa irrealidad que está implantándose no creo que traiga beneficios sino un mayor trauma en el individuo.

—Habla asimismo de que no existe en el individuo una reflexión profunda a propósito del mundo que le rodea, ¿por miedo, por pereza?

—Digamos que el individuo decide que es más feliz eliminando una parte de la realidad, por ejemplo, la muerte, en su vida. A partir de ahí, la reflexión y el sentido crítico exigen un esfuerzo que no todo el mundo está dispuesto a realizar, ya que tener, por mérito propio, unos criterios no conlleva una retribución económica. El individuo capitalista ni siquiera se plantea la opción de formarse humanísticamente; esa cultura americana le ha empujada a creer que conocer mejor el mundo no conduce a nada.

—En alguna ocasión ha escrito artículos referidos a la discapacidad. ¿Qué le animó a hacerlo?

—Siempre me ha llamado poderosamente la atención aquellos colectivos distintos a la «norma», porque creo que tienen que aportarnos mucho y siempre me da a sensación de que nos estamos perdiendo cosas fantásticas. Por eso procuro acercarme a ellos en cuanto tengo ocasión.

—¿Ha conocido de cerca la realidad de las personas con discapacidad?

—Hace poco estuve en un colegio de niños sordos y la experiencia fue muy enriquecedora. Me di cuenta de la importancia que tiene la lengua de signos, algo en lo que, hasta entonces, no había reparado. No entiendo cómo es posible que aún no la reconozcan legalmente.

—¿Cree que podemos hablar de una integración efectiva de las personas con discapacidad?

—Cuando haya presentadores de televisión, políticos, responsables de grandes empresas, etc., con discapacidad, entonces la integración será auténtica.

«Hay un componente
exhibicionista en
todo acto literario»

Luis Alberto de Cuenca
Poeta



A sus cincuenta y cuatro años, este madrileño ha sido letrista de un grupo de culto de los años ochenta (La Orquesta Mondragón), tertuliano, director general de la Biblioteca Nacional y secretario de Estado de Educación. Ahora, compagina la labor poética con su trabajo en el CSIC.

—**En general, ¿prefiere hablar de poesía o de cine?**

—Mientras me tutees, de lo que te apetezca a ti.

—**Se lo preguntaré de otro modo, ¿la Garbo o Gabriela Mistral?**

—Mentas dos personas que no son de mis favoritas; Gabriela Mistral me interesa muy poco como poeta, y la Garbo, un personaje mucho más mítico, tampoco es una actriz que me vuelva loco...

—**Con lo que me hubiese gustado hablar de la Garbo...**

—Pues dispara.

—**Era broma. Hablemos de usted. Acaba de publicar una antología, «De amor y de amargura», que incluye poemas inéditos. ¿Cómo ha evolucionado desde su primer libro, «Los retratos», aparecido en 1971?**

—Mucho. Vivimos pocos años, pero no los suficientes para evolucionar. Estos treinta y cuatro años que han pasado desde la publicación de mi primer libro han dado para muchas etapas. La primera, la de adolescente, diecisiete-diecinueve años, en la que estaba deslumbrado por la cultura y quería contárselo a la gente. Hay otra faceta intermedia en la que la cultura está más digerida, más masticada, y se ofrece más asequible; y hay una tercera etapa en la que cultura y vida están ensambladas y se han abierto las ventanas de la biblio-

teca y la brisa de la calle ha entrado, con lo bueno y con lo malo. Para un alérgico, no siempre es bueno abrir las ventanas...

—**El amor es uno de sus *leit motive* de su poesía. ¿Tiene que ir siempre unido a la amargura?**

—No, hay poemas de plenitud, de celebración del hecho amoroso, y otros de amargura. Suele ser más fértil como motivo poético el amor entendido negativamente, pero disfrutar del amor es fuente de creación poética.

—**¿Es cierto que el poeta es mitad exhibicionista, mitad solipsista?**

—Sí, hay un componente exhibicionista bastante grande en la poesía porque, por mucho que se enmascare al yo que escribe el poema, hay cierta sensación de desnudarse en público, más que en otros géneros. En general, hay un componente exhibicionista en todo acto literario. No estoy tan de acuerdo en cuanto a lo del solipsismo; la poesía se escribe para comunicar, por muy solipsista que haya sido la situación de base. Como todos los seres humanos nos parecemos tanto, es bastante fácil que esa situación egocéntrica se convierta en una situación comunicativa y útil para el lector.

—**¿Cuáles son las musas del siglo XXI?**

—Las mismas que las de un poeta del siglo VI a. de C. Y se resumen en una: la realidad. Lo que existe, lo que está fuera, lo que está dentro, lo que nos acompaña. El poeta nace con una capacidad de mirar la realidad distinta a la de los demás hombres, pero esa mirada que el poeta ejercita también la ha tenido en algún momento el resto de la humanidad.

—**La poesía, como el enamorado, es un hontanar de sentimiento. ¿Por qué se lee tan poca?**

—En general se lee poco, pero estoy en desacuerdo con que se lea poca poesía. Lo que ocurre es que cada libro lo lee poca gente, pero

si empezamos a sumar los cien o doscientos amigos que leen cada libro de poesía aparecido, unos diez mil al año, quedan bastantes españoles que, al menos por curiosidad, se han leído el libro de un conocido. No se lee poca poesía, se lee poco. ¿Por qué? No sé, pero no podemos hacer de los índices de lectura un absoluto, puesto que hay que leer mejor, más hondo, algo más interesante.

—**¿Es Harry Potter un sacrilegio literario?**

—Realmente es un producto estupendo.

—**¿Se deshará alguna vez la poesía de su mala prensa?**

—Depende de los poetas. Yo he puesto un granito de arena, puesto que —creo— mi poesía no es nada poética, entendiéndolo «poético» en sentido peyorativo, sino que escribo para lectores que habitualmente no leen poesía. Hay que continuar por esa línea, pero hay mucha poesía hermética y vacua, sin sentido, que aleja al consumidor de poesía.

—**Lo de ser considerado el escritor más culturalista de su generación, ¿abruma, pesa, condiciona?**

—No, la cultura, en un primer estadio de mi poesía, se oponía a la vida, pero luego liberé situaciones. La vida y la cultura están encardinadas. Y la cultura es siempre buena. Lo que no se puede hacer es oponer lectura a vida, leer es vivir más. Leyendo te conoces mejor, o quizás sea la única oportunidad de conocerte...

—**Usted tiene la culpa de temas como «Lola, Lola», «Caperucita feroz» o «Feliz Navidad», interpretados por la Orquesta Mondragón. ¿Es una faceta menor como creador?**

—No, en absoluto. No soy un letrista profesional; Loquillo quiere hacer un disco musicando poemas míos. El género «letra de rock» no tiene nada que ver con la poesía, no puedes utilizar un recurso sublime, hay que hacer las cosas de un modo mucho más efectivo.

Pero, a día de hoy, algunas de esas canciones me siguen resultando francamente buenas, como «Caperucita feroz».

—**¿Mantiene la relación con Gurruchaga?**

—Sí, un día de estos estoy invitado a su programa, en Localia. No es la relación tan intensa como entonces, que nos veíamos a diario, pero nos apreciamos.

—**Si esta entrevista se hubiera hecho en su casa y yo hubiese estado curioseando por su discoteca, ¿qué discos encontraría?**

—Tengo poquísimos discos, un disco por cada quinientos libros. Lo que más me importa es la literatura, la música no es protagonista de mis obsesiones, como mucho la acompañante.

—**Por algún extraño motivo, todo artista o intelectual está abocado a ser de izquierdas. Usted ha colaborado activamente en el Gobierno del PP, primero como director general de la Biblioteca Nacional y después como Secretario de Estado de Educación. ¿Se ha sentido criticado por apoyar a este partido?**

—No, no me he sentido discriminado por mi apoyo al Partido Popular, apoyo —por otra parte— del que me siento claramente orgulloso. La idea de que la cultura es de izquierdas es un disparate que se sigue practicando. La cultura es de todos y para todos, de derechas, de izquierdas o de centro.

—**Su primer acto público como director de la Biblioteca Nacional estuvo relacionado con la discapacidad. ¿Qué le vincula a ella?**

—Una relación espléndida, sobre todo a partir de mi carrera, en la Universidad Autónoma, con quien compartí amistad y aula con Pedro Zurita, alto directivo hoy de la ONCE, y conocí de primera mano esta discapacidad. Comprobé hasta qué punto ha sido benemérita la labor de la ONCE. A partir de mi amistad entrañable y fundamental en mi vida poética, Ángel García López, ligadísimo a la ins-

titución, he estado siempre en contacto con las personas con discapacidad, participando en el jurado de los premios Tiflos, por ejemplo. Y sí, el primer acto público no se olvida, fue en la Feria del Libro, finales de mayo de 1996 en el stand de la ONCE.

—¿Cree que la integración efectiva de las personas con discapacidad está cerca?

—Se han logrado avances magníficos. La ONCE, y todo el colectivo de la discapacidad en su conjunto, ha sido pionera en todo el mundo, no es en absoluto, una cuestión hispánica.

—Cíteme un par de poetas a los que recurra cuando tiene hambre de poesía...

—Walt Whitman y Jorge Luis Borges. Nunca defraudan, ni se repiten; la experiencia siempre es enriquecedora y nueva.

«Las personas con discapacidad merecen justicia, y no caridad como aún piensan algunos botarates»

Miguel Ríos
Cantante



«60mp3» es el título del disco con el que Miguel Ríos (Granada, 1944) celebra su tránsito sexagenario, un trabajo contundente pero cálido, sincero pero sin rencor. Swing, ryth&blues y rock son algunos de los estilos que nos ofrece este rockero también comprometido con las personas con parálisis cerebral, una discapacidad que conoce muy bien.

—«En el camino de la vida lo importante es ser feliz». Con estos versos abre usted el disco y, por el tono general que mantiene, parece serlo. A sus 60mp3, ¿qué le queda pendiente musicalmente hablando?

—La verdad es que no lo sé, no suelo pensar en las cosas que me quedan pendientes, no tengo un guión de lo que es o no pertinente hacer en cada momento. Cuando era más joven sí me proponía metas, propósitos, pero a mis sesenta años las cosas que me suceden son fruto del propio latir de la vida. Con seguir haciendo lo que me gusta, y cantar es una de esas cosas, ya soy feliz.

—«Vida y cruz», otro de sus temas nuevos. ¿A qué precio ha obtenido la estabilidad y el triunfo profesional del que goza?

—Por fortuna, me dedico a un oficio apasionante, el de músico. Mi trabajo no es tal, no es una maldición bíblica, es lo que sé hacer y lo que me mantiene, en cierta forma, vivo, así que no he tenido que renunciar a muchas cosas.

—Muchas de las canciones de su último disco están firmadas por Luis García Montero. ¿Cómo surgió la idea de trabajar con el poeta?

—De la amistad, del conocimiento, de la proximidad... Luis vive en Granada tres días a la semana, y a los dos nos apetecía emprender experiencia. Hay textos que son sólo suyos, textos sólo míos y textos en comandita. Tiene una maestría incuestionable con la pluma y, además, es todo un diccionario y un pozo de sabiduría en cuestiones referidas al lenguaje. ¿Qué más se puede pedir?

—**¿Qué ha aportado Granada a este disco?**

—Hacer las cosas del modo en que te apetece hacerlas ya aporta mucho, y yo hace tiempo que quería regresar a Granada que es, al fin y al cabo, mi tierra. La ciudad ha aportado, sobre todo, el tempo del sur. Últimamente me costaba mucho componer en Madrid, y volver a Granada me ha permitido un trabajo mucho más fluido y reconfortante.

—**En «*El blues de la insatisfacción*» afirma que «otro mundo es posible». ¿Cómo es ese mundo que le gustaría construir?**

—El que estamos intentando construir en estos momentos... un mundo más justo, más solidario, donde no haya estas desigualdades lacerantes. Es un *blues* escrito desde el que lo tiene todo pero no puede ser feliz precisamente porque hay gente a su alrededor que no lo es. Pero es una canción optimista, ya que creo sinceramente que es posible alcanzar entre todos ese otro mundo.

—**¿Qué músicos conmueven hoy en día a Miguel Ríos?**

—Muchísimos, en especial el *rock* de los americanos, un pueblo que no está sometido a los vaivenes de las modas musicales y para el que el *rock* tiene una vitalidad enorme.

—**España prefiere a los *Beatles* frente a los *Rolling*, a Julio Iglesias antes que a Carlos Segarra. ¿Por qué el *rock* no ha calado en nuestro país tanto como en otros?**

—Porque estamos en la periferia del movimiento. El *rock* es universal, pero empezó a degradarse porque se mestizó y fue adquirien-

do la impronta propia de los países en los que se infiltraba. Nosotros, los que nos dedicamos a este estilo en España, jugamos en una liga *rockera* pequeña, algo parecido a los japoneses que se dedican al flamenco. Eso no quiere decir que no hagamos buen *rock*, y muy bueno en algunos casos.

—**¿Sabe que la canción «Santa Lucía» es todo un himno entre los ciegos?**

—Sí, me lo han comentado algunas veces. Lo cierto es que nunca pude arrancar al autor si la canción hablaba de una cita a ciegas o de dos ciegos que se citaban. De cualquier forma, le calza muy bien el punto de la ceguera. Los ciegos suplen su discapacidad con dignidad y con esfuerzo.

—**Hace un par de meses usted celebró un concierto a beneficio de ASPACE. ¿Cómo surgió la iniciativa?**

—Tengo un familiar con parálisis cerebral y trabaja en un centro de ASPACE, por eso conozco la realidad de los padres y de los propios muchachos con esta discapacidad. Para mí son héroes anónimos y, por eso, por mi admiración hacia ellos, siempre que puedo echar una mano ahí estoy.

—**¿Qué ha aprendido de la discapacidad?**

—Que las personas con ella merecen justicia, y no caridad como aún piensan algunos botarates. Sus necesidades deberían estar en el frontispicio de las coberturas estatales.

—**Volviendo al disco, y recordando las cosas que debe a Madrid, canta que «cuarenta años no caben en un *blues*». ¿Qué parte pesa más, la de granadino o la de madrileño adoptivo?**

—Madrid es la ciudad en la que tengo mi casa y mis amigos. He conocido muchísimas ciudades a lo largo de mi vida, pero Madrid es la única en la que, desde el principio, te sientes acogido. Nueva York

tiene maravillas, pero siempre eres el extraño. Madrid, como está hecha a golpes de quien ha llegado hasta ella, preserva la identidad del que llega. Y eso es algo que siempre le agradeceré.

—**Le cito de nuevo: «por eso vivo en el presente, pero sin dejar de ser yo». Parece que le cuesta mantenerse fiel en nuestros días...**

—Sí, así es. Esta es una canción de Luis que asumo; la única forma de poder seguir siendo uno mismo es no traicionar la ideología que tengas o el credo que profeses.

—**¿Qué libro está leyendo en estos momentos?**

—Conversaciones entre Vicent y Rafael Azcona. Se publicó hace tiempo, pero tengo más libros que me esperan que canciones he hecho en mi vida.

—**Unamuno decía que lo único que le impedía morir se era la cantidad de libros pendientes por leer.**

—No me extraña, la literatura es uno de los mejores regalos para el ser humano; nada más confortante que leer algo, abstraerse por completo de lo que te rodea para que alguien te cuente algo que se desarrolla en ti.

—**¿Ya está pensando en su próximo trabajo?**

—No, por Dios, vivo el momento, ya sabes, *carpe diem*.

«La magia del bolero
consiste en que parece
que está escrito para
cada uno de nosotros»

Rafael Basurto
Voz de Los Panchos - Musicos



El Trío Los Panchos se fundó en 1944. Desde entonces han sido los embajadores oficiales de un género tan antiguo como conmovedor, el bolero, solventando, incluso, las barreras del idioma, ya que han triunfado en países como China, Japón o Rusia. Rafael Basurto, la voz actual del grupo, nos habla tanto del devenir musical de la formación como de su implicación en causas solidarias.

—El pasado 22 de septiembre participaron en un concierto organizado por el programa de radio y de televisión «La Rebotica», y presidido por S. M. La Reina Doña Sofía, a beneficio de los enfermos de Alzheimer. ¿Cómo surge la idea de colaborar en este acontecimiento?

—Casi siempre participamos en causas que nosotros consideramos justas. Nos llamaron para estar allí y allí estuvimos. Los artistas no pueden abstraerse del mundo en que viven, y en ese mundo hay personas que necesitan que se les eche una mano. En esta ocasión fueron los enfermos de Alzheimer.

—Ustedes han actuado a beneficio de muchos colectivos, entre ellos el de la discapacidad. ¿Qué destacarían de estas personas?

—Precisamente lo que usted ha nombrado, que son personas, porque a veces da la sensación de que a algunos se les olvida este «detalle». Por tanto, tienen sus derechos y por ellos luchan, y en esa lucha estamos implicados toda la sociedad en general. Mañana cada uno de nosotros puede ser uno de ellos, así que no hay que esperar a que eso ocurra para trabajar juntos.

—¿Cree que la integración real de estas personas está lejos?

—Depende del compromiso que asumamos todos y cada uno de los que componemos la sociedad. Todos somos parte de todos.

—**Repasando algunas de las miles de canciones que ha popularizado su grupo, uno siente que el que canta esos textos, como tiene que interpretarlos, debe de sufrir muchísimo...**

—Claro, claro que sí; para transmitir cantando un bolero tienes que sentir lo que cantas. Cada vez que interpretas una canción vives la situación que cuenta.

—**Este año, la formación cumple sesenta años. ¿Cómo ha evolucionado un grupo histórico en todos los aspectos?**

—Andamos preparando algo especial para conmemorar la carrera del grupo. En cuanto a su evolución, creo que ha debido de ser buena, porque público no nos ha faltado nunca y hemos sido capaces de captar a nuevas generaciones.

—**Los Panchos o El Trío los Panchos o La voz de Los Panchos se ha considerado como una formación patrimonio cultural del mundo. ¿Qué papel juega el bolero en un momento en donde la música electrónica y fácil está de moda?**

—El género del bolero lleva más de cien años deleitándonos; nosotros hemos resistido, con muchísimo gusto, sesenta años sobre los escenarios. Creo que el bolero siempre tendrá su hueco en el panorama musical. En nuestros conciertos, una de las cosas que más me llenan de satisfacción es la variedad del público: se puede encontrar desde personas muy mayores hasta jóvenes y padres con sus hijos. Eso quiere decir que el bolero es un género que no conoce edad.

—¿Fue difícil asumir la responsabilidad de llevar, y perdone la frase hecha, *la voz cantante* en el grupo?

—Fue algo muy lindo, a la vez que una responsabilidad muy grande, ya que las anteriores voces que lideraban al grupo, Alfredo Gil y Chucho Navarro, dejaron el listón muy alto.

—Cuando se habla de Rafael Basurto se le precede del título «La última voz de Los Panchos». Suena un poco apocalíptico, ¿no cree?

—Tal vez, pero lo cierto es que mi persona es la única que queda de la formación original, algo que me llena de orgullo, sin duda.

—Entonces, cuando usted se retire, ¿Los Panchos desaparecerán?

—Mientras haya en el mundo gente sensible, el grupo seguirá en lo más alto.

—El bolero es un género en donde las historias son muy desgarradoras. Sin embargo, cuanto más tristes estamos, más tentados nos sentimos de escuchar boleros. ¿A qué se debe este regodearse en la tristeza?

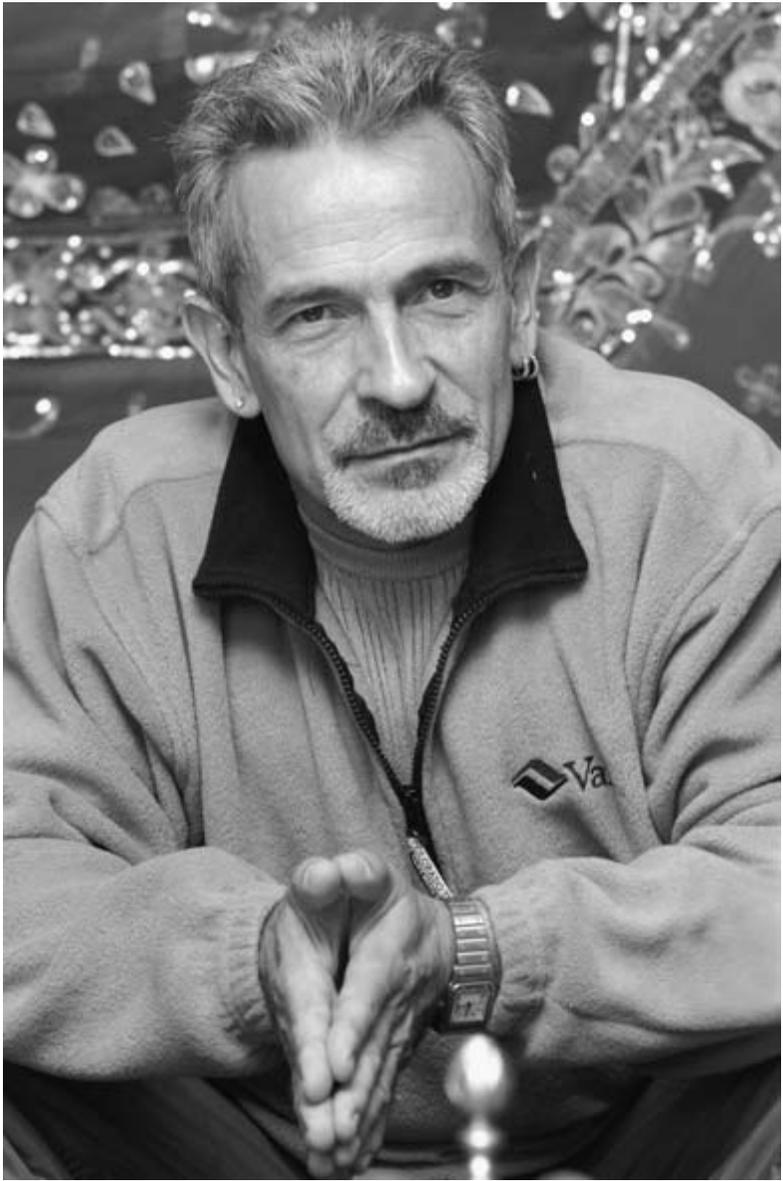
—Quizá porque el bolero cuenta historias sencillas con las que cada uno de nosotros se puede identificar. Sentimos que determinado bolero cuenta nuestra historia. Ahí radica la magia del género, en que parece que cada tema está escrito para una persona en concreto.

—Si tuviera que elegir una voz femenina para escuchar un bolero, ¿de quién sería?

—Por citar un nombre concreto y actual, Tamara, pero hay muchas voces hoy en día preparadas para interpretar boleros de una forma maravillosa.

«Todas las personas
que aman el arte
son especiales»

Víctor Ullate
Bailarín y coreógrafo



Admirador declarado de El Cid Campeador, Ullate (Aragón, 1947) inicia su carrera profesional en el Ballet Siglo XX. En 1979 el gobierno español le encomienda la formación de una compañía de ballet clásico (la primera en el país) que dirigirá durante cuatro años. En 1989 presenta su propia compañía y despliega su talento como coreógrafo. Sus trabajos, originales combinaciones de flamenco y un estilo clásico, se mezclan con la música tradicional y clásica de compositores españoles.

—Acaba de recibir el premio a la Danza de la Comunidad de Madrid. ¿Qué importancia le concede a los premios que recibe?

—Un premio siempre es una satisfacción, reconoce tu labor. En mi caso, ¡es tan necesaria una ayuda, cualquier ayuda! La danza está muy apartada, muy dejada. Necesitaba un empuje más fuerte. Cada día trabajamos para que la compañía pueda sobrevivir.

—En 2000, cuando usted emprende el proyecto de construir una Fundación, tuvo muchas expectativas y esperanzas en ella. Cuatro años después, ¿qué satisfacciones y qué desalientos le ha producido?

—La Fundación es una satisfacción permanente; las becas que concedemos a niños sin recursos, con dificultades sociales, que carecen del cariño de sus padres, son en sí mismas una recompensa. El que vengan a bailar les hace tener una ilusión, les brinda la oportunidad de ocupar, el día de mañana, un sitio en la sociedad. Como terapia es algo sorprendente, porque observan que hay quien se preocupa de ellos, y el cambio es muy fuerte. Vienen niños tristes, y en poco tiempo se les ve motivados. Los que aguantan ya no quieren dejar de bailar. En cuanto a los desalientos, el poco dinero que tenemos. Te-

nemos una pequeña ayuda de El Corte Inglés (millón y medio), la Comunidad de Madrid también nos brinda su colaboración... Ayer estuvo el responsable del Instituto del Menor y hay gente, poco a poco, que se va involucrando en este proyecto. Pedimos ayuda a bancos, cajas, etc.

—**¿Qué impulsa a uno a hacer cosas por los demás?**

—La vida misma. Es lo que te llena y te deja bien. Uno siempre está pensando en uno mismo y debe pensar en las necesidades de los demás. Para mí hay un tema fundamental que son los niños. La infancia te marca para toda la vida. Si tienes una infancia buena, bonita, el día de mañana es extraño que tengas problemas. Pero si de niños carecen de cariño, de ilusión, de mayor, entonces, vienen los desastres. Por eso aquí les motivamos. Digamos que soy su rey mayor.

—**Una vez leí, y perdone la cursilería, que la danza es poesía silenciosa donde cada movimiento es una palabra. España ha dado grandes poetas y grandes bailarines, sin embargo, ¿los españoles son tan insensibles ante la danza como ante la poesía?**

—Quiero pensar que somos una raza que vibramos, ya sea en danza, en música, en canto, en lo que sea. La danza, por supuesto, es poesía. Es un arte completo, el más completo que puede haber; estás viendo, sintiendo, oyendo. Ir al teatro es soñar despierto, no necesitas evadirte.

—**¿Ha trabajado con niños con discapacidad?**

—No, pero es un reto que tengo pendiente. La danza es una terapia, como formación ayuda muchísimo. Niños con escoliosis, por ejemplo; es una autodisciplina que es un bálsamo.

—**¿Cómo ha evolucionado la danza desde los grandes nombres, Rafael de Córdoba, Escudero, Antonio Gades hasta los nuevos valores?**

—Destacaría Farruquito, que es el que está en cabeza, dejando a un lado su polémica, creo que es un fuera de serie, un genio de esos que nacen en cada generación, un fenómeno. Es alguien que impacta sobre el escenario. Hace años, la danza era como un cuento, historias de príncipes y de princesas. Hoy son historias más cercanas, cuyo principal eje temático es la búsqueda de un ideal.

—Al poco de asegurar que la danza está agonizando, presenta cinco creaciones y su ballet tiene compromisos en Serbia, Francia, Israel, Alemania y China. ¿Cómo se entiende eso?

—Tengo que encontrar financiación para las creaciones. «Sueños de seda» no pude estrenarlo.

—Cree que a las empresas les cuesta destinar parte de sus fondos a cuestiones culturales?

—La cultura en nuestro país ha estado bastante apartada, porque nos han educado así. Han impulsado el deporte, algo muy importante en el ser humano. Soy un poco reticente hacia el fútbol porque, aunque es hermoso, es molesto por todo lo que rodea. Un bailarín, después de tanto esfuerzo diario tiene un sueldo bastante normal; los de los futbolistas son exagerados. La gimnasia deportiva, rítmica, natación, requiere tanto entrenamiento y sin embargo no son parejas las retribuciones.

—Las empresas cuando invierten en cultura, ¿hacen publicidad?

—A mí me parece genial que haya gente espléndida, generosa y humana, que es lo que debería de hacer toda empresa.

—Pero todavía hay quien piensa que la cultura es como tirar el dinero...

—Sí, a los artistas se nos ha considerado desde siempre como caprichosos, hemos tenido siempre una imagen bastante deteriorada respecto de la realidad. El artista es una persona que está muy dedi-

cada a lo suyo, muy ilusionada con su trabajo. Todas las personas que aman el arte son especiales, destilan un humanismo, sin que se confunda con lo repipi, con lo cursi.

—Sin embargo, la ley de Fundaciones y mecenazgo era casi una invitación al márketing social...

—Es algo que se ha implantado hace poco. En otros países funciona desde hace años, pero en España nos cuesta invertir en cultura, algo vital para el ser humano.

—¿Se siente más reconocido dentro que fuera de nuestro país?

—Afortunadamente, en lo que respecta a mi persona, tengo muy buena reputación en el ámbito mundial. Mi escuela se considera como la escuela española por antonomasia. Si se habla de España se menciona a Víctor Ullate o viceversa, lo que me llena de satisfacción y de orgullo, pero es cierto que cuando se sale fuera hay un acogimiento que aquí no lo tienes o, al menos, no es tan espontáneo. Dicen que nadie es profeta en su tierra. Por ejemplo, el festival de Verona ha sido muy importante para mí. Anteriormente estuvimos en Belgrado y por donde pasa la compañía todo son felicitaciones, y el público se pone en pie y lo agradece. Es un poco como ser embajador de tu país y a mí me hace mucha ilusión. Después vienes aquí y ves los problemas, los obstáculos, las pocas ayudas que tiene la danza, y me entristezco. Hay mucha gente, bailarines, coreógrafos que valen mucho, que tienen mucho que decir y carecen de medios.

—Hábleme un poco del proyecto que está perigiñando con Enrique Morente, «Sur»...

—Enrique es una persona muy humilde y muy generosa, un genio, a mi modo de ver. Me encanta su voz, su música, al igual que la su hija Estrella. Tenía ganas de hacer algo con él. Las cosas no hay que precipitarlas, sino esperar a que vengan por ellas mismas. Me encontré con Enrique en una entrevista en la radio. Aproveché el momen-

to y le comenté que me apetecía mucho hacer algo con su música y él se mostró dispuesto a hacerlo. Hace dos semanas estuve en Granada, en su casa. «El Sur» es un tema. Me gusta unir diversos estilos. Los bailarines mejoran lo que yo les transmito. Les indico unas pautas y luego ellos la interpretan a su manera.

—Por último, ¿qué tal está su hijo en el papel de Mefistófeles y ahora en «Cantando bajo la lluvia»?

—Es mi orgullo, me veo reflejado en él, tenemos la misma forma de pensar, los mismos gustos, el tesón, la lucha diaria por superarte... es un tío lleno de inquietud. Baila, canta, interpreta, toca la batería, hace esgrima... es muy completo.

«No hay solidaridad
sin humor»

Alejandro Jodorowsky
Escritor



A sus setenta y tres años, este chileno hijo de inmigrantes rusos ha trabajado con Marcel Marceau, Fernando Arrabal y Moebius (el gran dibujante de cómic). Ha protagonizado películas de culto («El topo») y escrito decenas de libros. Sin embargo, no deja nunca de asombrar. Acaba de publicar, junto a su esposa, Marianne Costa, un ensayo riguroso sobre un arte antiguo, «La vía del tarot», y un poemario referido a ese mismo arte, «Yo, Tarot», ambos de Siruela.

—Pinta, escribe guiones, libros, imparte conferencias, tiene esposa, hijos... ¿cómo lo hace?

—Me concentro muchísimo en lo que hago. Escribo desde las once de la mañana hasta las ocho de la noche. Estoy unos veinte minutos con cada asunto; soy perseverante. Para mí descansar es hacer otra cosa distinta a la que estoy haciendo. Y no considero que trabajo, para mí trabajar es algo doloroso, molesto, lo que hago me divierte, me hace feliz, y no me cansa.

—¿Qué es exactamente el Tarot?

—La explicación que más me gusta es la que asegura que una cofradía de gente de las tres religiones monoteístas se reunieron para codificar su conocimiento en una especie de biblia óptica y la pusieron en manos del pueblo, que siempre acepta el conocimiento y lo conserva.

—¿Cómo se explica que pasase durante tantos siglos inadvertido, siendo considerado un mero juego de azar?

—Las teorías que se tienen manifiestan que el mundo no estaba preparado para descubrir la simbología real del Tarot.

—**¿Tiene el Tarot el respeto que se merece?**

—Todavía no. Hay mucha charlatanería a su alrededor, demasiada gente lucrándose a su costa. Y aún no se comprende que no es una herramienta para leer el futuro sino un maravilloso conjunto organizado que habla de la estructura simbólica de nuestro inconsciente. Todo el que quiera puede aprender a utilizar el Tarot puede hacerlo. Hay que descreer de quienes manejan el supuesto secreto de la interpretación de las cartas. Es falso. Hago mías las palabras de Buda: «no quiero nada para mí para que no sea para todos». El Tarot es un reflejo de nuestros miedos, preocupaciones, alegrías, deseos, y no una bola de cristal para averiguar el futuro.

—**Todos los mazos restantes, ¿son hijos bastardos del Tarot de Marsella?**

—Sin duda, por mucho que digan, todos son clones mal hechos del de Marsella. En el siglo XX, el Tarot experimenta un auge y se popularizó mucho y muy deprisa, así que comenzaron a surgir numerosos mazos (de perros, de gatos, artúricos...) Tienen la misma estructura, 56 arcanos menores y 22 mayores. No obstante, hay gente que para adentrarse al auténtico Tarot necesita hacerlo a través de uno más sencillo.

—**Leyendo estos libros, se advierte devoción y un cierto toque iniciático que recuerda a Castaneda.**

—Es que el Tarot es arte sagrado, una catedral de bolsillo para nómadas, y mantiene un cierto paralelismo con las catedrales góticas. Además, te obliga a hundirte en el presente y dejar al margen futuro y pasado, o pasado quizá para comprender el presente, como Proust. Es como un mandala, un rosario. Compatible perfectamente con ambos. El Tarot expresa el lenguaje del inconsciente humano.

—**Si tuviera que identificarse con una de las cartas del Tarot, ¿cuál sería?**

—No sé, si me hubieses preguntado que qué signo soy te hubiera respondido que zodiaco. Me consideré hace tiempo el loco, después el eremita, la estrella, la papisa, el arcano trece —la muerte—; poco a poco me di cuenta de que el Tarot es una unidad, y no te puedes identificar con un carta final.

—Como autores, cuando el lector cerrase uno de estos libros, ¿qué les gustaría conseguir?

—Que abriese un poco más su mente, que le diese importancia a lo que tiene alrededor, que repare un poco más en las personas que quiere. Muchas veces nos quedamos en lo superficial. El Tarot enseña a apreciar lo cotidiano, lo pequeño, el detalle.

—¿Es España un país receptivo al Tarot?

—Totalmente, quizá el que más, seguido de Italia y Latinoamérica.

—¿Por qué?

—No lo sé. Los españoles son seres humanos, no están deformados por la mente cartesiana tan típica de los franceses.

—Me gustaría que me hablase de uno de sus cómics que más éxitos tuvieron, Alef-Thau, cuyo protagonista es un niño con discapacidad, sin brazos ni piernas.

—Mi hijo Cristóbal no podía aprender a leer y me pidió que le enseñase; entonces, cada día le escribía un capítulo. Para mí Alef-Thau es un canto a la esperanza, una lección para todos los niños, para que aprendan a valorar, a respetar y a amar la diferencia. Y las personas con discapacidad nos aportan muchos valores distintos de los que tenemos mucho que aprender. Alef-Thau es una de mis buenas obras, le guardo mucho cariño.

—Una de las constantes es el sentido del humor. ¿Sin él sería imposible toda tarea?

—El humor es divino, se habla de «la risa de Dios», y es un rasgo característicamente humano. Es terapéutico y poético. Wittgenstein dijo que el saber y la risa se confunden. No hay solidaridad sin humor.

*Seis de espadas
(Carta que representa, según el entrevistado,
a la periodista)*

«A Mozart le gustaría
Eminem»

Fernando Argenta
Músico



El 12 de abril de 1976 se emitió por vez primera «Clásicos Populares». Desde entonces, Fernando Argenta (Madrid, 1945) se ha convertido en el perfecto embajador de la música clásica. Enemigo de todo elitismo, su frescura y desenfadado han hecho posible que todos los sábados, niños de entre seis y doce años, aprendan a saborear este género en «El Conciertazo». Licenciado en Derecho por la Complutense e hijo del compositor Ataúlfo Argenta, cursó también estudios superiores de músico en el Real Conservatorio Superior de Música de Madrid. Veamos qué nos cuenta.

—Prokofiev escribió para niños «Pedro y el lobo», Britten una «Guía de orquesta para jóvenes», pero no siempre ha habido un interés por acercar la música culta a los más pequeños. ¿Qué compositor es el que mejor conecta con ellos?

—Lo has mencionado tú, «Pedro y el lobo» es un cuento musical perfecto. Pero también hay otra obra que les encanta, «El elefantito Babar», de Poulenc.

—Muchos jóvenes arrugan el ceño si se les menta la música clásica. Paradójicamente, llevan en su móvil la melodía de Champions Ligue, de Haendel. El escaso interés hacia la música clásica, ¿es algo propio de España o sucede también en el resto de países?

—Ocurre en mayor o menor medida en todo el mundo. Una de las causas es la globalización. Lo que ven los niños por televisión e Internet es muy similar indistintamente de su país de origen. Consumen lo que les dan y, por desgracia, la música clásica no está entre los ofrecimientos. Lo que ellos no saben es que Estopa dentro de

diez años no serán nadie y, en cambio, ellos conocen muchísimas melodías clásicas, pero nadie se lo ha contado.

—Pero, si consumimos lo que nos dan, ¿por qué no apostar por música de calidad?

—La calidad cuesta dinero. Es igual que la comida. La comida rápida, la comida basura, es la más barata. Una cocina elaborada, con buenos ingredientes, es cara. Se trata de vender mucho en el menor tiempo posible y eso no es compatible, casi nunca, con la calidad del producto final. La cultura es un alimento y tenemos deficiencias de proteínas. La cosa pinta mal.

—Usted participó en un grupo de rock, «Micky y los Tonys». Entre Elvis y Bach, ¿con quién se queda?

—Yo puedo hablar con un fondo musical de Presley pero soy incapaz de hacer otra cosa que no sea prestar atención a una melodía de Bach.

—¿Qué le parece la fusión de grupos roqueros como Deep Purple con orquestas sinfónicas y filarmónicas?

—Como experimento, magnífico, porque demuestran que ningún estilo musical es incompatible con otro cualquiera, pero no siempre la fusión origina algo de calidad. Ahora se ha puesto de moda la fusión entre el flamenco y el jazz, pero hay resultados espantosos. Hay momentos y etapas vitales para un tipo de música concreto. Comparo el estilo «Pop» con el tebeo, y la música clásica con la novela o la poesía. Con esto no quiero decir que el tebeo sea peor, sino distinto.

—¿De verdad es usted el mismo que presentó Eurojunior? ¿No cree que festivales como ese fomentan los monstruitos?

—No, no tiene por qué haber una separación tajante entre ambas cosas. Tengo que predicar con el ejemplo. ¿Monstruitos? No, no lo creo. La mente de los niños debe estar abierta a todo tipo de gustos.

Volvemos a la comida. A los niños les gusta las patatas fritas, la pizza, etc. Pero tienen que comer verduras, legumbres... Hay que animar a los chavales a que escuchen lo que quieran y, además, música clásica, porque lo que no se conoce no puede gustar.

—**¿Sabe que hay muchas asociaciones dedicadas a la discapacidad que estimulan a niños con problemas con música clásica?**

—El poder de la música clásica está demostrado. La musicoterapia es algo que se practicaba desde los tiempos de los griegos. La música, como no pasa por el cerebro, sino que va directamente al sentimiento, puede provocar ciertas reacciones. Hay algo físico que reacciona bien ante una consonancia musical bien ante una altisonancia. No he hecho ningún «Conciertazo» con niños con discapacidad porque, para mí, sería una forma de segregación. Han venido niños con discapacidad al programa, muchísimas veces, pero siempre integrados con el resto, niños con síndrome de Down, ciegos, sordos... Algunos de ellos suben al escenario y tocan los instrumentos para advertir las distintas vibraciones.

—**Gabriel Bergogna es el primer director de orquesta ciego de la historia. ¿Hay barreras entre la música y la discapacidad?**

—No, ninguna. La música clásica no hace distinciones.

—**Estuvo a punto de realizar un «Conciertazo» con niños palestinos e israelíes, pero fracasó. Luego, la música realmente no amansa a las fieras...**

—No llegó a cuajar porque, para nosotros, era fundamental la participación de Baremboim, alguien que trabaja desde hace años en este sentido, pero tenía numerosos problemas de fechas; finalmente no pudimos hacerlo. Fue una lástima. Pero tampoco queríamos que sólo hubiera niños israelíes y palestinos, sino de todas las nacionalidades, es la fraternidad de la que habla Beethoven.

—Después de Mendelssohn, Brahms, Mahler, ¿todo está dicho en música clásica?

—No, ni mucho menos. John Cage elaboró una obra llamada «4'33» una pieza para piano en donde lo único que suena es el ambiente de la sala de concierto. O sea, silencio. Siempre hay caminos por los que avanzar.

—¿Qué pasaría si Mozart pudiera sintonizar los cuarenta principales?

—Si «despertase» con su mentalidad, se horrorizaría. Si despertase con mentalidad de hoy, le encantaría Eminem.

«El discapacitado es uno
más entre nosotros»

Javier Sádaba
Profesor y filósofo



Francisco Javier Sádaba (Vizcaya, 1940; licenciado, entre otras ramas, en Filosofía y Letras por la Universidad Pontificia de Salamanca, y en Teología por la Gregoriana de Roma) es catedrático de Ética y Filosofía de la Religión de la Universidad Autónoma de Madrid. Sus innumerables publicaciones y sus deliciosas y sutiles reflexiones le han convertido en una referencia obligada en el campo del pensamiento. Amante de los asuntos vitales, la discapacidad nunca le dejó indiferente.

—¿Cuál es la deuda ética de la sociedad para con las personas con discapacidad?

—Los individuos que conformamos la sociedad tenemos obligaciones muy concretas con los discapacitados. Obligaciones morales que tienen que tener su correspondiente complementación política. La ética fundamental nos enseña a suplir las deficiencias del otro con las capacidades de los que las tienen. No es tanto una deuda como una obligación. Hasta que no equilibremos eso no deberíamos estar satisfechos con nosotros mismos.

—¿Qué cualidades o valores aporta la discapacidad a la sociedad?

—Dos que me parecen fundamentales. Nos muestran, como en un espejo, el esfuerzo que puede y debe hacer el ser humano para encontrar su correspondiente calidad de vida; también nos muestran que tenemos muchas potencias que no usamos. De alguna manera, los discapacitados señalan zonas de nuestro cuerpo, de nuestra existencia, de nuestra psique que tenemos dormidas y que ellos ponen en funcionamiento.

—Usted habla de obligación. ¿Por qué, entonces, el movimiento trabaja día a día por conseguir que esos derechos se hagan efectivos?

—Los grupos más desfavorecidos son los que hacen ver al resto, más indiferente o egoísta, sus necesidades, que son derechos y no limosnas. Si fuéramos más despiertos o solidarios esto no se daría. Me gustaría señalar que mi experiencia en relación con las personas con discapacidad, bastante larga, por cierto, me indica que se ha avanzado muchísimo en los últimos años. Están más presentes en el centro de la sociedad, se han organizado mucho mejor; con los problemas que hay, ellos han conseguido situarse en la agenda política, gracias a la fusión entre el colectivo de discapacitados (muy amplio, no sólo en España sino en Europa y en el mundo).

—¿Cree que conceptos como lástima, caridad y otros un tanto peyorativos han sido ya disociados de la concepción de la discapacidad?

—Ha habido un avance semántico, ya no se habla de términos como *subnormal*, etc. En buena parte, han pasado a la historia. Eso es importante. Un refrán chino dice que las palabras, a veces, son tan importantes como los propios hechos. Pero no hay que quedarse en ello. Aparte de modificar el lenguaje, hay que modificar las actitudes.

—Uno de sus últimos libros, «La ética contada desde la sencillez», analiza la ética como sinónimo de libertad y de los valores que uno asume como universales. A su juicio, ¿cuáles son esos valores fundamentales?

—La ética es compleja, es una mesa con muchas patas. La construimos en el momento en que somos responsables de nuestros actos, de los buenos y de los malos. Además, la ética es universal. Si está mal matar, está mal matar para todo el mundo y si está bien ayudar lo está para todo el mundo. La ética no es la estética. Lo que me gusta para mí da igual que no le guste a otro. Ahora, si tuviera que

decir cómo tendría que desarrollarse la ética me fijaría en dos aspectos: por un lado, hacer verdad lo de la universalidad en el sentido de solidaridad. Ensanchar más el *nosotros*, conseguir una reciprocidad mayor con los seres humanos es vital, esencial, es crecer en ética. Por otra parte, hacer crecer los sentimientos morales, no los de lástima (se puede ser compasivo con los perros, no con las personas): la indignidad ante la justicia, el de vergüenza ante la acción mal hecha... hay que desarrollar ese tipo de valores. La gran desgracia nuestra es la diferencia entre el gran avance tecnocientífico y el estancamiento de nuestros sentimientos morales.

—**¿Existe la crisis de valores de la que tanto se habla?**

—Lo que existe es un cambio fuerte. La humanidad cambia. Estamos en uno de esos momentos en los que actitudes que se suponían que valían están fuera de juego; eso hace que la gente se sienta desnuda. Sobre todo cuando ciertos principios que debían valer están desapareciendo.

—**¿Por ejemplo?**

—La amistad, como la gran entrada a la moral, la capacidad de saber estar cerca del otro y no resolver todo de manera mecánica, como se procede hoy en día en esta sociedad tan robotizada. O, por ejemplo, ese nuevo dios que parece que todo lo domina que es el dinero, el dios Mamón que decían los cananeos. Eso destruye valores. Uno no tiene porqué estar sujeto a la tiranía de las costumbres, pero hay valores morales que han de valer siempre y esos sí están en crisis.

—**En una época como la nuestra, en donde impera la imagen y todo está pensado para convertirse en producto de fácil y rápido consumo, ¿qué papel juega el pensamiento reflexivo?**

—Es un tema central. Las excesivas prisas tienen siempre malas consecuencias, en especial en la moral, que aspira a la vida buena. La moral enseña a la gente a conseguir la felicidad; en ese sentido,

nuestra sociedad nos imposibilita esa mínima reflexión, meditación que es necesaria para el bienestar. Por ejemplo, se nos está imponiendo, y esto es algo en lo que insisto cuando me refiero a la ética de la discapacidad, un concepto bastante perverso de cuerpo, es decir, un concepto en el que todos parece que tenemos que ser apolíneos, como si la vida fuera eterna, la eterna juventud necesaria, etc. Eso es falso, hay que empezar a reivindicar un concepto de cuerpo más real, flexibilizarlo, relativizarlo, considerarlo en función del momento y de la edad y no dejarse llevar por esa imposición —a veces violenta— de la imagen, de la publicidad, de la propaganda y del consumo.

—Con esos avances, ¿hablaremos algún día de la tecnología de la inmortalidad?

—Con respecto a la muerte se pueden tener actitudes distintas. En España hay una predisposición hacia la muerte respetable, el humor negro tan presente en nuestro devenir es positivo porque es un camino para integrar la muerte como algo cotidiano e inexorable, algo constitutivo del ser humano. Pero España empieza a rechazar la idea de muerte como la sombra de uno desde que nace debido a la influencia externa. En la sociedad norteamericana, hablar de la muerte es de tan mala educación como eructar o estornudar en la comida. España, en muchos aspectos, ha entrado en ese tipo de civilizaciones que expulsan el concepto de la muerte. Lo que Aranguren llamaba la «muerte silenciada». Eso es un mal, porque todo lo que se expulsa por la puerta entra después por la ventana y de mala manera.

—En «Principios de la bioética laica» se adentra en un terreno complicado. ¿Quién establece la línea limítrofe entre lo que es ético y no lo es en cuestiones como la clonación o la eutanasia?

—Es un tema delicado, como todos los problemas seriamente morales. A la hora de establecer límites, que los establezcan los humanos. La moral es una construcción humana. Dentro de esa construcción, el límite es no tratar nunca a nadie como un instrumento, como

puro medio, algo que entronizó Kano. Tenemos que tratarnos todos como sujetos. A partir de ahí vivamos lo mejor posible, tratémonos bien, bienvenida sea la biomedicina, la medicina regenerativa, la mejor calidad de vida, pero siempre que se respeten los derechos humanos, pidiéndole permiso al otro, consultándole.

—Desde hace tiempo se habla del pensamiento único, de los medios de comunicación como inductores del pensamiento. El hombre del siglo XXI, ¿es vago o no es capaz de pensar por sí mismo?

—Generalmente no pensamos por nosotros mismos, por varios motivos. Uno de ellos es la propaganda desde el poder, a veces implícita, a veces explícita; es la mejor manera de controlar a la gente. Eso explica el gran fracaso de las democracias ilustradas, que carecen de cultura cívica y política. Ésa es una de las causas de que el pensamiento único, pensamiento cero o la boina sobre las neuronas triunfe. Otro gran motivo es el miedo, somos miedosos, tenemos miedos a la libertad.

—Como apuntaba Fromm...

—Sí, hay que releerlo para actuar apoyándose en uno mismo. Es más fácil dejarse llevar pero, hablando en la era de las clonaciones, ¿hay algo peor que el hecho de que pensemos en serie?

—Recientemente conocíamos unos datos que situaban a los alumnos españoles como los últimos de la fila en conocimientos. Como profesor, ¿a qué cree que se debe esta desidia estudiantil?

—Tengo un observatorio bueno pero parcial, *bueno* porque llevo años —casi excesivos— y *parcial* porque no he estado nunca en la enseñanza media ni primaria. El problema de la educación es que falla en el comienzo. Se erosiona desde la escuela y desde la familia. Los planes de estudios cambian constantemente, los profesores están mal pagados, preside una ideología que hace pensar que lo único que vale es aquello que tendrá una aplicación tecnológica inmediata, urge

una despreocupación por la cultura, se mantiene poca insistencia en la importancia de la lectura... Nada de ello ayuda. También tengo que decir que hay una generación reciente muy interesante, no sé hasta qué punto representativa, quizá el inicio de una generación consciente de saber conjugar lo que hay que hacer en la vida, que sabe de la importancia de evitar que a uno le engañen, de gozar con el conocimiento y de estar comprometido con la sociedad.

«La locura es un
sacerdocio, una opción
ante una realidad hostil»

Menchu Gutiérrez
Escritora



«Disección de una tormenta» (Siruela) es la última novela de Menchu Gutiérrez (Madrid, 1957), en la que se adentra en los vericuetos de la obsesión humana, los ritos de sacralización y el pulso entre la locura y la salvación. El leit motiv: el pelo como símbolo de renuncia, de sacrificio, de vida y muerte.

—¿Cuál es el estímulo que incita a escribir un libro sobre la sacralización del pelo?

—Me encuentro con dos hechos, una atmósfera personal determinada (construcción y destrucción de mundos) y el encuentro con un símbolo como el del pelo, que ha ido perdiendo en nuestra cultura no importancia pero sí el valor sacro que tuvo en sus orígenes, en las culturas primitivas. Los monjes budistas fabricaban escobas con pelo de los devotos para barrer las huellas de buda. Por otro lado, todos hemos ido a la peluquería y hemos visto cómo barren el suelo arrastrando y confundiendo el pelo de los que estamos allí: rubio, cano, pelirrojo... Tenemos, por tanto, pelo sagrado —el de los monjes— y pelo reducido a condición de basura.

—Pero pesó más la interpretación del pelo como metáfora de sacrificio. Es decir, el de los monjes...

—Sí, el pelo adquiere una dimensión de destrucción de nosotros mismos y de pérdida de sentido entendida como una muerte; todos nacemos y morimos muchas veces al día. Nuestras emociones y sentimientos están continuamente renaciendo.

—Para Cirlot, la casa representa la psique humana. En esta novela, como en otras obras suyas, es un elemento fundamental en la trama y, sin embargo, inalcanzable.

—Inalcanzable en parte. Pretendo transmitir, a través de la casa que, en efecto, puede entenderse como la mente o el alma humana, una estructura laberíntica. Se puede conocer aspectos de la casa, habitáculos, recintos, pero nunca en su totalidad.

—En sus obras siempre cabalga la locura, parece que estuviéramos abocados a ella.

—La locura, como digo en la novela, es un sacerdocio, una opción ante una realidad hostil.

—«Disección de una tormenta», ¿es un homenaje a la parte irracional del hombre?

—No sé si homenaje, pero sin duda transcurre en esas geografías. Es una zona necesaria, una manera de vivir esas otras realidades menos evidentes que nos constituyen y que son esenciales.

—Otro de los protagonistas de la novela es el silencio, algo que se añora en una sociedad como la nuestra...

—Sí, difícil de encontrar, pero vital para la existencia. Vivimos en una sociedad en la que hay demasiados ruidos, y no sólo físicos, sino ruidos más peligrosos, el ruido de la uniformidad de pensamiento, el ruido de la palabra hueca...

—Usted escribe poesía y novela. Ocurre que sus novelas son tan poéticas que me lleva a pensar que le pesa más el oficio de poeta que el de novelista...

—No estoy de acuerdo con la catalogación inflexible de los géneros. Creo que la poesía no es patrimonio estricto del poema, puede estar presente en la música, en la fotografía, el cine...

—**Acaba de terminar la biografía de San Juan de la Cruz, un proyecto que fue encomendado a José Ángel Valente, pero que su muerte le impidió siquiera comenzar. La poesía, ¿es el camino más próximo al misticismo?**

—Es el único lenguaje posible.

—**¿Hay palabras para expresar con exactitud cualquier emoción?**

—Creo que hay palabras que inducen emociones. Más que intentar traducir en palabras una emoción busco iniciar el camino para que se produzca esa emoción. Es lo que hace, por ejemplo, San Juan.

—**¿Qué está pasando en una sociedad en la que los libros más vendidos son de rápido consumo, frívolos, huecos y vacíos?**

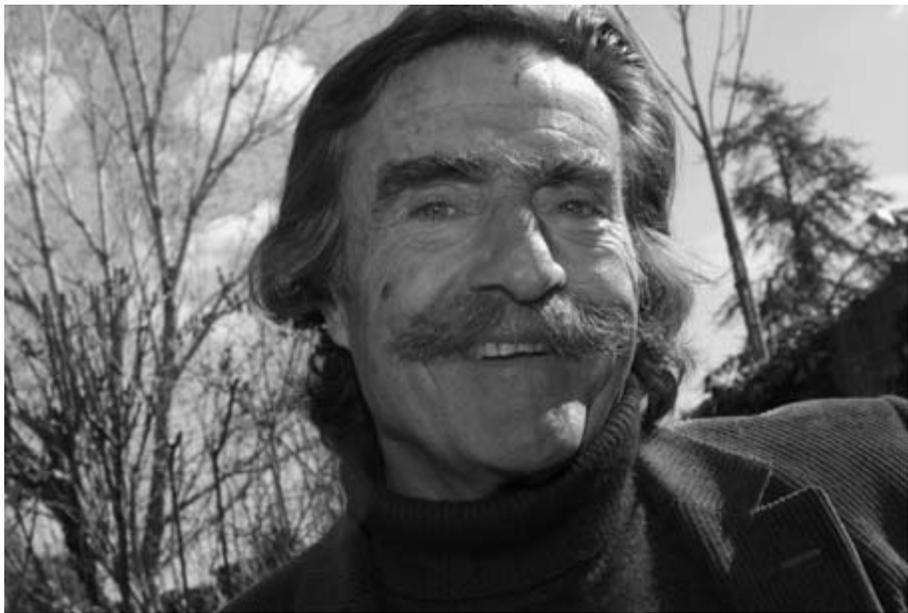
—Las grandes cuestiones económicas y macroeconómicas en las que vivimos se traducen en un ansia de uniformidad tremenda. No sólo en la literatura, en todas las disciplinas. Es más fácil lo fácil, y lo difícil provoca una huída.

—**¿Qué papel cumple la palabra?**

—La palabra cumple, culmina o encauza la reflexión, algo inherente al hombre. Es imprescindible, en cualquier sociedad, en cualquier momento o circunstancia. Por mucho que lo intenten, jamás se podrá aniquilar algo que está latiendo en nosotros mismos.

«Nunca he perdido
el corazón, allá donde
he ido lo he ganado
siempre»

Miguel de la Quadra-Salcedo
Reportero, deportista, humanista, aventurero...



Conocido por todos como el mentor de esa escuela de la vida que es la Ruta Quetzal BBVA, y aventurero infatigable, Miguel de la Quadra-Salcedo (Madrid, 1932) ha sido también deportista de élite (participó en los Juegos Olímpicos de Melbourne y Roma), perito agrícola de titulación, reportero de oficio, y eventual ballenero, domador de fieras y especialista de cine en escenas de riesgo, entre otras ocupaciones. Acompasando su sonrisa con su voz, ronca y sabia, reflexiona sobre la juventud, la inmigración o el papel de los ancianos en la sociedad, entre otros temas.

—Cada uno cuenta la batalla desde donde perdió el corazón, escribió Pepe Hierro. ¿Desde dónde late el suyo?

—Nunca he perdido el corazón, allá donde he ido lo he ganado siempre. Perder el corazón supone tristeza, y el viaje nos depara alegrías renovadas y nuevas.

—¿Es España un país racista?

—Sería un contrasentido. España conquistó América desde el amor; los españoles se casaron con iberoamericanas, mezclaron sus raíces, pero no se pueden extrapolar los hechos de la época en la que sucedieron. Hace 500 años se hizo una labor importantísima. Y ahora podemos devolver el favor inmenso que nos hicieron hace quinientos años acogiendo a cuantos vienen a nuestro país en busca de un futuro mejor o por cualquier otra razón. Ojalá la inmigración fuera mayor, pero la capital de España, que se ha trasladado a Bruselas, nos limita los flujos. Pero hay que respetar a todos los que vienen. Y conocer su historia, que es la nuestra. El 30 por 100 de los estudiantes son hijos de inmigrantes y esos muchachos, ¿qué saben de su his-

toría? Ni una sola lección de qué es Iberoamérica, de las culturas precolombinas, de los libertadores (Bolívar, Miranda, Hipólito, Madero). Su historia es la nuestra. Conocen a Colón y poco más. Se pierden de la cultura azteca, maya, La Araucana...

—Pero hay quien contempla con recelo todo aquello relacionado con el Islam...

—Lo hacen quienes olvidan que España fue la embajadora del Islam durante 500 años en América. Nosotros llevamos allí el saber de la agricultura que nos enseñaron los árabes, los abonos, el caballo (no los percherones, de los unos, sino los berberiscos, esos caballos finos). Hasta los artesonados de muchas iglesias de Perú son mudéjares. Y la sensibilidad de los grandes santos provenía de abuelos conversos: Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, por ejemplo.

—¿Qué hace más fácil el enfrentamiento que el entendimiento entre culturas?

—Ciertos complejos de inferioridad. Los españoles, por ejemplo, siempre hemos aceptado que Moliere era más importante que Calderón, cuando no era así. No somos capaces de reivindicar lo que nos pertenece. Pero, gracias a pasos que se están dando, como la Cumbre de Jefes de Estado de Iberoamérica, en la que, por cierto, participamos, las cosas están ocupando el sitio que les corresponde. No hay que ser muy aventajado para darse cuenta de que los aires académicos vienen de allá. Además, hay que hacer memoria, rescatar la época de la convivencia de las tres culturas: cristiana, judía e islámica. Alfonso X y su escuela de traductores. Hay que deshacer los fundamentalismos de las culturas y, para ello, estudiar las religiones para aprender a respetarlas.

—Respetar, que no tolerar...

—En efecto, tolerar es altivo, *yo te tolero*. No, me refiero al respeto y éste sólo surge de la cultura, del conocimiento.

—La Ruta Quetzal, ¿es un viaje iniciático?

—Sí, sin duda. A los 8.000 jóvenes que han pasado por ella les sirve como pedagogía, como experiencia. Decía Sócrates que con la experiencia aprendes la verdad, a romper fronteras, no a ponerlas. Cuando sean mayores —algunos de los primeros becados ya han cumplido los cuarenta años— harán un mundo más justo. La Ruta es una universidad de nómadas.

—¿Qué se aprende en ella?

—Vivimos en una sociedad de consumo. En este viaje se dan cuenta de que hay que bajar el techo de las necesidades. Necesitamos menos después de este viaje.

—¿Qué le han enseñado los muchos jóvenes ciegos que han hecho la Ruta?

—Muchísimo. Los ciegos tienen una sensibilidad pasmosa. Aunque no vean, es increíble lo que se aprende escuchando la manera que tienen de percibir el mundo. Adentrarse en otras culturas, a través de los ojos de los ciegos, es una experiencia fabulosa. Me gustaría que se presentasen más ciegos a estas becas.

—Otro de los valores que proclama es el amor por la naturaleza. ¿Cree que ésta sobrevivirá al hombre?

—El hombre, por definición, es ecologista. No ecologistas políticos, esos no me interesan. Por ejemplo, todos los grupos indígenas han sabido conservar y convivir con la naturaleza durante miles de años. Pero no me gusta que se use políticamente la naturaleza, como hacen esos cantantes agoreros que viajan con los indios para publicitarse y luego no hacen nada por cambiar las cosas —se refiere a Sting—. La Secretaría de Estado de Cooperación española fomenta la enseñanza de las lenguas indígenas en las escuelas. Si un jíbaro se avergonzase de su lengua perdería su cultura y la naturaleza también se resentiría.

—Pero el plan de carreteras transamazónicas fue una amenaza horrible...

—Sí, pudo haber sido el principio del fin pero, a Dios gracias, no fue así. Se pensaba hacer una carretera de cinco mil kilómetros, colonizar cien kilómetros a cada lado; cada veinte kilómetros un acrópolis; cada cien, una rurópolis. Talaron unos cuantos árboles y se dieron cuenta de que el territorio se desertificaba.

—¿Qué recuerda de su etapa de perito agrícola?

—Era apasionante. Desde 1960 hasta 1964 estuve clasificando plantas, flores, frutos, aprendí muchísima historia. Y a día de hoy se siguen encontrando nuevas plantas; es un trabajo apasionante.

—A sus setenta y tres años habrá pensado en el papel que desempeñan los mayores en nuestra sociedad...

—Sí, pero no sé que ha pasado. Antes, el lugar privilegiado de la mesa correspondía al abuelo; ahora lo ocupa la televisión. Tenemos mucho que aprender de los mejicanos, de los peruanos. Ellos son incapaces de internar a una persona de setenta años en un geriátrico. Los abuelos no tienen que estar en asilos, sino con sus hijos y nietos. Los abuelos tienen que ser lo que son, un paradigma imprescindible para la infancia. En España tenemos a quién mirar, a los eternos nómadas, los gitanos. Ahí está el patriarca. Y los abuelos con los niños. La televisión nunca —aunque es lo que se propone— será la sustituta de los abuelos. ¿Cómo le dice la televisión a un niño lo que está bien o está mal? Los ancianos y los niños han de convivir juntos y compartir cariño, ayuda mutua y comunicación. Los valores importantes los transmiten los mayores.

—¿Nuestros jóvenes están perdiendo los valores?

—No lo creo. Cada vez la juventud es mejor, pero los medios de comunicación muestran lo puntual, el de la catana que mata a sus padres. Estudian más, son más solidarios y más conscientes de cuanto les rodea.

—**¿Le queda algún rincón por explorar?**

—Tengo pendiente unos ejercicios espirituales.

—**¿Malos tiempos para lo espiritual?**

—No lo creo. Hay ataques, algunos feroces, a la religión, pero siempre que se persigue algo o se intenta denostar, se potencia. Si persisten en esta línea, habrá muchos más catecúmenos. De cualquier manera, me parece un retroceso dejar de estudiar en las escuelas la historia de las religiones. ¿Cómo vamos a ir al Prado sin saber quién es Job, San Miguel, Venus o Neptuno?

«El donante es el héroe
anónimo de nuestra
sociedad»

Raphael
Cantante



Allá donde actúa arrasa, sea en el Carnegie Hall de Nueva York, Ros-sia de Moscú, Olympia de París, Bellas Artes de Méjico o el Teatro Real de Madrid. Fruto de sus más de cien trabajos editados ha recibido 325 discos de oro, unos 50 de platino y hasta un disco de uranio (único cantante en el mundo que lo tiene). Su asignatura pendiente era el teatro, pero se desquitó al interpretar a Jekyll y Hyde. Ahora, gracias a un tras-plante de hígado, Raphael (Linares, 1945) sigue siendo aquél y nos lo cuenta en el libro «Quiero vivir» (Temas de Hoy).

—Los beneficios de «Quiero vivir» se destinan a la Fundación Doce de Octubre, y el libro está dedicado al donante...

—Sí, el donante es el motor de este proyecto, sin duda. A él. A ellos. Les dedico mi esfuerzo, mi admiración, mi eterna gratitud. Quiero transmitir esperanza y agradecimiento. Ése es el propósito del libro. Aparte de animar a todos los lectores a que se hagan donantes, por supuesto. El donante es el héroe anónimo de nuestra sociedad.

—¿Uno se vuelve solidario sólo cuando le afecta en primera persona la causa?

—No, siempre he sido muy solidario. En este caso concreto, con los donantes, no, pero he colaborado con muchísimas fundaciones de personas con discapacidad, asociaciones, actos benéficos, etc.

—¿Ha pensado constituir una Fundación como hiciera José Carreras?

—Era el propósito inicial pero, debido a mi manera tan vertiginosa de trabajar, tanto viaje, tanta promoción, no creíamos que fuese

compatible con una fundación. Pero, como quería involucrarme, decidí escribir este libro. Para dar las gracias, para ayudar.

—Cuando se ve de cerca de la «Gran dama», como denomina usted a la muerte, ¿se la pierde el respeto?

—No, aunque nos hemos hablado de tú a tú y eso da cierta soltura ante ella.

—Extraña que una persona tan popular, tan querida, tenga esos tremendos momentos de soledad que describe en el libro.

—Es algo común entre las personas muy populares por su trabajo, déjame que matice, que ahora la popularidad está mal entendida. En mi caso, necesito la soledad para recargar las pilas y poder darme en cuerpo y alma al público, pero también hay momentos de soledad muy amargos que conlleva la fama.

—¿Por qué era tan reacio ante la posibilidad de recibir un trasplante?

—Tenía otros planes. El hecho de tener que recibir un trasplante supone muchas cosas, entre otras, aceptar la posibilidad de que tu cuerpo lo rechace, de que no haya una segunda oportunidad.

—En esos momentos de espera, ¿qué se aprende?

—Todo. Quizá a ser un poco egoísta, en el sentido de que hay que cuidarse. Egoísta sólo en ese aspecto, en el de pensar en ti, en tu salud.

—Esta experiencia, ¿le ha hecho más humilde?

—Nunca fui muy humilde, pero no por mí, sino porque desde pequeño he sido, de alguna manera, especial. He sido y soy uno más de cada una de las familias que me ven y me siguen a través de los medios de comunicación, los teatros, etc. Nunca he sido anónimo, y eso marca. Pero soy consciente de que tengo que estar agradecido por todo lo que me ha pasado, que es mucho y bueno.

—¿Le ha ayudado la fe?

—Sí, sin duda, y mi familia, que me ha hecho luchar.

—Usted dice que la espera es como un precipicio por el que hay momentos que uno desearía caer. ¿Cómo un ser tan vitalista como usted piensa en tirar la toalla?

—Es complicado de explicar, la verdad. Son días, semanas, meses dolorosos, no sabes si va a llegar a tiempo el trasplante. Y, a veces, surge un miedo voraz.

—¿Cómo ha cambiado su escala de valores, si es que lo ha hecho?

—Ahora procuro disfrutar mucho más de todo, en especial de las ciudades a las que viajo. Antes sólo las conocía por sus aeropuertos, sus hoteles y sus teatros.

—«Quiero vivir» es el último libro que he leído. ¿Cuál es el suyo?

—Si te soy sincero, ahora mismo no estoy leyendo nada. Además, es Natalia —su esposa— quien me aconseja en estos temas.

«No sólo hay que
reclamar accesibilidad,
hay que comprometerse
con ella»

Presuntos Implicados
Músicos



Llevan más de veinte años recorriendo escenarios propios y foráneos, racimando canciones ya emblemáticas, produciendo discos de jóvenes artistas (Efecto Mariposa, por ejemplo) y lo que es más importante: sosteniendo y enarbolando la ilusión por la música. Son Presuntos Implicados. Últimamente han colaborado con la «La Excepción», una formación compuesta por dos raperos, unos de ellos discapacitados. Juan Luis Giméne, el guitarrista del grupo, nos lo cuenta.

—¿Satisfecho con los resultados que están cosechando con su último disco, «Postales»?

—Dentro de lo que está siendo el mercado discográfico, situado por los suelos, no podemos quejarnos. Nos mantenemos en las listas de ventas, seguimos de gira... digamos que podemos estar bastante agradecidos.

—La consigna de todo músico es mostrar su rabia por la piratería. Sin embargo, la cuenta de resultados que presentó recientemente la SGAE mostraba unos beneficios enormes...

—El mercado de conciertos no ha sufrido ningún tipo de retroceso, pero no hay que olvidar que las compañías han tenido una caída cercana al 70 por 100 en los últimos seis años fruto, entre otros factores, de la piratería. Y lo peor de esta situación es que casi no existen oportunidades para la gente que comienza. Pero tengo la sensación de que ni los artistas hemos sabido transmitir cuál es el problema ni al público le importa. Lo que sí tengo claro es que un músico joven tiene que presentarse a Operación Triunfo o salir en una teleserie para abrirse paso. Melendí, es decir, jóvenes que triunfan por sus aptitudes artísticas, quedan pocos.

—¿Es difícil compaginar los proyectos personales que tienen cada uno de ustedes con la maquinaria que, en todos los sentidos, despliega la banda?

—Sí, sobre todo por el calendario del grupo, es una maquinaria lenta pero tremendamente absorbente.

—Hace poco participaron en el concierto a beneficio de la Fundación que preside Nelson Mandela. ¿Hay arte sin compromiso?

—Piensa en cuadros como *Las Meninas*, por ejemplo. Claro que sí. Hay muchos tipos de compromisos: poéticos, estéticos, estilísticos... y también sociales. El hecho de que una manifestación artística tenga un compromiso social detrás no la hace ni más ni menos interesante. Sólo distinta.

—En la versión extendida de su primer sencillo, «Tenemos que hablar», colabora «La Excepción», formada por Gitano Antón y el Langui, un cantante discapacitado. ¿Cómo surgió la posibilidad de trabajar en común?

—A mi hijo le encanta el grupo y fue él quien me les descubrió. Me enamoró su frescura y hablé con ellos. Les interesó la temática de la canción y ellos escribieron la parte que *rapean*.

—Hay una frase tremenda en ese rap: «¿Por qué siempre nombro a mi madre en los momentos clave? Porque, junto a mi padre, son los responsables de que me mueva sin ayuda de una silla».

—Sí, creo que no necesita explicación. Es una frase rotunda, impresionante. La canción habla del intento por mantener unidas las familias, porque la familia es el núcleo de nuestra sociedad. Y el Langui, que es discapacitado, sabe de qué habla.

—También interpretaron en lengua de signos su último vídeo musical.

—Sí, no sólo hay que reclamar accesibilidad, hay que comprometerse con ella.

—**¿Cómo surgió la idea?**

—Bueno, nuestra vinculación con el mundo de la discapacidad no es una pose. Nos interesamos por él e intentamos hacer lo que está en nuestra mano para facilitar su acceso a nuestra música.

—**¿Qué les une a un colectivo como el de los discapacitados?**

—Veinticinco años, que son los que llevo viviendo con mi mujer, que lo es. Así que, comprenderás que vivo con bastante naturalidad la discapacidad.

—**¿Qué ha aprendido de ellos?**

—Que la naturaleza siempre se abre paso. Ellos tienen una entereza, una fuerza interior, una capacidad de aceptación del proceso de la vida mucho mayor que el de los demás.

—**Escribe en una de sus últimas canciones: «no sé si las palabras todavía sirven para algo». ¿Ha tenido alguna vez la sensación de que una canción se hace demasiado angosta para expresar la intensidad de ciertas emociones?**

—Creo que el mejor vehículo de comunicación que existe es la música, pero no todos la pueden usar para comunicarse; desde ese punto de vista me considero un privilegiado y por eso intento utilizarla para mejorar a los demás y mejorar yo mismo. A veces las palabras están de más.

—**Quizá porque la música no pasa por el tamiz de la razón.**

—Sin duda, pero también porque es una puerta hacia la espiritualidad. Y todo tipo de música, no sólo la clásica; hay una parte lúdica en la música que es tan respetable como cualquier otra.

—**Si tuviera que decir una palabra que se repite con cierta asiduidad en las canciones de Presuntos sería *esperanza*. En estos tiempos que corren, se agradece el mensaje.**

—Considero que, como raza humana, estamos tocando suelo. Estos últimos años han sido muy tristes, en casi todos los sentidos, y, sin embargo, han brotado por doquier movimientos de esperanza.

—¿Qué hay de usted en su trabajo en solidario que no encontramos en Presuntos?

—Cuando estás en un grupo eres una suma y tienes que aceptarlo.

—¿Entorpece o ayuda el tener un grupo familiar (Sole, la cantante, es su hermana y Mañó, el tercer miembro, su cuñado)?

—Ayuda, sin duda. Si no fuera por que existen unos lazos por encima del grupo no seguiríamos unidos.

—¿Para cuándo, ahora que está tan en boga, un disco de versiones de Presuntos?

—Nos tendremos que separar, supongo. Es un buen proyecto, creo que tenemos canciones hermosas para ello.

—¿Quién le gustaría que hiciera alguna versión del grupo?

—Gente muy radical y, al tiempo, artistas consagrados. La Excepción, Las niñas, por un lado, y Claudio Baglioni, por otro.

«La imagen de alguien
leyendo mis canciones
acariciando el papel me
emociona»

Rosana
Cantante



Su presentación en sociedad, en 1996, fue tan sonada que dejó atónito a más de uno; vendió más de un millón de copias de «Lunas rotas». Desde entonces ha coqueteado con ritmos latinoamericanos, boleros, rancheras, bossa nova... A sus cuarenta y dos años, la herreña Rosana Arbelo (Canarias, 1963) estrena discográfica (Dro) y presenta su último trabajo: «Magia».

—**¿Qué tiene de mágico su último trabajo?**

—Este disco es el resultado de lo que he recibido en los últimos tiempos, es el fruto de toda la gente que me quiere, que me apoya, de una vida intensa y de muchos años de una profesión con la que me siento absolutamente recompensada. Todo eso es lo que tiene de mágico.

—**«Bendito milagro el que dibuja tu sonrisa», canta en una de sus canciones. Usted es una persona muy risueña pero, ¿qué sería capaz de ponerla seria?**

—Sería, sería sólo la mentira. Lo que ocurre es que tardo poquísimos en volver a sonreír.

—**Leíamos hace poco en la prensa que las parejas duran menos que la hipoteca. Ese amor para toda la vida al que usted siempre canta, ¿está en declive?**

—No, creo en él, existe, sin duda, si no, ¿de qué íbamos a estar en el mundo? El amor es el motor primero de toda persona, lo que pasa es que no todo el mundo sabe hacer uso de él.

—**«Es un legado de Dios», «Te buscaré en el cielo», «Agua bendita»... ¿no irá a decirme que es atea?**

—La fe para mí es algo muy importante. Creo en Dios porque amanezco todos los días, porque tengo una familia y unos amigos que no me merezco. Y le doy gracias siempre por todo ello.

—¿Qué se gana, aparte de quebraderos de cabeza, produciendo uno mismo sus propios discos?

—Agilidad. Cuando compongo imagino el concepto entero de esa composición. Tener que explicarle a alguien lo que espero de una canción, cómo quiero exactamente que suene, etc., es un camino bastante largo. Pero no se me caen los anillos por pedir consejo y ayuda a un productor cuando hace falta.

—¿Qué cree que tienen sus canciones para llegar de una forma tan certera al público?

—Ojalá lo supiera... Sé que llegan de manera inmediata y el público las hace suyas, pero ignoro el porqué. Aunque casi prefiero no saberlo y me alegro muchísimo de que sea así.

—¿Se sientes querida por el público?

—Mucho. Y cuando digo *mucho* ya me estoy emocionando.

—Empezaba a despuntar cuando ofreció un concierto en el colegio Vicente Mosquete para niños ciegos. ¿Cómo surgió la iniciativa?

—A mí siempre me ha gustado acercarme y acercar mi música a todo el mundo. Además, no fue algo puntual; en mi segundo disco incluimos un encarte con el sistema braille para que todo el mundo pudiera conocerlo. Sé que los ciegos pueden oír, pero para mí ver la letra de una canción escrita en papel cobra un sentido distinto, y no quería que nadie quedase privado de esa experiencia. Además, la imagen de alguien leyendo mis canciones acariciando el papel me emociona.

—¿Qué ha aprendido de las personas con discapacidad?

—Que no hay que tratarlos de manera distinta al resto de personas, sino como uno más.

—**¿Considera que existe una concienciación real de la discapacidad?**

—Mayormente sí. Es cierto que todavía quedan residuos de algo que a mí no me gusta nada y es la *lástima*. El famoso «Pobrecito, si está ciego...» Nadie repara en que hay gente que puede ver el mundo y no sabe mirarlo. Eso sí que me produce lástima.

—**La música de autor, al menos en nuestro país, parecía estar vetada a los hombres, y de pronto llegó usted...**

—Lo que hizo que muchas mujeres tomaran conciencia de que podían subirse a un escenario fue más la guitarra en sí que yo misma. Es decir, ya había muchas mujeres dedicadas a la música, pero es cierto que muy pocas guitarras en mano haciendo sus propias canciones.

—**Sorpréndame. Aparte de los clásicos (Serrat, Silvio, Pablo Milanés...), ¿qué otros músicos encontraría si fisgara entre sus discos?**

—Te asombrarías... desde Chopin, Metallica, Scorpions, Javier Solís, Bonnie M, Fito y Fitipaldís, etc. Es difícil que mentes algo que no conozca o no tenga.

—**¿No hay que ser un poco exhibicionista para hablar de uno mismo en sus canciones?**

—Me derramo del todo cuando compongo una canción, me gusta vivir mi vida y compartir la vida de todos.

—**¿Cree que ha compuesto la canción perfecta?**

—Espero morirme sin haberla hecho. Además, no creo en la canción perfecta, sino en la canción que emociona. Con ésa me quedo.

«Poco se hace por
integrar al enfermo
mental en la sociedad»

Lola Herrera
Actriz



Para ella, el teatro es el eterno «enfermo crónico que no morirá jamás» y, como buena actriz, está dispuesta, al estilo de Errol Flynn, a morir con las botas puestas. Ligada de por vida —y no le molesta— al personaje de Carmen Sotillo, la viuda que dialoga cinco horas con su marido de cuerpo presente, Mario, Lola Herrera (Valladolid, 1935) nos habla de estos y otros muchos asuntos.

—Su último proyecto sobre el escenario, «Solas». ¿Cómo ha sido la acogida teatral de una película tan emblemática?

—Por fortuna, tan fantástica como la cinematográfica, aunque la repercusión mediática no es la misma. Cuando se estrena una película, se hace en numerosos lugares de manera simultánea; en el caso de la presentación de una obra teatral es más puntual, más concreta, de sitio en sitio. Pero, en cualquier caso, la acogida del público ha sido emocionante y cálida. Y eso a pesar de que esta aventura suponía abrir un melón imprevisible.

—Ha recorrido buena parte del territorio andaluz. ¿Podremos verla en otras comunidades?

—Sí, la idea es estrenar la obra en toda España, y posiblemente también en México, Uruguay, Argentina... Madrid tendrá que esperar hasta 2006, pero visitamos Barcelona a finales de año...

—¿Cuál es la clave para despertar tanto respecto como usted dentro del mundo del teatro?

—No podría decírtelo... quizá el rigor, la diversión y el apasionamiento profesional, además de mantener una coherencia a lo largo de mi carrera.

—**Recientemente se constituyó la Fundación Mundo Bipolar, con la que usted colabora activamente. ¿Sólo nos volvemos solidarios cuando nos afecta de manera directa?**

—Hay que ser solidario siempre y bajo cualquier circunstancia. Los problemas de todo ser humano nos afectan y, en muchas ocasiones, nos sobrecogen. En nuestra sociedad es necesario que lo seamos, hay muchos colectivos que merecen nuestra ayuda y atención. El mundo bipolar es el trastorno que mejor conozco, pero está claro que cuanto mejor conozcamos estos problemas más capacitados estaremos de ayudar.

—**¿En qué se concreta su compromiso con el mundo bipolar?**

—Echar una mano siempre que sea posible. Soy una mujer bastante ocupada y me gustaría disponer de más tiempo para emplear en este tipo de causas. Pero la mera presencia de personajes públicos en determinados actos sensibiliza a la sociedad. Y ése ya es un paso.

—**¿Se imagina dejar su carrera y dedicarse a ayudar a los demás?**

—No sé si podría vivir sin subirme a un escenario... No, no podría, definitivamente. Además, no es, ni mucho menos, incompatible una cosa con la otra.

—**¿La gente está concienciada con este tipo de colectivos?**

—No del todo; quizá el problema es que tiene demasiada información y no es capaz de profundizar en algo. De cualquier forma, no estaría de más pensar, de vez en cuando, que nos puede pasar a cada uno de nosotros, que somos frágiles, que no tenemos salvoconducto alguno ante nada, y menos ante una enfermedad o una discapacidad.

—**Como el poema de Brech, «vinieron por los judíos y no dije nada porque yo no era judío...»**

—En efecto. Agruparse es necesario, compartir experiencias, aunar esfuerzos, trabajar en beneficio del otro, aunque no redunde directamente en el mío propio. Es algo indispensable.

—Usted tiene una persona muy allegada con trastorno bipolar. ¿Cómo es esa relación?

—Muy complicada porque el trastorno bipolar no tiene techo. Hay momentos en que me agoto. Llevo muchos años mediando, estando ahí, pero terminas acusándolo en tu salud. La única ayuda que pueden tener es, primero, la familiar, luego la médica y, entre todos, ayudarles a asumir su enfermedad. Todo eso sin olvidar que hay enfermos que abusan de estar enfermos, que utilizan la enfermedad para justificar algo que no tiene justificación alguna.

—¿Qué has aprendido de ella?

—A tener paciencia, a saber que cuando pasan diez días y no ha sucedido nada, el undécimo traerá malas noticias, a encajar golpes, a ser más rígida a pesar de lo difícil que resulta, porque nos engañamos pensando que tenemos que ser muy permisivos.

—¿Los trastornos psíquicos han dejado de ser un tabú en nuestra sociedad?

—No, por desgracia no. Se habla de ellos, pero nada más. Cuanto más lejos, mejor. Los trastornos psíquicos dan miedo. Además, parejos a ellos hay muchos convencionalismos: «están locos de atar, son malas personas, etc.». Pero casi nunca se tiene en cuenta la enfermedad para juzgarlos. A eso se une el hecho de que los enfermos mentales carecen de espacios propios, de lugares de encuentro. Desaparecieron los manicomios, pero estamos en una sociedad que provoca y produce otras nuevas enfermedades; es tan cruel, tan inhumana... tampoco hay una infraestructura sanitaria adecuada. Las enfermedades mentales no existen como tales; a los enfermos se les trata con ansiolíticos, se les atiborra de pastillas, pero nada más. ¿Acaso no pueden trabajar? Nadie se preocupa en intentar ofrecer una vida normal al enfermo. Hay enfermos cuya enfermedad persiste 24 horas diarias, pero no todos son así y, sin embargo, poco se hace por integrarlos en la sociedad.

—**¿Hay sobreprotección ante estos enfermos por parte de la familia?**

—O sobreprotección o todo lo contrario, se echa a correr en dirección contraria para desvincularse por completo. Es complicado encontrar el punto justo. Siempre hay alguien de la familia que carga con el enfermo. Si todos los miembros colaborasen sería más fácil.

—**¿Sería la misma si no se hubiera escrito «Cinco horas con Mario»?**

—Supongo que no. Todo lo que se ha añadido a nuestro trabajo influye. Cuantas más interpretaciones haces, más te enriqueces. Y el de Carmen Sotillo es el personaje que más veces he interpretado en épocas distintas, aunque siempre descubriendo en él nuevos matices. Llegó en un momento especial en mi vida, era un monólogo... me llevó a una crisis personal pero positiva; todas las crisis son buenas. Salí muy fortalecida. Y le estaré eternamente agradecida.

—**¿La persona puede verse eclipsada por el personaje?**

—No, no pasa nunca. Los personajes te llevan a la reflexión. Hay un camino paralelo, el personaje y la persona; la actriz ha de vigilar al personaje para que éste no se desmadre. Nunca me creí Carmen Sotillo. Su vida y la mía han sido distintas en todos los aspectos. La entendía, eso sí. Hubo un trabajo, el de Delibes, inmenso. Delibes retrató en este personaje a una mujer universal, riquísimo. Pero cada una en su papel. Carmen, por un lado, y Lola por otro.

—**Proyectos...**

—Dos, teatrales, pero habrán de esperar porque mi compromiso actual es con «Solás». No puedo decirte más.

«Internet abre una puerta
a la esperanza»

Clara Janés
Escritora



«La Voz de Ofelia» (Edit. Siruela). Con este título, la escritora Clara Janés (Barcelona, 1940) narra su encuentro con el escritor Vladimír Holan (Rep. Checa, 1905-1980) cuando, ya paralizado de medio cuerpo, se había recluso en su casa dispuesto a olvidarse de todos y de todo. Por fortuna, ambos tendrían que vivir una de sus experiencias más intensas e insólitas: conocerse el uno al otro.

—Casi produce pudor leer un libro tan personal...

—Sí, he tardado diez años en escribirlo. Es mi homenaje a Holan en este año en que se celebra su centenario.

—Dice usted de él: «Si no habla ni quiere ver a nadie no es porque esté en otro mundo, sino porque le da vergüenza estar en éste, le da vergüenza su cuerpo»...

—Era un ser que vivía en el alma o en el espíritu, la materialidad del cuerpo le parecía poco porque es, al fin y al cabo, algo destinado a disgregarse. Él siempre me dijo: «Cuando me muera no vaya a mi tumba porque no estaré allí».

—¿Qué tiene de especial Holan?

—Para mí el profundo conocimiento del alma humana, del dolor del hombre en la tierra, el llegar a la raíz de lo que es la vida y la relación de la vida con la muerte. Hay un gran amor a la humanidad dentro de su obra.

—¿Sigue pensando que toda su vida ha sido un prólogo al momento de conocer al poeta?

—Holan para mí es vital. Con la muerte de mi padre —*el famoso editor y poeta Josep Plaza*— desapareció de mí algo también que resucitó cuando encontré a Holan. Gracias a él puedo cerrar un ciclo de mi vida y puedo entenderme. Es, sin duda, lo más importante que me ha ocurrido.

—**Poeta, traductora, ensayista, novelista... ¿en qué faceta hay más Clara Janés en estado puro?**

—Soy, ante todo, poeta. Siempre *estoy* en poesía. La poesía es mi fuente literaria, y se traslada a los otros campos.

—**¿Son malos tiempos para la reflexión?**

—Indudablemente. Pero, por fortuna, existe Internet, y la posibilidad de entrar en contacto con el otro es mayor; por tanto, abre una puerta a la esperanza.

—**¿Tenemos miedo a la libertad?**

—Sí, hay un miedo a la libertad, pero no es consciente. El hombre quiere que le den unas pautas, no ponérselas a sí mismo.

—**Y, ¿por qué uno prefiere seguir los dictámenes de otro?**

—Porque tenemos miedo a la soledad. Si sigues lo que está siguiendo otro te sientes acompañando, más seguro y arropado.

—**¿Tiene miedo a la soledad?**

—No; de hecho, soy bastante solitaria.

—**La música es vital en su obra. ¿Expresa más que la palabra?**

—No. La música cruza la oscuridad, pero la palabra también. Lo que es falso es que una imagen valga más que mil palabras.

—**¿Cuántas veces ha renacido Clara Janés?**

—Bastantes. Es un tema recurrente en mi obra; pero es normal, todos tenemos etapas de crisis o de aridez o simplemente de quietud.

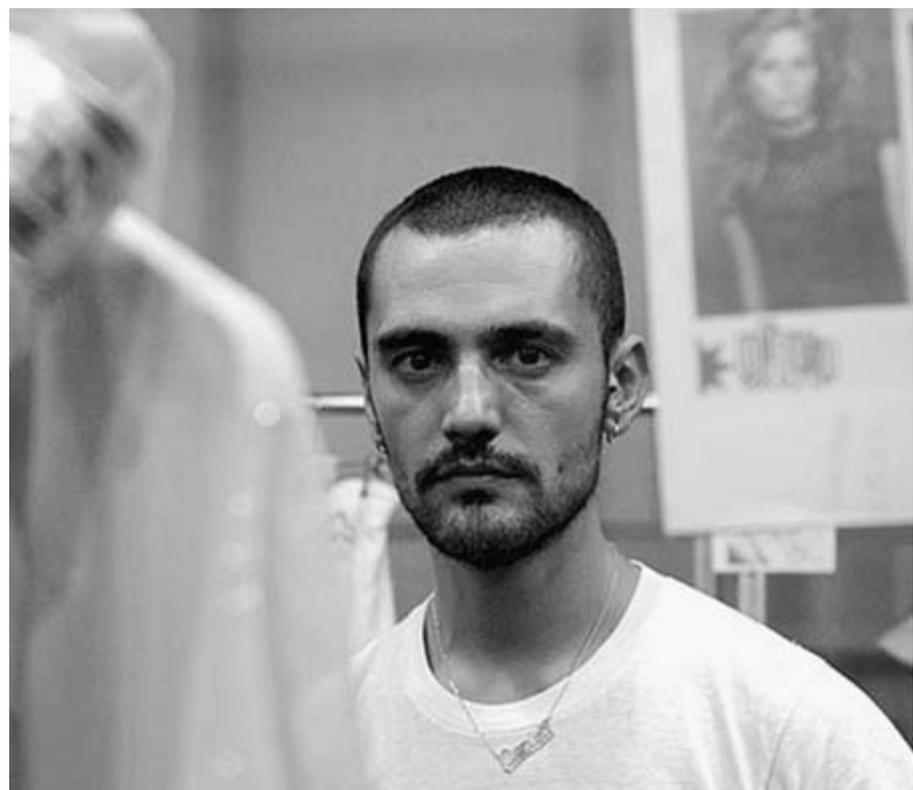
tud, hasta que llega un elemento que te vuelve a lanzar al dinamismo, a la vida.

—**¿Es de la opinión de que mejor no leer a leer el Código Da Vinci?**

—No, la gente ha de leer lo que quiera. Cada uno escoge su consuelo, su alimento, en una u otra obra. Gamoneda dice que la poesía es placer, y cada uno disfruta de un modo distinto.

«Me interesa lo que
la persona aporta
a la moda»

David Delfín
Diseñador



Controvertido, iconoclasta, provocador, polifacético, inconformista, heterodoxo; estos adjetivos conforman las bridas con las que el auriga David Delfín (Ronda, Málaga, 1970) dirige los caballos de la moda. Cuando uno tiene talento y sabe lo que quiere, tarde o temprano, transita por la alfombra que conduce al éxito. Es —si no ha llegado ya— hacia donde se conduce la firma daviddelfin. Lacónicamente, eso sí, nos desnuda su faceta más solidaria.

—¿Qué impulsa a uno de nuestros grandes diseñadores a colaborar en proyectos como el del padre Garralda, gracias al cual alivian la situación de los hijos de la madres presas?

—Simplemente el deseo de favorecer a los otros.

—Ser solidario, ¿es provocador?

—Sí, puede provocar ternura, atención e interés por la causa, admiración...

—Lo de la marca *daviddelfin*... Si son cuatro, ¿por qué un único nombre?

—Bueno, en realidad cada uno tiene tareas complementarias aunque conectadas todas entre sí. Diego se encarga de la música y los *videoclips*; Gorka de la escenografía y fotografía; Bimba es la imagen... Nos lo pasamos genial currando juntos.

—Nominado al Goya por la dirección artística por un cortometraje. ¿Es una cuenta pendiente el cine, una disciplina sobre la que volverá a trabajar?

—Sí, de hecho, desde nuestra plataforma, estamos montando productora audiovisual propia. Diego y Gorka Postigo se encargarán de dirigirlo. Ya hemos trabajado en este campo participando en los dos cortometrajes de Antonia San Juan, *videoclips* para Miguel Bosé o visuales para la última gira de Fangoria. Pronto conoceréis sus frutos.

—**También ha colaborado con la Sociedad Española de Oncología. ¿Qué nos obliga a ser solidarios?**

—El amor.

—**¿Para cuándo los grandes diseñarán prendas para personas con discapacidad?**

—Cuando no existan tantas susceptibilidades. Alexander McQueen lo hizo hace años y la sociedad se le tiró encima.

—**¿Se imagina un desfile con modelos con discapacidad?**

—Sí, me encantaría. La aceptación de las diferencias nos parece importante desde el punto de vista físico e ideológico.

—**¿Cree que los españoles vestimos bien?**

—Hay de todo.

—**Pintura, música, cine, por supuesto moda... ¿cuál es el próximo campo que «asaltará» el cuarteto?**

—De momento tenemos bastante con lo que nos traemos entre manos...

—**La confusión es una de las características de su marca. ¿Cuál es el valor de lo ambiguo?**

—La suma de lo masculino y femenino. Las imágenes no definidas claramente despiertan nuestro imaginario.

—Cuando uno se convierte en alguien tan conocido como usted, ¿qué es lo primero que cambia en su vida?

—La realidad te transforma y te tienes que adaptar a ella. Nos ha hecho más responsables y hemos adquirido un compromiso total con nuestro trabajo.

—Sus apellidos auténticos son Domínguez González. ¿De qué familia proviene el artístico?

—De Flipper, un delfín que cautivó a no pocos con su sensibilidad e inteligencia, en 1996, al protagonizar la película del mismo nombre, de Alan Shapiro.

—Por último, ¿qué aporta la moda a la persona como tal?

—Nos ayuda a proyectar la imagen de lo que somos o nos gustaría ser. Podemos dar u ocultar información de nosotros mismos de carácter social, cultural, económico e incluso sexual también... Nos interesa lo que la persona aporta a la moda. Las prendas no son elegantes, masculinas, femeninas o *sexys*, son las personas que las visten las que les añaden esos valores.

«Lo único que restituye
la dignidad a las
víctimas es la justicia»

Isabel Coixet
Directora de cine



Mejor película, mejor dirección, mejor guión original y mejor dirección de producción. Este fue el apabullante palmarés que recibió de la entrega de los Premios Goya el último trabajo de Isabel Coixet (Barcelona, 1962), «La vida secreta de las palabras», un homenaje a todas las víctimas de los conflictos, hoy en día olvidados, como el de los Balcanes, protagonista de la cinta. Tortura, dignidad, discapacidad y amor son algunas de las cuestiones que abordamos con la directora catalana, a quien aún se sorprende y satisface del triunfo cosechado.

—Uno de los temas latentes en la película es el de la inocencia perdida. Como historiadora, ¿cree que el hombre será capaz de recuperar esa inocencia que perdió —si es que alguna vez la tuvo—?

—Cuando se habla de todo lo que ha pasado en el siglo XX siempre pienso en que, desde que el hombre es hombre, su vida, su historia ha estado plagada de guerras; la muerte de los hugonotes en Francia, por ejemplo, es similar a la que Hanna ha padecido. Existe un cierto paralelismo a lo largo de la Historia entre unas guerras y otras. La limpieza étnica, la utilización de la mujer como víctima propiciatoria de todos los conflictos, no es algo exclusivo del siglo XX. Pero, de cualquier manera, me resulta alucinante e incomprensible que, después de todas las atrocidades que han pasado, todavía no hayamos aprendido, no hayamos reflexionado ni hayamos encontrado maneras de evitarlo. Esto sí que me resulta terrible.

—La discapacidad es otro de los elementos que circunda la historia. En el caso de Hanna, su sordera la aísla físicamente del mun-

do, es casi su salvaguarda... ¿Por qué decidió que la protagonista fuese sorda?

—No es un personaje inventado y, además, es algo real. Se han dado muchísimos casos en los que víctimas de dictaduras, como la chilena o la argentina, se «vuelven sordas», sin que exista una discapacidad física real; es una manera de somatizar la tortura que han padecido. Y para mí tan real es una como la otra. La sordera de Hanna es la del que no puede oír y la del que utiliza el silencio para protegerse.

—¿Cree que la ceguera de Tim Robbins es un factor clave para entender la intimidad y empatía que se establece entre ambos?

—Absolutamente. Si él hubiera visto el grado de cercanía entre ellos, nunca hubiera sido tan intenso; por otro lado, también se basa en hechos reales: las explosiones en plataformas petrolíferas son más o menos corrientes, y en ellas se liberan gases que provocan una ceguera temporal. Y, como Hanna, la ceguera de Josef es la del que no quiere ver.

—La plataforma también es una especie de sordera enorme. ¿Podría interpretarse como una parábola de la sociedad, sociedad que pese a la cantidad de ruidos que genera (informaciones, promesas, estímulos, relaciones) crea personas cada vez más aisladas?

—Sí, sin duda. Y la parábola final es el móvil, una especie de prolongación de las personas que hace que utilicemos unos códigos del lenguaje demasiado largos y farragosos en comparación con el significado tan vacuo por lo general.

—¿Por qué una plataforma petrolífera como escenario?

—Desde que visité una, me pareció un lugar fascinante porque, debido a lo peculiar y lo pequeño del espacio vital, es un lugar en el que se hacen necesarios ciertos pactos para sobrevivir; además, la gente allí tiene una manera de comunicarse mucho más clara y

pragmática que la utilizada en tierra firme. Y, por otro lado, quienes trabajan en estos sitios, al margen de sus altos salarios, son personas a las que les gusta tener una distancia respecto al prójimo porque el mundo real, el de tierra firme, es mucho más duro que el suyo. O no.

—Es un tremendo y hermoso reconocimiento a las víctimas de cualquier guerra. ¿Cree que es difícil sensibilizar a sociedades como la nuestra con realidades que, en apariencia, están tan lejanas como la tortura?

—Sí, sin duda, el mensaje es mucho más complicado de que cale bajo ciertas circunstancias de comodidad, etc. Lo dice Hanna al principio de la película, «las guerras siempre pasan lejos de aquí».

—¿Por qué una reflexión sobre las víctimas?

—Muchas cosas me han movido a hacer la película, pero siempre me acuerdo de las historias que mi padre me contaba de pequeña sobre la II Guerra Mundial, en especial de lo relacionado con el exterminio... No entendía por qué pasaban estas cosas, qué y en qué momento falló el hombre para hacer semejantes barbaridades con sus semejantes, y siempre me varaba en el mismo momento, sobrecogedor: cuando la gente abandona los campos de concentración. De niña imaginaba que esa gente sería recibida por bandas de música, flores, bombones... Cuando crecí y vi cómo salían esas personas de los campos, abochornados de sí mismos, me indigné.

—Abochornados por haber sobrevivido...

—Exacto. Parece como si cuando la gente salía de los campos de concentración tuviera una doble tortura: lo que habían sufrido y el estar bajo la mirada sospechosa de quienes les recibían. Como si haber sobrevivido no fuera un acto de valor sobrehumano sino un acto de vergüenza... Una extraña vergüenza frente al otro que parece estar pensando «y tú, ¿por qué has sobrevivido?». He hecho esta pe-

lícula porque hay que ser más comprensivos y generosos. Aunque sea egoístamente. En cualquier momento, nos puede tocar a nosotros.

—Y si no hacemos algo por las víctimas ahora, siempre, nos puede ocurrir lo del poema de Brecht, que cuando vinieron a por nosotros, nadie salió a ayudarnos...

—Eso es.

—Ha rodado una película con la víctima como protagonista. ¿Sintió, en algún momento, curiosidad por verdugo?

—Hice un documental, «Viaje al corazón de la tortura», y mantuve muchas conversaciones con la fundadora de IRCT (Consejo Internacional para la Rehabilitación de las Víctimas de la Tortura), Inge Genefke, el personaje que interpreta Julie Christie, una danesa que ha dedicado veinticinco años de su vida a ayudar a las víctimas de las torturas, a establecer terapias físicas, a luchar políticamente para que se prohíba la tortura en el mundo. Ella me dijo que la organización, imagínate, la propia organización de víctimas, quiso intentar comprender los motivos del verdugo, pero llegó un momento en que pensó que los torturadores ya habían tenido su ración de protagonismo y que para ella lo importante son las víctimas. Si para ella lo son, imagínate para mí. Es hora ya de ocuparnos de lleno por ellas.

—La suya me recordó a la película «Rompiendo las olas» y, sin embargo, el enfoque hacia la mujer que cuida al enfermo es brutalmente distinto: en la de Lars Von Trier ella se abandona por completo, perdiendo su dignidad, y en la suya consigue ser ella misma y sentirse libre.

—El problema es que Lars Von Trier odia a las mujeres, no las respeta, por eso las enseña siempre como víctimas que se dejan violar, que ceden a los caprichos de un hombre... como cineasta ha hecho grandes cosas, pero las olvidó; creo que tiene una empanada mental importante. A mí me gusta enseñar mujeres que tienen las cosas cla-

ras, que nunca pierden la dignidad. Es importante que nosotras enseñemos a otras mujeres que, a pesar de todo el dolor que puede soportar una mujer, pueden sobrevivir sin perder, en ningún momento, la dignidad.

—Lo único que redime al dolor es el amor, ahí está la impresionante escena en la que Hanna deja que Josef toque sus cicatrices, pero ¿qué restituye la dignidad de las víctimas?

—La justicia. La película no se centra en la guerra de los Balcanes, no habla de etnias, hasta los soldados de la ONU pueden ser torturadores. Recuerda el momento en que Hanna cuenta cómo esos soldados le decían: «Lo siento, perdona», mientras la violaban. Ella pensaba que venían a salvarla y lo que hicieron fue comportarse como bestias. El hecho de que no se capture a los criminales de guerra es indignante. Por eso, es capital la justicia para poder mirar a los ojos de las víctimas sin ser, en cierta medida, cómplices de los verdugos.

—Sus dos últimos papeles protagonistas recogen situaciones extremas, de una intensidad brutal. ¿Hasta qué punto es intencional el hecho de que sea una mujer quien los interprete?

—Las mujeres me parecen más fuertes, me interesan más, creo que tienen más cosas que decir y las dicen mejor...

—Hanna habla poco...

—Sí, pero cuando lo hace...

—...nos quita al resto las palabras y el aire...

—Cuando habla, habla.

—¿Qué le impide a Hanna, después de todo el dolor que soporta, quitarse la vida?

—No lo sé; tampoco es tan fácil suicidarse. Y ten en cuenta que vivir, para ella, es una manera de seguir castigándose.

—El personaje del oceanógrafo encarna la utopía, el idealismo. La escena en la que explica a Hanna que él, a su manera, quiere cambiar el mundo y cómo ella le mira es sobrecogedora. ¿De quién está más cerca usted, de ese idealista o de Hanna y su realismo y prejuicios obligados e impuestos?

—Soy un poco *naïf*, así que pienso, equivocándome siempre, que todavía puede hacerse algo. Gente como el oceanógrafo alimenta mi esperanza sobre el futuro de la Humanidad.

—El sentido del humor es algo que he advertido en algunas entrevistas tuyas y en sus anuncios publicitarios. ¿Para cuándo una comedia?

—No lo sé... Me gustaría, de veras, mucho, pero cuando me siento a escribir no me sale.

—Una última pregunta, y en cierto modo incómoda: ¿qué le parece que *Torrente III* sea la más taquillera del momento?

—¡Fatal! ¡Debería de serlo la mía! Ja, ja, ja... No, en serio, al menos, Santiago —Segura— es honesto, es decir, no engaña a nadie...

«Tu fealdad puede ser la
belleza del de al lado»

José Antonio Millán
Lingüista



Si el lenguaje e Internet contrajesen matrimonio lo oficiaría, sin duda, José Antonio Millán (Madrid, 1954). Aparte de su reputación como lingüista, capitanea la versión electrónica del archivo gramatical más importante de nuestra lengua y conduce la versión virtual del Instituto Cervantes. Su última aventura: «Perdón imposible» (RBA y Círculo de Lectores), un libro para ejercitar una ortografía saludable.

—Enhorabuena por un libro tan ameno, útil y entretenido. ¿Desmoraliza tener que dar pautas para que la gente puntúe bien?

—Bueno: el reconocimiento de que algo no se acaba de hacer bien es el primer paso para solucionarlo... Dar pautas a quienes están deseando escribir de forma más efectiva es todo un placer.

—¿Malos tiempos para el respeto y el cuidado por el lenguaje?

—Pues no sé qué decirle... Las cartas al director de los periódicos están llenas de protestas por incorrecciones. Nunca ha habido más diccionarios, ni tan buenos. Llevo vendidos 20.000 ejemplares de mi libro... Hay bastante gente que ama, cuida y respeta su lengua; lo que pasa es que al lado hay un montón de personas a quienes les trae sin cuidado.

—Su libro mantiene un tono desenfadado, vertiginoso a veces... ¿Por qué relacionamos la gramática y la ortografía con algo aburrido, espeso, poco útil?

—Toda mi experiencia demuestra que cuando a la gente se le explican bien las cosas relacionadas con su lengua (me da igual que sea el funcionamiento de una condicional o el origen de la coma)

reacciona con interés, con atención y en seguida muestra ganas de saber más. Lo que no se puede hacer es empezar regañando: ¡qué mal habláis!, ¡qué mal escribís!, ¡con tanto SMS vais a pudrir la lengua!, etc. Y luego: hay muchas maneras de presentar las cosas, pero algo tan vivo como el uso y la evolución de la lengua tiene que tener forzosamente lados apasionantes. Se trata de buscarlos y exponerlos.

—¿Por qué está peor visto cometer una falta de ortografía que presentar un párrafo entero mal puntuado?

—Porque la falta de ortografía la reconoce cualquiera (y si no, siempre puedes buscar en un diccionario, o usar el corrector de un procesador de textos). Pero ¡a ver quién es el listo que dice que algo está mal puntuado! ¡Que lo demuestre! Ahí no hay reglas fijas, como en la ortografía. Es una cuestión de criterio, pero de un criterio a veces fino y sutil.

—Por fortuna, resulta cada vez más difícil encontrarse con palabras como «minusválido», «subnormal», «impedido»... ¿hasta qué punto es importante la batalla del lenguaje para la consecución de logros sociales de colectivos como el de discapacitados?

—La batalla por cambiar la realidad tiene un flanco importante, que es cambiar la lengua: no como único campo de acción, insisto, pero sí como una forma de recordarnos a nosotros mismos, y de manifestar a los demás, que no aceptamos ciertas herencias del pasado. Si no se tiene ese cuidado, el uso de *judiada*, *maricón* o *inválido* contribuye a perpetuar los estereotipos. Hay que buscar formas alternativas, no ofensivas, de mencionar las cosas.

—¿Qué le sugiere la palabra «discapacidad»?

—La presencia del prefijo *dis-* (dislexia, dispepsia) indica «dificultad». Sé que *discapacidad* viene por calco del inglés, pero parece una buena forma de sugerir no algo negativo (como había en *inválido*),

sino un estado de impedimento que tiene muchos grados, y que tal vez es reversible.

—¿Está usted de acuerdo con eso de que no hay palabras feas sino mal entendidas?

—Bueno hay palabras socialmente feas, pero en todos los terrenos hay palabras que se *desgastan*, que se van volviendo inconvenientes, y son sustituidas por otras. Aparte de esto hay palabras que *suenan* mejor que otras, pero creo que es una variable muy individual: tu fealdad puede ser la belleza del de al lado.

—Ya sé que es como preguntarle a un niño a quién quiere más, a su padre o a su madre, pero no me resisto: Si tuviera que elegir un signo ortográfico, ¿cuál sería?

—Los puntos suspensivos... Porque son tan..., tan... Resuelven tantas...

* Para más información: <http://jamillan.com>

«Las grandes discográficas sólo saben vender enormes cantidades de cosas inútiles»

Javier Rubial
Compositor y cantante



Mencionar su nombre suscita el mayor de los respetos dentro de la profesión. No es para menos; después de ocho discos (el último de los cuales, «Lo que me dice tu boca», es una filigrana del buen gusto y el artesanado musical) y más de 25 años subido a un escenario, Javier Rubial (Puerto de Santa María, 1955) ha sido capaz de combinar el poso siempre generoso del flamenco con los más variados aromas: Estambul, Serafad, Broklyn, África, Cádiz...

—**¿Por qué ha escogido un directo para presentar temas nuevos?**

—Quería pasar por esa experiencia. Gracias a nuestro público pudimos hacerlo, porque no es nada fácil presentar temas nuevos sin que la gente los haya escuchado previamente.

—**¿Es complicado llevar en la banda a su hijo?**

—No. Él es un músico; su estilo es bueno, es ambicioso y no pretende en absoluto hacer una musiquita para salir del paso.

—**«Tráeme canciones/ que me lleven siempre lejos/ como un tren que me salvara/ de las mismas estaciones/ de las trampas del espejo. Se agradece lo cuidado de sus textos. ¿Malos tiempos para la poesía?**

—¿Cuándo han sido buenos? Y eso que la poesía es algo necesario para el espíritu, nos ayuda a pasar por la vida, que está llena de sinsabores y vulgaridades, y nos eleva un poquito.

—**Tras más de 25 años de carrera artística, ¿está ahora en un momento dulce?**

—En cuanto a cantidad de público sí; por lo que respecta a la creatividad, la experiencia resta espontaneidad, aunque siempre he intentado pasarme de la raya, no hacer cosas al uso. Me ayuda el haber estado mucho tiempo sólo practicando la fusión. Así que sigo con ganas de hacer travesuras.

—**Juan Ramón Jiménez lo expresó casi con presunción: *a la inmensa minoría*. La etiqueta de Rubial como autor de culto, ¿es una bendición o un estigma?**

—Me es indiferente. Conozco bastante bien mis mejores y peores perfiles, sé cuándo lo que hago es meritorio y cuándo me regalan elogios. El término de culto está relacionado con gente buscadora y, para mí, es un piropo.

—**Usted es un hombre que hace del compromiso un estandarte. También se ha involucrado con la discapacidad, con la Fundación Síndrome Down...**

—A los artistas nos toca digamos el lado fácil, subírnos a un escenario, hacernos alguna foto, recaudar fondos... el mérito es de las asociaciones que se dedican día a día a mejorar y emparejar en igualdad de condiciones unos y otros. Siempre he sido muy sensible a estos temas y siempre que hago algo me parece poco.

—**¿Qué ha aprendido de estas personas?**

—Que su instinto vital es tremendo y que deberían ser nuestros psicoterapeutas; nos quitarían rápido la depresión y estrés. Todo lo que atesoran en una mirada, en un gesto, es fabuloso: una fortaleza y una vitalidad de la que muchos de los que no tenemos discapacidad carecemos.

—**Lo suyo son las mujeres, está claro. Jardiel decía que son el único veneno por el que merece morir. ¿Coincide o hay droga mejor?**

—Tienen más certezas, menos ambigüedad; sois quienes sois y no tenéis que demostrarlo; nosotros hemos de manifestar la fuerza y los valores.

—Erotismo, un punto de gallardía y humor donde es mucho lo sugerido. En cambio, ¿por qué las grandes multinacionales apuestan por lo fácil en vez de por lo bueno?

—Porque somos más ordinarios. Creen que no hay otros destinatarios más que los que buscan lo ramplón y ordinario; ellos, las grandes discográficas, saben cómo vender enormes cantidades de cosas inútiles; son unos fracasados, lo difícil es vender lo que es bueno y la gente no lo sabe. Lo otro es muy fácil.

—¿Hasta qué punto el público está adocenado?

—La culpa de que haya productos basura no es del público, sino de la falta de educación, de la pobre educación que tiene la mayoría. Educarse, formarse, utilizar la intuición y el discernir qué es lo bueno va más allá de ese alguien que trata de dirigir tus gustos. Creo en la libertad individual. Por desgracia sólo interesan las masas consumidoras impulsivas.

—Por cierto, ¿qué tal en su compañía actual?

—Hemos ganado en público, en respetabilidad. En «18 chulos» no hacemos cosas previsibles sino interesantes, y eso es de agradecer; buscamos convencer, no vencer.

—Cada vez va siendo más reconocido fuera de nuestras fronteras. ¿La fuga de cerebros se extiende también al panorama musical?

—No, porque vamos y volvemos. Tenemos un criterio y una calidad de vida sobre cómo consumir los días que no se encuentra en otros países. Tampoco deseo que me entiendan mejor fuera que aquí; aunque sea un proceso largo y lento, prefiero crecer en mi país.

—**¿Qué público le impone más respeto?**

—Es difícil de escoger. El de aquí es más caliente, más sentimental, más arrebatado, más riguroso; el público de afuera, por ejemplo, el japonés, es más comedido, contempla el arte como un acto de hipnosis, oyen, se enfrascan absolutamente y luego aplauden, no jalean como aquí, es distinto. Pero soy artista y desde esa perspectiva me interesa cualquier público, sin importarme el idioma. A mí me han dicho: «no entiendo lo que dices, pero sé que tiene que ser algo importante». ¿Por qué la música traspasa la barrera del idioma? Las grandes pasiones se corresponden con grandes palabras y expresiones.

—**De todas las versiones que otros han hecho de sus canciones, ¿cuál es la que más le ha sorprendido?**

—«Desnuda tengo el alma», de Pasión Vega. No es una versión, sino algo que escribí *ex profeso* para ella, que tiene una voz impresionante. Una voz maravillosa. Un privilegio y un prodigio de voz.

—**¿Cómo es componer para otros? ¿Difiere en algo el proceso creador?**

—Trato de colocarme en su componenda. Es bonito ponerse en la piel, pensar qué frase diría quién y cómo sería su fraseo en este verso.

—**Agradece en este disco la labor de quienes gestionan su página web. ¿Cómo es su relación con ellos?**

—Ellos saben de mí más que yo mismo. Conocen todos los conciertos, están al tanto de todas mis colaboraciones, lo tienen todo registrado. Mantenemos una magnífica relación, les quiero mucho y, lo curioso, es que son de Murcia. Para mí es un chollo y una alegría tener gente así.

—**¿Qué le parece la medida aprobada en Barcelona por la cual se podrá pedir la documentación a los que compren en el top-manta?**

—Un cinismo más. La culpa no la tiene la gente, que cree que un disco es caro. Caras son unas zapatillas de marca, caro es un polo *Lacoste*, pero un disco, un libro no es caro.

—**Mójese, dígame un nombre de alguien que no le guste.**

—Ámbar, por ejemplo. En general me disgusta el intrusismo en la profesión. El deportista, el actor, el torero que de pronto se aburre y saca un disco, me parece una sinvergonzonería.

—**¿Qué palabra define a Javier Rubial?**

—Optimista.

«La televisión
ha maleducado
a los espectadores
en la distracción,
hace que miren,
pero que no piensen»

Carmen Conesa
Actriz



Quizá se enfrenta al papel más complicado de su carrera: Agnetha, una psiquiatra que estudia e investiga a los asesinos en serie. Y que termina por comprenderles. Al menos, por considerarles enfermos, les abuelve. La obra: «Hielo y fuego», de Bryony Lavery, en la que comparte cartel con Magüi Mira —madre de la hija asesinada— y Tomás Gayo —pederasta y criminal—. Sobrecogedora. Carmen Conesa (Barcelona, 1960) se hizo famosa por representar a «Nuri», una de las «Chicas de hoy en día». Desde entonces no ha dejado de colocarse delante de las cámaras y de subirse a escenarios.

—Es una obra arriesgada. ¿Cómo está funcionando?

—Respecto a público, mal. Se ha corrido la voz de lo dura que es y la gente no tiene ganas de ver dramas, de pensar; quiere reír porque asocia la idea de espectáculo con algo divertido.

—Vaya, la gente evita ir al teatro para ver una obra como ésta, pero seguro que lee con fruición morbosa los detalles del último asesinato reflejado en prensa.

—Así es el ser humano, morboso; intentar averiguar las desgracias del prójimo hace que nos sintamos aliviados si son mayores que las nuestras. Pero la prensa no se preocupa de los asesinos, nunca trata de comprenderles.

—Es embarazoso tratar de aproximarse al criminal, tiene algo de perverso...

—Sí, pero los medios de comunicación no sopesan la posibilidad de que se trate de un enfermo. Ha sufrido malos tratos y sólo aplica

lo que le han enseñado; abusan de la parte morbosa sin dar una visión en conjunto, sin adentrarse en la posible patología del asesino.

—**Hay un momento en que su personaje se pregunta: «Asesino en serie, ¿un hecho perdonable?» ¿Qué contesta la actriz?**

—Se hace la misma pregunta una y otra vez; la actriz no puede contestar. En la función, la madre acude a la cárcel para perdonar al asesino de su hija; es el único modo que tiene de expulsar el dolor y el odio que la consumen. Mi personaje, además, cree que la maldad no existe, que el hombre nace bueno y es la vida la que hace que desarrolle patología o comportamientos extraños.

—**A mí me queda la duda de si la madre realmente le perdona o va a la cárcel con la intención de que los remordimientos le conduzcan...**

—...al suicidio, algo que consigue. Sí, puede ser. Al fin y al cabo, ella me pregunta: «¿Cree que yo le he matado?» Lo que quiere decir que la idea está en su cabeza.

—**Un hombre así, un asesino en serie de niños y pederasta, ¿también puede reinsertarse?**

—Quiero creer que sí.

—**Hace un par de años, en Inglaterra se hicieron públicas algunas listas de pederastas. Frente al derecho a la intimidad, ¿uno puede vindicar el derecho a saber si su vecino es un delincuente de esta calaña?**

—Sí, claro. A mí, que tengo una niña de tres años y medio, me gustaría saber con quién tiene que subir en el ascensor, por ejemplo. Y aunque no le contratase para ciertas tareas, sí lo haría para otras.

—**¿Cómo se prepara un papel tan complicado?**

—Busqué muchísima información, leí estudios al respecto, hablé con médicos y psiquiatras... Pero, por la dificultad que entrañaba, me atrajo muchísimo.

—Agnetha reflexiona sobre el verdugo, el criminal. Pero todo ese tiempo se le está quitando a las víctimas.

—Sí, pero creo que la autora cree que si el asesino pudiera estar en contacto con el sufrimiento que ha provocado, aflorarían en él una serie de sentimientos que podrían, en cierto modo, redimirle. Claro que ante el sufrimiento de la madre no hay argumento alguno...

—El mensaje más esperanzador se produce en el personaje ausente, Indie, la hermana que es capaz de superar el dolor sin rencores.

—Sí, ella recurre a una solución espiritual y trata de transformar el odio en amor. Quizá es más fácil para una hermana que para una madre.

—El marido, tras la tragedia, abandona la casa y emprende una nueva vida. ¿El hombre no tiene la capacidad de sufrimiento de la mujer?

—No, en absoluto. La mujer es más fuerte. Dicen que es una cosa atávica, pero tiene mayor capacidad de sacrificio.

—El teatro es para usted el futuro de los actores pero, hoy en día, ¿hasta qué punto puede ser un revulsivo social?

—Es su labor desde tiempos de los griegos. Hay una parte de reflexión en el teatro, de filosofía, de plasmación de lo que está pasando en la sociedad que hace que el destino del teatro sea hacer pensar a la gente. Si ha derivado en otra cosa habrá que plantearse por qué, pero su cometido ha sido, es y debe ser, reflejar lo que ocurre y permitir la posibilidad de conversar después a acerca de la función.

—Pero hubo un tiempo (La bola de cristal, La edad de oro, incluso Chicas de hoy en día) en el que la televisión también era un arma cargada de futuro...

—Pero ya no es así, ha hecho mucho daño en el sentido de que ha maleducado a los espectadores en la distracción, hace que el es-

pectador mire, pero que no piense. El juego de las audiencias ha obligado a la televisión a apostar por la basura. Y, por otro lado, el teatro tiene que abaratarse, sigue siendo caro.

—¿No es un prejuicio eso de que el teatro es caro? La función en la que usted trabaja, el día del espectador, cuesta 15 euros, casi lo mismo que un cine con palomitas y coca-cola...

—Sí, en realidad no es tan caro. Sí los musicales, las grandes representaciones, pero no el teatro «al uso». Pero los jóvenes prefieren ir al cine e irse después a tomar una hamburguesa, y es el público que tenemos que cultivar. Algo hay que hacer al respecto.

—¿Llegará un momento en que la gente se baje de Internet funciones teatrales?

—No, requiere el directo. Siempre. El diferido en el teatro no funciona, ni siquiera los grandes intentos, como «Estudio 1».

—Recomiéndeme alguna buena función...

—El método Grönholm, Wit, Los niños perdidos...

—¿Algún proyecto en lontananza?

—Un musical de producción propia, con un cuarteto de jazz para levantarlo nosotros.

—Usted es una persona muy comprometida con ciertas causas...

—Sí, con Greenpeace, Médicos sin fronteras, Intervida... Si el ser humano no es solidario, no hay futuro posible. Siempre que me lo piden, colaboro. Ahora quiero aprender lengua de signos para poder aplicarla a los proyectos en los que me quiero embarcar. Me gustaría que las funciones también llegasen a la gente sorda.

«Tenemos la obligación
de compartir un
porcentaje de nuestra
suerte con los
desfavorecidos»

Luz Casal
Cantante



Fuera prejuicios. Rechazó ser la voz oficial de las Olimpiadas de Atlanta en 1996 porque no se sentía comprometida con el proyecto. Es una rockera de pura cepa, aunque en España triunfen sus composiciones más melódicas y pese a que hace años que no se calza unos jeans. Y en el escenario gana siempre: sus movimientos son tan elegantes como sensuales. El público se rinde ante ella, pero con gusto. Señoras y señores, con ustedes Luz Casal (La Coruña, 1958).

—Se agradece —no sabe cuánto— que alguien se suba a un escenario alegre, sonriendo. ¿Por qué da tanto pudor declararse feliz, por qué no se entiende una felicidad libre de euforia?

—Es llamativo, curioso; parece que en el mundo de la música vende, de alguna manera, el andar triste, con un maquillaje un tanto te-nebrista, un tanto desahuciado, cargado de problemas... pero a mí no me interesa en absoluto. Además, estoy feliz.

—¿Qué le parecen días como hoy, en el que se celebra el Día Internacional de la Mujer Trabajadora?

—A mí personalmente no me hace ilusión que se celebre este día; eso es una demostración de que en efecto, las cosas no andan bien; me resulta una celebración un poco capciosa. No es que esté en contra, pero tampoco a favor; ¿por qué no se celebra el día del hombre? En fin, mejor eso que nada, aunque sea un modo de resignarse.

—¿Se puede hablar de discriminación o desigualdad de la mujer en el mundo de la música?

—Cuando empecé, nunca contaba lo que hacía los fines de semana, así que durante muchos años viví una perpetua doble vida porque, cómo explicas a tu madre y a mis compañeras que me dedicaba a ir por los pueblos a cantar; no sólo estaba mal visto, sino que tenía que ocultarlo. Eso hasta que conseguí grabar un disco. Pero bueno, siempre he girado la moneda; cuando las cosas se ponen difíciles, en vez de dejar que me aplasten, adquiero una capacidad para soportar ese desafío y reconducirlo. Se trata de que nada ni nadie te haga abandonar tu sueño. Pero no siempre es fácil mantenerse en el camino. Sí, hay una discriminación en la música y en el rock una clara tendencia machista; una evidencia es la poca cantidad de mujeres que se dedican a este mundo. Espero que con el correr de los tiempos, con la cultura y educación, se corrija.

—Usted no para de viajar. ¿Cómo lleva tanto ajetreo? ¿Le da tiempo a disfrutar los lugares que visita por cuestiones de trabajo?

—No mucho, la verdad. Llegas a los sitios, haces la prueba de sonido, tocas y poco más... es una manera de trabajar dura; pero he desarrollado ciertos recursos para observar y percibir los cambios allá donde voy, me doy cuenta de si una ciudad ha crecido, y si lo ha hecho armoniosamente, si hay más dinero, si su gente está más o menos feliz...

—Sigue triunfando allá donde va. Usted que lleva tantos años en esto, ¿se ha llegado a cansar de alguna de sus canciones?

—No, pero hay algunas que ya no interpreto en conciertos; más que cansancio, diría que unas han cumplido su recorrido, en algunos casos brevísimo (apenas el tiempo de la grabación y producción); otras, desde el primer momento que comencé a escribir o a trabajar en ellas siguen conmigo, perdurando en el tiempo; depende de qué signifique la canción para ti y lo que significa para la gente. La importancia del público para mí es suprema. Quiero agradar a la gente que acude a mis conciertos. Si percibo que hay una canción de

terminada que no llevamos en el repertorio y que el público la demanda, la incorporamos. Y las que no sirven como revulsivo o para bailar, las que no provocan emociones, las retiramos.

—¿En qué se diferencia, si es que lo hace, el público de otros países respecto del de España?

—En el conocimiento de las canciones, es lógico; luego, depende... hay canciones que resultan muy interesantes en un país y no en otro; en el caso de Francia, sin yo tener muy claro el porqué, hay una idea de mí como cantante de canción, al estilo de su *chanson*. En algunos sitios les llama la atención que pueda hacer canciones tan distintas como las que hay en mi repertorio. Eso es algo que no siempre se entiende. En España cuesta comprender que soy una persona con diferentes aptitudes o mejor, una persona con una actitud y diferentes formas de expresarla. Desde hace tiempo se encajona a la música en estilos y para alguien que hace canciones tan diversas como yo en un mismo disco resulta difícil catalogarla. Pero bueno, me mantengo, demuestro que se puede ser una persona con ideas diferentes y no por eso dejar de ser honesta, dejar de ser verdad.

—Quizá por eso, porque a la gente le cuesta que alguien que siempre ha llevado la etiqueta de rockera galantee con el flamenco, el jazz, el reggae, y todo ello lo haga, además, bien. Ni siquiera lleva usted vaqueros.

—Sí, dejé de usarlos porque les cogí manía, no me gusta verme con ellos; para ciertas cosas, una acaba —con el paso del tiempo— hastiada, prefiero tejidos que me den más movilidad. Respecto al otro apunte que haces, toda música, o todo género, es una mezcla, una fusión. Para mí lo más importante no es cómo se puede catalogar lo que hago, sino si lo que hago es verdaderamente lo que quiero hacer. Y si es así, la gente, el público lo respetará. La verdad está por encima de cualquier otra apreciación, y ése es el camino que he de-

cidido emprender desde hace muchos años. Y no me importa explicarlo cien millones de veces, es mi vocación.

—¿Por qué el rock no es un género especialmente valorado en España, donde triunfan más los Beatles que los Rolling?

—Es una pregunta interesante; hay muchas razones, no una sola; para empezar, el idioma, el castellano, que es más fácil de emplear en tiempos medios que en tiempos trepidantes como los que requiere el rock. Las canciones que más éxito han tenido en mis discos son las más tranquilas, las que no son rock; por eso hay gente que dice que no soy rockera, pero es el público el que se decanta por melodías más tranquilas. Contra eso no tengo ningún interés en batallar, es así y es lo que la gente quiere y lo que le gusta. Yo sigo haciendo rock en mis discos.

—Hablemos un poco de su apoyo a la labor desarrollada en el Hospital Chalucuané, en Mozambique. ¿Cómo surge la iniciativa?

—Por un gran amigo, alguien a quien aprecio muchísimo, una persona buena, que acudió junto a un fotógrafo a esa zona de Mozambique. Me enseñaron las fotos y quedé impresionada, es como ver la vida y la muerte en cada fotografía, la sonrisa de un niño y el drama de alguien que no tenía con qué alimentarse... al poco tiempo hicimos una actuación en Málaga con motivo del nacimiento de Picasso y el fotógrafo que vino conmigo desde que me desperté hasta que me acosté era el mismo que viajó hasta el Hospital. De pronto coincidimos en que una manera de ayudar, aparte de hacerlo individual o personalmente, sería vender esas fotos. Aportas y compartes con el público que va a verte una experiencia, la de ayudar a alguien.

—Recuerdo una frase suya: «No se puede vivir como si la belleza no existiera». ¿Es hermosa la solidaridad?

—Claro. Además, te deja la conciencia un poco más equilibrada; cuando tienes suerte y la ocasión de ver la tristeza, el drama y la tra-

gedia de lo que significa vivir para mucha gente, tienes la obligación y necesidad de compartir un porcentaje aunque sea mínimo con los desfavorecidos. Siempre he pensado que una de mis tareas en la música es ayudar al débil a través de las canciones y de mis ideas, mis sentimientos... en este caso mi ayuda al débil es una manera mucho más pragmática, estoy deseando buscar un hueco para ir allí *in situ*, saludar a la gente y entregarles el dinero.

—Luz, ¿habría algo por lo que mereciese la pena dejar la música?

—No, dejarla no, imposible. Si tuviera una disyuntiva con una situación extrema podría dejar de viajar, pero nunca dejaría la música.

—Tiene muchos premios en su haber, entre ellos uno muy goloso al que no todos los músicos tienen acceso: el Goya. ¿Es inmune a los halagos?

—No, inmunizada al halago no estoy, pero como todo en la vida hay que saber recibirlo, estar agradecida a quien te lo da, pero no por eso convertirte en un ser odioso, engreído y vanidoso, ni mucho menos; los premios son como el aplauso. Tú te subes a un escenario para que la gente reaccione de distintas maneras, y esa reacción confluye en última instancia en el aplauso. Un premio es como un aplauso; lo recibes y ya está. Te puedes sentir más o menos satisfecha, pero hay que recibirlo con alegría y modestia.

«A veces me canso de
que sólo prosperen las
cosas que dan dinero»

Mayte Martín
Cantante



Hay reinas de la copla y soberanas del cante jondo. María Teresa Martín Cadierno (Barcelona, 1965) es una de estas últimas, aunque por derecho su nombre está enlazado al bolero, sobre todo después de que hace años publicase el ya convertido en clásico del género «Free Boleros», interpretado al alimón con el maestro Monteliú. Más conocida como Mayte Martín, sus trabajos se hacen esperar. Se toma su tiempo. La está peinando.

—**Su último trabajo llevaba por título «Tiempo de amar». Tres años después, ¿de qué es tiempo?**

—Siempre es tiempo de amar, siempre es tiempo de amar, siempre...

—**Su interpretación del texto de Rafael de León «Ten cuidado», era hermosísima. Sé que le ha tentado la idea pero, ¿para cuándo un disco de copla?**

—Es uno de esos proyectos que te rondan en la cabeza, una cuenta pendiente que además me apetece mucho hacer, pero que carece de fecha concreta e inmediata; cuando sea su momento surgirá.

—**Dice ese tema «me avisaron a tiempo, ten cuidado». A usted, ¿qué cosas le decepcionan?**

—Mi decepción diaria, en todo lo que respecta al arte, a la cultura, es que está dejada de la mano de Dios; se ha convertido en un mundo demasiado comercializado, todo es negocio; a veces me canso de esto, de que sólo prosperen las cosas que dan dinero.

—**Por fortuna, el tiempo coloca a cada cual en su lugar...**

—Ésa es una de las razones por las que sigo aquí, en pie, en esta historia. Pero el camino es ingrato.

—Encuentro cierto paralelismo entre usted y la figura de Concha Piquer; ambas entre el clasicismo y la renovación, a ambas se las tacha de frías. ¿La profesionalidad resta frescura?

—Eso creen algunos; no es fácil encontrar el equilibrio entre la racionalidad y la emoción. Muchas veces, la técnica, la obsesión por las cosas bien hechas, raya en la frialdad; lo bonito está en conseguir el dominio de la técnica para olvidarte de ella y utilizar lo que ya sabes y lo que tienes integrado en pro de la comunicación, de la emoción.

—Aprender los cánones para poder transgredirlos...

—Así es.

—Asimismo, ¿por qué cuesta tanto aceptar lo ecléptico, por qué se advierte como amenaza en vez de aportación?

—En el flamenco existe ese sector integrista que está acostumbrado a escuchar unas determinadas cosas hechas de una determinada manera. Es lo ortodoxo de donde nadie puede salirse; pero poco tiene que ver eso con la capacidad de cualquier artista de discernir qué es lo que tiene sentido artístico, coherencia. No todo el mundo tiene esa sensibilidad para conocer cuándo se transgreden los cánones para mejorarlos y cuándo se destrozan.

—¿Hay machismo en el género?

—Sí; no soy consciente de haber sufrido el machismo en mis carnes, pero eso no quiere decir que no exista ni que yo no me rebelé contra él, que no me preocupe.

—Una cosa que se echa en falta en los cantantes de hoy en día es la interpretación. ¿Cree que usted podría hacerse con un tema con el que no se sintiese identificada?

—No, no. En absoluto. Puedo cantar una cosa que no haya vivido, pero nunca algo con lo que no me identificase.

—**Siempre que escucho el bolero «Usted» («soy aunque no lo quiera/ esclavo de sus ojos/ juguete de su amor») me viene a la cabeza las letras. ¿Hay un cierto agotamiento?**

—Hoy en día no se hacen letras con la capacidad comunicativa y emotiva de antes; los textos de ahora son frívolos, no transmiten nada; es absurdo este afán de modernizar, de renovar por renovar. Si no hay nada nuevo que decir, o no sabemos decirlo mejor, ¿por qué hacerlo? El flamenco canta sentimientos universales sin fecha de caducidad. Reinterpretémoslos.

—**Escribía Cervantes que «la música compone los ánimos descompuestos». ¿Para qué estado de ánimo recomienda el flamenco?**

—Para cualquiera. El artista interpretará las canciones en función de su estado de ánimo, al igual que el público será más receptivo a uno u otro tema en función de las vivencias que tenga en ese momento.

—**Sin embargo, el bolero tiene un tinte un tanto sádico. ¿Por qué cuanto más afligidos más triste es el bolero al que nos enganchamos?**

—La mayoría de la gente ha vivido un bolero; todo el mundo se ha enamorado, le han abandonado, etc. Es muy fácil identificarse con cualquier letra de un bolero porque cuentan cosas cercanas.

—**Usted que ha estado de gira por Escandinavia o Alemania, ¿cómo es el público?**

—No hay diferencias en cuanto a lo que sienten frente a una canción, sino en cómo transmiten lo que sienten. Es mucho más expresivo el público latino.

—**¿La música es un arma cargada de futuro expansivo?**

—No lo sé, nunca me lo he planteado. No sé si quiero hacerlo.

—**¿Qué discos la han acompañado en su vida personal?**

—Desde pequeña la música me acompaña a todas partes... Concha Piquer, Juanito Valderrama... en mi adolescencia los discos de Raphael y de Alberto Cortez... De unos años para acá me interesa la música brasileña, lo que más, y la música clásica.

—**¿Con quién compartiría una canción?**

—La gente con la que me gustaría cantar está muerta y de los vivos he tenido la suerte de cantar con quien quise hacerlo. Me encantaría cantar con Elis Regina, con la Callas, la Niña de los Peines...

—**Por ponerla en un aprieto, ¿Falete o Pasión Vega?**

—Los dos me parecen grandes artistas; no lo digo por decir, quienes conocen mi trayectoria saben que no soy hipócrita. Me fascinan ambos. Quizá tengo un vínculo mayor con Falete por haber grabado un tema mío, pero es una cuestión puramente personal.

—**¿Cuándo nos sorprenderá con un nuevo disco?**

—En cuanto sea capaz de sorprenderme a mí misma.

«Sería fantástico que
se vendiesen discos de
clásica en el top manta»

Rosa Torres-Pardo
Pianista



Sus manos acompañan las reflexiones que nos comparte. Sus manos resuelven cada instante inquietas, ansiosas por abarcar allá donde no llega la palabra. A instancias del sacrificio y talento, es una de las mejores pianistas del orbe. Acaba de presentar «Iberia», noventa minutos compuestos por un Albéniz lúcido, virtuoso, desafiante. Pocos artistas se atreven con esta obra. Rosa Torres-Pardo (Madrid, 1960) nos la regala más fresca, vitalista, pulcra y bella que nunca.

—Iberia no es un disco fácil. Además, es una pieza endemoniadamente larga. ¿Agotada cuando entrelaza los últimos compases?

—Sí... mucho. Son noventa minutos. Hay momentos de mucho virtuosismo y pocos remansos de paz («Almería» o «Evocación») que aprovecho para disfrutar. Hay que estar muy concentrado durante todo el tiempo y eso, durante los 90 minutos de Iberia, es casi imposible. Procuro no tocarla completa porque es agotador, tanto para el público como para el intérprete.

—¿Varía la interpretación de una obra en función del estado de ánimo del artista o éste queda condicionada por el espíritu de la composición?

—En la interpretación influye todo: la sala, el piano, el público, el tiempo que haga... E inevitablemente, hay veces que uno se esmera mucho más en una de las piezas que en otras, ocasiones en las que la pieza en conjunto sale casi perfecta.

—A pesar de la brillantez de su trabajo, ¿cree España le ha hecho justicia a Albéniz?

—*Iberia* es suficientemente reconocida y valorada, no sólo aquí, sino fuera de nuestras fronteras, y cualquier pianista de cierto nivel ha interpretado alguna de sus piezas. Pero hay que dedicar muchos años de la vida de uno para realizar esta obra completa. No obstante, hay épocas o periodos en los que determinados artistas o más bien obras quedan, digamos, relegados en cierto modo. La obra de Albéniz ha estado bastante abandonada. Óperas tuyas como «Merlín» o «Henry Clifford» se rescataron hace bien poco del cajón de un conservatorio. Es cierto que la obra de Albéniz está esparcida por el mundo, disgregada, y eso, en lo que tuvo mucho culpa el propio autor, dificulta esa labor musicológica de catalogar y de recogerla. Habrá que esperar a celebrar su centenario para impulsar esta tarea.

—**¿Cómo andamos de sensibilidad hacia la música clásica?**

—Aquí está bastante valorada, hay mucho interés por ella, las madres quieren que sus hijos toquen un instrumento, los conciertos no están llenos pero sí hay mucha oferta y amplia. Es, eso sí, más minoritaria. Es un sector, por ejemplo, en el que casi no se venden discos.

—**¿Les ha afectado las descargas de Internet?**

—No, estaría, de hecho, encantada con que «me descargaran». Los músicos de clásica jamás hemos hecho negocio con el disco. No vendemos, no existimos apenas en este mercado.

—**¿Le haría ilusión verse en un *top manta*?**

—¡Me encantaría! Rechazo la piratería, por supuesto, pero me alegraría comprobar que en este caso «Iberia» fuese un disco reclamado. Sería genial...

—**El catalán transpiraba patria por sus notas. ¿Cree que, de haber nacido hoy, su obra sería más nacionalista?**

—No, tenía tanto talento que no creo que quisiera reducirse; cuando uno tiene un espíritu artístico ha de dirigirse a la máxima expresión, y eso supone aproximarse a lo grande, no a lo pequeño.

—¿Qué hacemos mal para que los jóvenes no se interesen por la música clásica?

—Hace falta más implicación de los medios de comunicación, sobre todo de la televisión, que es el de mayor impacto, y sobre todo en los jóvenes. Recuerdo, de pequeña, los programas de Bernstein, divertidos, interesantes. Necesitamos algo así, no sólo enfocado a los niños, sino a adultos. También es muy importante la implicación de los padres, su persistencia, ya que los jóvenes no la tienen. En mi caso, por ejemplo, si no hubiera sido por la constancia de mi madre para que siguiese mis estudios de piano, hoy no sería pianista.

—¿Siempre tiene un maestro un buen músico?

—Es complicado encontrar a tu maestro. A veces viajas por todo el mundo y no lo hallas y, cuando menos lo esperas, aparece ese alguien que te abre los ojos.

—Para quienes quieren estudiar en el conservatorio, ¿la oferta pública es suficiente?

—Sí, con reservas, claro; cuanto más masificados estén menos tiempo de clase recibe cada alumno. Cuando yo iba al conservatorio me daban diez minutos de clase, algo ridículo que me obligó a acudir a un profesor particular. Ahora, cada alumno tiene una hora de clase. Hemos mejorado.

—Ser pianista, ¿es un sacrificio?

—Sí. A pesar de las satisfacciones, que son muchas.

—«El piano», «Shane», «La pianista»..., este instrumento protagoniza numerosas películas y cautiva a expertos y profanos. ¿Dónde reside su magnetismo?

—Es un instrumento fascinante; el repertorio que se puede hacer es casi total, incluso puedes reducir una sinfonía a un piano. Es capaz de hacer absolutamente todo. ¿A quién no le gusta ver a unas manos saltar de un lado al otro de las teclas?

—**¿Ha pensado interpretar partituras no clásicas?**

—He cantado, siempre que me han dejado, temas de Mina o The Beatles, me encantan. Me parece muy importante cantar; al fin y al cabo, la voz es el instrumento que llevamos dentro y al que tenemos que imitar en cualquier línea melódica.

—**Bueno, yo no paro de cantar en la redacción, así que por mí que no quede...**

—Me alegro, cantar es buenísimo, alegra el alma.

—**Bach, Beethoven, Mozart traspasaron los límites de la belleza. ¿Eso incapacitó a los compositores posteriores? ¿Está todo dicho en música clásica?**

—Se han ido agotando determinadas fórmulas. Si llegara otro genio como Bach, no haría que lo que hizo Bach, sino música de hoy, es decir, dodecafónica, música tonal, contemporánea o lo que fuera. Quizás se puedan escribir obras que superasen en calidad a las clásicas, pero no creo que se hagan porque estarían fuera de lugar. El repertorio clásico es casi inagotable, pero hay que seguir produciendo, es nuestra búsqueda, nuestra obligación. Un compositor tiene que encuadrarse en su tiempo.

—**¿Podemos nombrar a algún genio de la música contemporáneo?**

—Stockhausen, Chano Bello...

—**¿Cuál es el corazón de una melodía hermosa?**

—La autenticidad.

—**¿Hay machismo en el mundo de la música?**

—...Hay distintos escalafones que a mí no me afectan porque voy por libre y estoy sola. Cantantes, directores de orquesta, y luego los demás. Hombre, luego está el caso de la Filarmónica de Viena, que no permitía mujeres hasta hace poco.

—**¿La solidaridad tendría que ser inherente a la fama?**

—Si tenemos la oportunidad de ayudar más que los demás por el hecho de ser famosos sin duda hay que aprovecharla. Pero la solidaridad no es aplicable al concepto de artista sino al de persona. Después está la urgencia de las causas; creo que lo primero es el hambre, la enfermedad, la discapacidad... Y siempre surgen momentos en los que te frustras por no poder hacer más.

—**El punto de genialidad, ¿nace con uno o uno, en algún momento de su vida, lo alumbra?**

—Decía un maestro que la diferencia entre lo buenísimo y lo genial es muy pequeña. Cuanto más trabajas más te acercas a la genialidad. Hay quien nace genial pero también ha de perseverar en esa genialidad.

—**¿De verdad son los músicos tan maniáticos como se les presupone?**

—En mi caso, cuando voy a actuar me vuelvo más melindre, más sensible, todo me afecta más. Y luego practicas una serie de rituales: yo como poco, me echo una siesta, procuro no hablar por teléfono, no concedo entrevistas... y, finalmente, llega el instante en el que los nervios previos te hacen desear no ser tú y ser cualquier otro. Sí, a cada actuación le precede un estado de ánimo próximo a una cierta neurosis.

—**¿Y cuando, en medio de la interpretación, se comete un error?**

—Un músico formado está acostumbrado a esos lapsus, que suelen producirse en los momentos de mayor inspiración, porque te

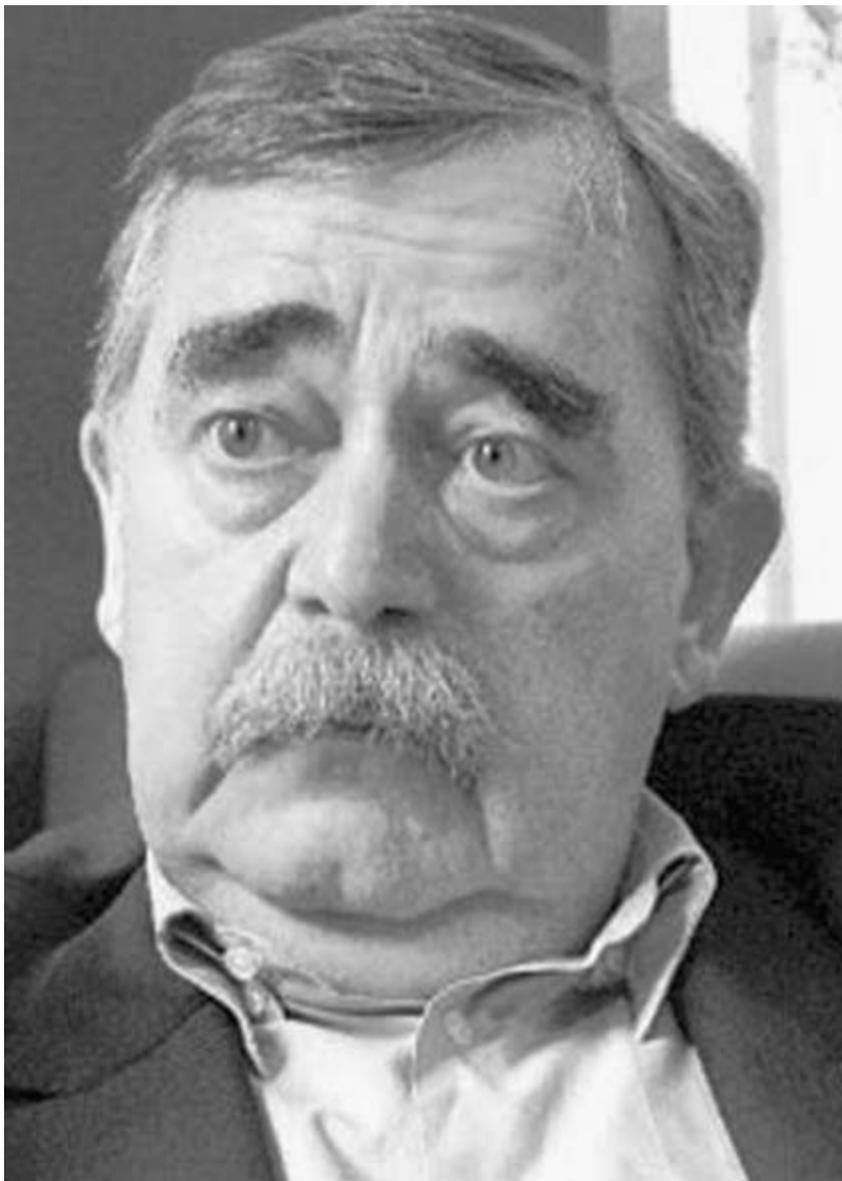
abandonas. Pero la respuesta es rápida, como cuando conduces. El bagaje te permite saber en qué armonía estás, a qué tempo vas y se soluciona casi instantáneamente.

—Y su próximo proyecto es «Iberia» bailada...

—Cuando tocaba esta obra soñé que una mujer la bailaba, porque mi madre me bailada y yo entiendo la música a través del baile. De hecho, la película de Saura, que lleva el mismo título, fue una propuesta mía. La estrenaremos en Granada, el 25 de junio. Lola Greco la bailará, José María Gallardo afinará su guitarra y yo me haré cargo del piano. La escenografía es de Eduardo Arroyo. Para mí será difícil, porque cada vez que levanto los ojos y veo a Lola bailar acapara mi atención, pero estoy entusiasmada.

«Todo es para mí motivo
de asombro y de vértigo»

Eugenio Trías
Filósofo



Es el único español reconocido con el Premio Nietzsche de Filosofía. Le encanta el cine (sobre todo «Vértigo», de Hitchcock, y «El vampiro de Dusseldorf», de Lang), es rendido admirador de Ortega y Gasset y ha ido burilando un sistema de pensamiento conocido como «filosofía del límite». Eugenio Trías (Barcelona, 1942) piensa con nosotros.

—Después de que Kant llegara a los límites más heroicos y poéticos de la razón, ¿se ha agotado la Filosofía como sistema global o total de pensamiento, dejando sólo margen a «escarbar» pequeñas parcelas?

—He intentado mostrar en libros como *La edad del espíritu*, *Lógica del límite* o *La razón fronteriza* que no es así. Quien los conoce se da cuenta de que es perfectamente posible hoy dar unos cuantos pasos decisivos, acordes con nuestra época, en relación a Kant.

—Usted que se ha adentrado en campos tan dispares e interrelacionados como la ética, la filosofía de la religión, la ontología, la estética..., ¿ha encontrado las claves para comprender al hombre? ¿Siente admiración por él o lástima?

—He intentado descubrir la naturaleza *fronteriza* del ser humano. Desde este punto de vista la singularidad de nuestra condición queda confirmada.

—En esta sociedad de lo rápido todo nos incita al impulso. Por desgracia, la reflexión no está de moda. ¿Qué lugar le está reservado?

—Las modas por definición son efímeras. No es una opción inteligente darles más importancia, significación y valor que la que, de

manera siempre episódica, epidérmica, poseen. La verdadera filosofía siempre ha ido a contracorriente de lo efímero.

—Soy lectora «voraz» y en una ocasión me preguntaron que de qué servía leer tanto (cité a Borges, quien dijo que él leía para no morir «tonto de capirote»). Le reformulo la pregunta: dígame una razón por la cual merece la pena seguir aprendiendo, madurar nuestros pensamientos, reflexionar las cosas.

—Es más gozoso.

—A un filósofo como usted que siempre tiene el engranaje de lo atento y el análisis despierto, la frase —dicha siempre con toda la buena intención— de «no cambies nunca», le resultará una maldición, ¿no?

—El icono que preside mi vida es el Ave Fénix: la capacidad de morir y resucitar.

—En sus textos, lo filosófico y lo poético apenas se distinguen, sino que se abrazan constantemente. ¿Podría decirse que la poesía es esencia de lo filosófico, un saber quizá más intuitivo? Me viene a la cabeza ese espléndido verso de Machado que resuelve, en cuatro letras, casi un tratado enciclopédico: «hoy es siempre todavía»...

—Somos pocos los que concebimos de este modo el oficio filosófico. Pero yo creo que la inteligencia y la pasión se dan cita en un estilo filosófico en el que el uso exigente de la razón se tensa al máximo a través de sus antenas líricas.

—¿Cuál es el *límite* de Eugenio Trías como persona, al margen del filósofo?

—La vida, la muerte, el dolor, el gozo: todo es para mí motivo de asombro y de vértigo. Por eso me dedico a este extraño, insólito oficio que es la filosofía.

—Como conocedor de la estética, ¿cree que los problemas que tienen las personas con discapacidad para integrarse plenamente tienen algo que ver con esta disciplina?

—La estética no es nada sin su conexión intrínseca con la ética. La belleza es un símbolo moral, decía Kant.

—Respecto de este colectivo, el de discapacitados en concreto, y los desfavorecidos en general, ¿por qué nos asustan tanto los otros, lo distinto? ¿Por qué en vez de, siendo incluso egoístas, aprehendemos lo mejor de ellos a cambio de ofrecerles lo mejor de nosotros mismos y crear así una sinergia que beneficie a todos?

—Todos necesitamos aprender de quienes se distinguen de nosotros. Admiro a quienes saben acoger en su entorno, del modo más natural, a personas queridas que sufren alguna importante forma de minusvalía. Toda la sociedad debe aprender a integrar del modo más espontáneo a quienes son distintos de nosotros.

—Disculpe el juego de palabras pero, ¿es estético lo que no es ético?

—No, no hay diferencia sustancial. Se puede y debe diferenciar en el análisis filosófico lo ético y lo estético, pero en sustancia es lo mismo. En la ética se urge y apremia a nuestra conducta y acción. En la estética, a las formas de expresión (formal, simbólica) de lo que somos.

—En «Los límites del mundo» nos invita a reflexionar sobre la verdad, «pura transparencia» como usted aproxima. ¿Somos, los españoles, amantes de la verdad?

—Quizá nos falta hábito de reflexión y meditación. Nuestra tendencia al chascarrillo y a la *cultura oral* obstaculiza los hábitos de lectura sin los cuales la filosofía no llega a tomar vuelo. Mucho nos valdría aprender de tradiciones luteranas, nórdicas. Somos poco exigentes en temas de reflexión. Siempre pienso que todos debemos

aprender de nuestros antípodas mentales y morales: los suecos de los españoles; los españoles de los suecos.

—¿Cree que iniciativas como la Plataforma antinacionalista ciudadanos de Cataluña justifican un gobierno aristocrático, en el sentido más platónico del término?

—Creo en regímenes mixtos. Pienso que lo ideal siempre es un término medio entre güelfos y gibelinos. Soy platónico en muchas cosas, pero no puedo seguir siempre a Platón de manera incondicional en su utopía política.

«El sexo está muy cerca
de la mística»

Rosa Zaragoza
Cantante



Su música está impregnada de poesía, picaresca, elegancia, sensualidad y de lo Mediterráneo. En ella, lo profano se reconcilia con lo sagrado. Canta a las tres culturas y de ellas se queda con las tres. Con doce discos en su haber, Rosa Zaragoza es reseña obligada cuando se habla de música sefardí.

—Ha actuado en lugares tan distintos como Trento, Estambul, Beirut, Israel, Moscú... ¿dónde es mejor acogida?

—Nadie es profeta en su tierra. Yo tampoco, así que cuanto más lejos canto mejor recibida me siento. Beirut o Moscú, por ejemplo, son ciudades que me tratan como si fuera una gran estrella. Quizá porque lo lejano suena más especial o más exótico. En cualquier caso no me quejo.

—La música andalusí, sefardí o judeocatalana, ¿llegará alguna vez al gran público?

—Ya está llegando, poco a poco. Hace años, cuando decía «canto canciones sefardíes», la gente me miraba extrañada, sin saber qué cosa era eso. Ahora hay festivales de música sefardí y de las tres culturas, algo que me satisface porque es un reconocimiento de nuestras raíces.

—Su primer disco regalaba cinco canciones de judíos catalanes inéditas hasta entonces, que databan de hace quinientos años. Llama la atención el humor y la picardía que salpimientan sus textos.

—Son canciones de boda que cantan la gente al novio o a la novia, salvo una en la que una recién casada habla con su anciano es-

poso en el lecho. Los consejos de estas canciones los imparte un rabino, que sabe de qué está hablando.

—Decían los sufíes que cantar es orar. ¿Siente la música que interpreta como una plegaria?

—Sí, completamente. La más tranquila y la más alegre; es una manera de ponerme en contacto con algo profundo de mí, que es en definitiva el camino de la espiritualidad.

—Si no cantase, ¿a qué se dedicaría?

—Me gustan mucho los niños, trabajaría con ellos utilizando la música como instrumento. Los profesores tienen la posibilidad de moldear su hemisferio derecho, donde residen las emociones, y la música es una herramienta más para la felicidad. Saca de ti lo mejor; eso es muy interesante de enseñar a los más pequeños, así como mostrarles que hay gente en Brasil, en Grecia o Armenia que crea melodías mágicas, hermosísimas. Hoy en día escuchan la misma música, con sesgo anglosajón y americano casi en exclusiva, olvidando muchas veces que en el Mediterráneo tenemos música fabulosa.

—¿Proyecto a la vista?

—Estoy preparando un disco que se llamará «Meditaciones para cantar y bailar», que espero sirva a mucha gente con discapacidad. Con este trabajo podrán trabajar su psicomotricidad. La idea es ampliar el estado de conciencia; la meditación no tiene que ser algo estático, sino activar el pensamiento. Cantar es meditar.

—¿La música sefardí busca un estado de conciencia muy concreto, telúrico, sagrado, místico?

—Cuando se escucha, la gente siente cosas y se comunica consigo mismo. Nuestro contexto judeocristiano nos enseña que hay que amar a los demás como te amas a ti mismo; bien, trastoquemos la frase: ámate para que los demás estén felices. Cuando uno está feliz

quienes están cerca se contagian de esa felicidad. Mis canciones intentan eso, sacar toda la bondad, lo hermoso, la alegría que llevamos dentro.

—¿Por qué cree que las canciones de cuna, las canciones de niños es una tradición que no se estila?

—Todo es cíclico; espero, deseo que se recuperen. También es verdad que los hombres tienen que entender que también pueden cantarles nanas a sus hijos. Se produce una corriente de amor enorme cuando un padre o una madre le canta a su hijo. Igual que hoy en día se retoman los partos naturales, dar a luz en casa, amamantar, volverán a cantarse nanas...

—Usted que ha cantado a los tres grandes dioses, ¿cuál cree que habrá al otro lado de la laguna Estigia?

—Todos tenemos una chispa divina dentro de nosotros. Para llegar a Dios no es tan necesaria la religión como conocerse más cada uno.

—Tres de cada cuatro judíos que optaron por la diáspora fueron mujeres. ¿Por qué?

—No lo sé... Es cierto que uno de los destinos más comunes era Estambul, y allí las mujeres mantenían el judeocastellano, aunque los hombres aprendían el turco rápidamente. Ellas mantuvieron viva la cultura.

—Ha comentado en alguna ocasión que llegó a Dios a través del erotismo. ¿No suena eso a herejía?

—Mi madre se escandaliza cuando digo eso, pero el sexo está muy cerca de la mística. Un amante y un místico tienen en común que están fuera de sí, fuera de su ego, y entran en comunión con otra persona.

«Lo terrorífico hace gozar
a la inteligencia»

Pilar Pedraza
Escritora



La suya es una literatura circundada por vampiros, seres de ultratumba, autómatas, brujas, monstruos abstractos y concisos, zurcida por un impreciso terror que va concretándose y dirige, de soslayo, nuestra mirada en derredor, recelosa. Pilar Pedraza (Toledo, 1951) inquieta con sus textos; leerla produce el extraño placer de los clásicos del género. Fue consejera de Cultura de la Generalitat Valenciana y miembro del Consejo de Administración de la Radiotelevisión Valenciana; en la actualidad imparte la asignatura de Historia del Arte en la Universidad de Valencia. Su sentido del humor se agradece en tiempos de cólera.

—**«Arrebatado por un huracán de urgencias que no admitían dilaciones». ¿Lo macabro siempre camina de la mano de lo poético?**

—Para mí lo macabro es una categoría de lo poético. Cuando no lo es, se convierte en pura necrofilia y no me interesa. Por otra parte, creo que más allá de lo macabro y terrorífico hay vida inteligente.

—**Burke, en su ensayo sobre lo sublime y lo bello, asegura que las ideas de dolor son mucho más poderosas que las que provienen del placer. ¿Lo cree así?**

—Se conoce que Burke no experimentaba placeres a menudo. Lo que hay que hacer con el dolor es alejarlo cuanto antes y no convertirlo en un fetiche. Leer *Los ciento veinte días de Sodoma* del Marques de Sade es un buen remedio contra el sadomasoquismo.

—**Para que una situación sea realmente temible siempre se hace necesaria la oscuridad. ¿Por qué hemos asociado ésta, la oscuridad,**

a lo inquietante, si a plena luz del día —basta echar un vistazo a la prensa— ocurren sucesos escalofriantes?

—La oscuridad es una buena metáfora del mal y sobre todo de la muerte. Pero no siempre es mejor que utilizar la plena luz y el calor para infundir sentimientos de inquietud. No hay que prescindir de nada. El sol del desierto es terrorífico, las grandes llanuras nevadas son terroríficas —sobre todo si asoma por el horizonte Papa Noel—, los azules mares en calma son terroríficos. No lo digo por decir, lo experimenté en la novelita *Paisaje de reptiles*, tratando de ambientar el terror en una isla poco menos que paradisíaca. Pero, bueno, el negro siempre está de moda. El negro es el color príncipesco en la estética gótica.

—¿Existe algo aparte del miedo que robe a la mente de modo tan determinante su capacidad de razonar?

—La pasión y el deseo, afortunadamente.

—Lo terrorífico... ¿Causa dolor? De ser así, ¿somos masoquistas o depravados quienes sentimos fascinación por él?

—Lo terrorífico artístico no causa dolor por sí mismo, salvo en los pusilánimes. Causa placer, risa, gozo de la inteligencia y muchas otras sensaciones agradables, pero para ello no viene mal una buena dosis de cultura. Sobre todo porque no hay que confundir la realidad con la representación. Aquí hablamos sólo de representaciones, de ficción y de creación.

—El cine de terror de hoy en día sólo aspira a lo efectista; más allá de los sustos, las ideas son en muchos casos banales. Películas como «Secreto tras la puerta», «Nosferatu» e incluso «El viento» son mucho más desasosegantes y no tienen sobresaltos, sino que nos inoculan algo turbulento. ¿Hay crisis en la imaginación de los guionistas en este género?

—Hay crisis en los gustos del público, que no duda en consumir bodrios. Pero eso ha pasado siempre. Las obras maestras del cine de

terror —y de cualquier otro género— se pueden contar con los dedos de la mano. Ahora hay un brote oriental excelente. *Dark Water* es una de las películas (dos películas y un remake) más interesantes de los últimos tiempos.

—¿Cree que la labor de mecenazgo, tan importante a lo largo de la historia, se ha diluido para siempre y sólo nos quedará la publicidad, más o menos encubierta, a la hora de impulsar proyectos artísticos de cualquier índole?

—Siempre ha habido mecenazgo y siempre ha sido interesado y propagandístico de la corona, la iglesia, el papado, la nobleza, los bancos, las empresas, las sectas... No soy partidaria de separar lo creativo de lo encargado, porque las fronteras no son nítidas. Lo terrible es la capacidad desertizadora que tiene el dinero sobre la cultura de un país o de una época cuando la cultura es dirigida por políticos incultos y reaccionarios, y cuando se utiliza a los artistas como artesanos al servicio de la propaganda. Ahí está el mal. Y sin embargo, en un caldo de cultivo tan espeso, que no es mecenazgo sino estrategia para legitimar el poder, nacen las pinturas de la *Capilla Sixtina* o *Ivan el Terrible*.

—¿Es un error convertir la literatura en una profesión?

—La literatura debe ser una pasión. De lo contrario, se convierte en profesión. Pero cada uno es libre de hacer lo que deba, sin más obligación que la de hacerlo bien.

—En su cuento «Anfiteatro» leo: «cualquier intrusión del mundo exterior, por insignificante que fuera, le aterraba secretamente». ¿Podría aplicarse a los medios de comunicación?

—No, en absoluto. Yo no creo en la existencia de los medios de comunicación a esos niveles. No los mitifico. Algo hay sobre ellos en mi novelita *Piel de sátiro*, pero con tales dosis de ironía y de alegría carnavalesca que parece que me burlo de ellos. Pero no es así.

—Como miembro que fue del Consejo de Administración de Radiotelevisión Valenciana, ¿la tele tiene solución o estamos abocados a seguir manteniendo esos contenidos obscenos que la invaden hoy en día?

—La solución está en el mando a distancia. No, en serio. Creo que los ciudadanos deberían plantearse seriamente ver menos televisión y escoger mucho lo que ven. No hay recetas para mejorar una institución que está mal planteada desde el principio y cuyos vicios se transmiten a una escala tan enorme. Puedo decir con la mano en el corazón que pasé más miedo como miembro minoritario y marginal del Consejo de RTVV que leyendo una novela de Stephen King de la primera época.

—En su literatura respuntan la trama brujas, hechizos, seres de ultratumba, necrofilia... ¿No tiene usted pesadillas?

—Ojalá las tuviera. Así me ahorraría el esfuerzo de tener que inventarlas. Lo que tengo es muchas horas de vuelo nocturno por bibliotecas y librerías, y no sólo a la caza de piezas góticas sino de obras de todo tipo. Me gusta mucho leer a los realistas y naturalistas del siglo antepasado, por ejemplo. Siempre hay algo de Zola en mi mesilla de noche. Para terror, el de las minas de *Germinial*.

—¿Qué hay, de haber, de fantasmagórico en Pilar Pedraza?

—Me temo que por ahora nada. Soy una persona normal, bastante inofensiva. Habrá que esperar a que me muera.

—El Comité de Representantes de Personas con Discapacidad acaba de presentar una colección de libros llamada «Abyectos». ¿La discapacidad, como elemento anómalo, es terrorífica?

—No debería serlo, pero lo es, porque proyectamos nuestros miedos e impotencias en el discapacitado y le tememos. Es un mecanismo que no tiene gracia y que produce mucho dolor.

—Pienso en «Freaks», de Tod Browning, o en el malvado profesor en silla de ruedas de «Pesadilla antes de Navidad», pero la discapacidad también ha servido al otro reverso de lo inquietante, el sentido del humor, en películas como «Un cadáver a los postres» o «Un final made in Hollywood». ¿De qué queda más cerca para usted la discapacidad como peculiaridad del personaje?

—Todos mis personajes son discapacitados, de un modo u otro. Si no lo fueran, resultarían sosos. Estéticamente, para mí la normalidad es sosa y poco estimulante. Hablo desde el punto de vista de la literatura y del arte, naturalmente. Me agrada que haya mencionado la película de Tod Browning. Es el mejor discurso filosófico que conozco sobre la anomalía y por lo tanto sobre la condición humana. Lo es en parte porque trata como personas normales a los «fenómenos» y les dota de sentimientos comunes a todos nosotros como la ira y el deseo de venganza.

—Los pérfidos, los malvados («El monje», Bette Davis en «La loba», Melmoth el errabundo...) ejercen una fascinación casi total. Sin embargo, ¿hay hoy en día «malos» que merezcan respeto y admiración?

—Los malos reales en sí mismos no me interesan. Y menos cuando van por la vida pública de puritanos y salvadores como Bush. Me gustan más los buenos que se equivocan o que son impotentes para evitar el mal.

—¿Qué tiene la mujer fatal, Garbo, Dietrich, Verónica Lake, que nos fascina tanto?

—No sé qué les encuentran. Donde estén Julia Roberts y Juliette Binoche... Aquellas antiguallas como la Lake y demás eran construcciones masculinas fetichistas que han dañado nuestra cultura poniendo modelos inaccesibles ante los ojos de hombres y mujeres. Cuando yo era pequeña me fascinaba Ingrid Bergman, que era una persona de pies a cabeza y de carne y hueso. Ahora mismo la mu-

jer que más me gusta en la pantalla es Jonny Deep. Quiero decir que en el siglo XXI los géneros están en decadencia, afortunadamente, y que, para bien o para mal, ya tenemos entre nosotros al hombre objeto.

—**Para terminar, rescato una frase suya de «La yegua de la noche»: «cuando la gente normal predomina, hay que temer lo peor»...**

—No la recuerdo, pero mala no es...

«Toda la realidad es
sagrada cuando se
respeta»

Antonio Colinas
Escritor



Cuarenta años escribiendo poesía. Se le empapa la cara, a veces, de timidez. Novelas, relatos, conferencias, biografías, ensayos, traducciones. Un silencio previo alfombra sus respuestas. Dos reconocimientos de entre muchos: Premio Nacional de Literatura y Premio Nacional de Traducción (concedido por el Ministerio de Asuntos Exteriores italiano). Quien entrevista puede recogerse en su pequeña sonrisa. Antonio Colinas (La Bañeza, León, 1946), acaba de publicar un diario, un huerto de cuentos, una novela corta o un libro de viajes —todo ello puede ser— «Leyendo en las piedras» (Siruela).

—Decían los sufíes que la vida es un libro que hay que leer; Proust encuentra en una magdalena la espita del sentido vital que usted halla en las piedras. Pero la piedra es, en cierto modo, algo contrario a la vida, a la Naturaleza, a la Biología. ¿Por qué escogió un elemento pétreo?

—El libro recoge una lectura de símbolos; el protagonista vagabundea por la naturaleza, por las montañas... ese recorrer caminos es a la vez leer señales, una de las más importantes es la piedra; las piedras no hay que verlas como lo muerto, lo caduco, lo percedero sino como algo energético, fértil. Por extensión, además, aluden a otro símbolo, las ruinas. Hay una gran presencia de la Arqueología en el libro; el protagonista llega a un lugar apartado, donde está abandonada la casa de sus antepasados y en la proximidad se extienden las ruinas de un campamento romano y de un castro prerromano; cuando vamos a las ruinas no vemos sólo piedras muertas, sino que reflejan la intrahistoria.

—Cirlot refería que la piedra es la música petrificada de la creación. Precisamente, en su libro prima la parte mágica de la piedra frente a la arquitectónica...

—Jung dice que la piedra es energía indestructible...

—Como en «El mago de Oz», las piedras van iluminando el camino. ¿El tiempo de los símbolos aún está vivo?

—María Zambrano aseguraba que los símbolos son el lenguaje de los misterios; y las coordenadas de este libro son memoria y misterio. El protagonista del relato intenta rescatar la plenitud a través de la memoria, del tiempo pleno de la infancia, pero también le asalta lo misterioso, se encuentra con una realidad turbadora, otro componente de la vida.

—«¿Donde hallan hoy la sencillez y la bondad de la piedra y el adobe perdidos, la blancura de la cal y el afecto?» ¿Está el hombre moderno preparado para lo sencillo?

—No, no lo está. Este es un libro a contracorriente de lo que se suele hacer en Literatura, entendiéndose por normal cualquier historia o relato urbano; este es un libro secreto y el lector no sólo se encontrará con una o varias historias sino también con una serie de respuestas.

—«Cuando el mundo del pueblo, desde su natural pobreza, simplemente parecía estar bien hecho». ¿Nos embrutece la ciudad?

—No soy extremista a este respecto; cada ámbito tiene su personalidad y su razón de ser, lo que sucede es que la ciudad y el pueblo han llegado a un momento extremado: la ciudad es inhabitable y el pueblo también, por su soledad. El pueblo era un microcosmo, con una vida humilde, pero un medio vivo, desde el Neolítico, los ciclos de la naturaleza conducían en él una vida armónica, que se ha deshecho; por eso esa desolación de las ruinas, pero también la propuesta de un retorno al medio natural para cargar baterías, reencon-

trarse consigo mismo, que es lo que hace el protagonista del libro en un afán de superar la soledad. En el libro se describen dos viajes, uno físico, otro espiritual, interior que es —sobre todo— el que espero haga el lector mientras lee estas líneas.

—Las generaciones venideras no disfrutarán en muchos casos del descanso del pueblo, y ni siquiera verán al natural una vaca, una oveja. ¿Qué se perderán?

—El pueblo en armonía es un lugar en el que uno se puede escuchar a sí mismo, es un ámbito en el que no hay interferencias, no hay ruido, agresiones, mensajes, no hay invasión alguna y, por otro lado, es sinónimo de naturaleza, ese lugar en el que respiramos en plenitud; es un medio incontaminado, por tanto el pueblo es reflejo de ese símbolo de ese arquetipo que es el lugar ameno (*locus ameno*), el sitio en que nos sentimos plenos.

—«Enfrentarse a estos llanos ardorosos, a esta luz blanca y fogosa que sólo hace vivir a los humanos por los que está arriba, para lo celeste, para lo que está más allá». ¿Qué carácter imprime Castilla y León?

—Este párrafo refleja ese tópico (detrás de cada uno de ellos hay una gran verdad) del mar de tierra castellano. En esta región, en una noche estrellada, después de llover, se sumerge uno en otro mar, y el mar de tierra, amarillo o verde, produce una sensación de infinitud, de una realidad no la habitual y nos saca de nosotros mismos.

—En la novela se menciona un tiempo en que se sacralizaron lugares paganos. Hoy, ¿se está frivolisando lo sagrado?

—Es otro de los mensajes del libro, la presencia de lo sagrado —que no es estrictamente lo religioso—. Alguien decía que toda la realidad es sagrada si se sabe contemplar; otro alguien que todo está lleno de dioses. Esta presencia de lo sagrado se encuentra en la piedra, en un bosque, en un atardecer... Toda la realidad es sagrada cuan-

do se respeta. Desde ese punto de vista hay una intencionalidad en el mensaje ecológico, medioambiental, hay una apuesta clara por los espacios naturales.

—Es un libro muy reflexivo, ¿por qué al hombre moderno le cuesta reflexionar tanto?

—Es otro de los mensajes, la necesidad de pararnos a reflexionar sobre nosotros mismos. El protagonista se hace preguntas y encuentra algunas respuestas; es un libro abierto, concluye con interrogantes. Podría haber hecho un final redondo, cerrado, hubiera sido fácil. La mujer, el eterno femenino, lo telúrico, la tierra, lo inalcanzable, entra dentro del componente misterioso del libro. Cerrar con ella hubiera sido sencillo. Pero no se trataba de eso sino de emprender un camino.

—Hay retazos de una tradición preciosa, la transmisión oral de las historias (la del lienzo oculto en la tela de saco, por ejemplo). ¿Por qué se está perdiendo algo tan mágico como esto?

—No sé por qué. Sé que es una de las claves de la literatura leonesa, contamos con un depósito de leyendas, de relatos orales que surten y marcan y moldean al escritor, que se refleja como lo legendario en este libro; es un entramado que ayuda a vivir.

—No deja de llamar la atención en usted, que ha sido etiquetado dentro del grupo de los novísimos, la utilización, el mimo, el respeto y la frecuencia con que en su obra —en este mismo libro también— aparece la Naturaleza, mientras que el grupo era sobre todo urbanita, urbano...

—El hombre necesita entenderse con ella, si no, nos destruiremos. Se trata de buscar el equilibrio, ese estar en sintonía con el mundo natural y no saquearlo. En todos estos mensajes o en este riesgo está nuestro futuro.

—El brote de turismo rural, de vuelta a los orígenes, al pueblo, ¿no tiene algo de artificial?

—Es una vía por la que se rescata ese mundo, a través de lo rural bien entendido; es decir, la naturaleza no es expresión de lo costumbrista sino una naturaleza universalizada, de ahí el sentido de que en lo más local se lee lo más universal, depende de los ojos que empleemos.

—**¿Recibe muchas cartas de lectores?**

—Algunas, y tengo que decir que la mayor satisfacción como autor es cuando conecto con el lector anónimo, ese lector que no conocemos y que nos escribe una carta. Esa minoría inmensa, como la llamaba Juan Ramón, es vital para un escritor.

—**¿Qué hay que pedirle al Arte?**

—La escritura tiene que ser un revulsivo, uno tiene que leer un libro y turbarse, conmoverse. La literatura de leer y tirar, esta literatura *light*, plana, ligera, a mí no me interesa. No hay que olvidar que las grandes preguntas de siempre se responden en la propia literatura.

—**¿Cómo surge la idea de «Leyendo en las piedras»?**

—Del primer relato; el protagonista llega a la casa de sus antepasados, ruinoso, abandonada. Al instalarse allí, la habilita y después se rehabilita él mismo. Hay una superación del medio adverso, y la casa se presenta o se resuelve en cierto modo como útero. Lee en las piedras mientras se pregunta y en el último relato se da una solución parcial, en la presencia de la mujer, pero no definitiva. Desprende el desasosiego propio de los humanos.

—**El elemento mágico, cómo va sintiendo presencias sobrenaturales, etc. Es otro de los elementos del libro. ¿El hombre moderno es más incrédulo?**

—Sí, hay una presencia de lo sagrado y de lo misterioso. Lo misterioso no es lo evanescente, lo utópico, sino simplemente lo que desconocemos; a veces suceden cosas paranormales, a las que no podemos ofrecer una explicación racional, pero están ahí.

—George Steiner en uno de sus últimos libros asegura que el régimen nazi auguró el fracaso de la literatura como fuente de humanismo; Adorno fue más contundente y afirmó aquello de: «¿para qué poetas después de Auschwitz?». ¿Aún es tiempo de poesía?

—Sí, la poesía es el humanismo, es lo que nos puede salvar, no es un lujo ni un exceso; la poesía nos ayuda a realizarnos y es un concepto que he recordado, la literatura y la vida van fundidos, no entiendo lo uno sin lo otro; hay autores que son capaces de separar ambas facetas, lo respeto pero no lo comprendo.

—¿Hay mucho estafador en el mundo de la literatura?

—Hay de todo, hay escritores sinceros, personas que utilizan la literatura para proyectar su psique, que la ven como una actividad de guerrillas, competitiva... yo siempre digo que tienen que pensar en sus orígenes. La escritura es una persona en la soledad de su cuarto frente a la cuartilla en blanco; lo demás llega por añadidura, de haber talento.

—¿Escribe con ordenador?

—No, a mano, todo lo que es propiamente creación, salvo artículos o traducciones, para los que sí empleo el ordenador.

—¿Por qué prefiere el trazo a las teclas?

—Es algo más vivo la caligrafía, me gusta ver el texto, cómo va cambiando, los errores, los tachones... aunque el ordenador, para los traductores, es una maravilla.

—Por cierto, ¿cuál es el sentido primero de la palabra poética?

—El de ser una vía de conocimiento, un medio para conocer la realidad y a la vez para conocernos mejor.

—En sus dos tratados de armonía usted proponía la idea de ésta como ausencia de contrarios, y de plenitud. ¿Puede, la discapaci-

dad, recuerdo la ceguera incipiente de Lidia en la novela, ser armoniosa?

—Puede serlo, la armonía es sinónimo de plenitud, y un ser pleno también puede tener una discapacidad, una sensación plena, de interioridad que en nada se corresponde con el exterior. Este personaje, el de la ceguera, aparece en mi primer libro de cuentos, «Días en la Patagonia». Cómo ella va superando, asimilando y aprovechando su discapacidad.

—¿Cuál es el ónfalo de Antonio Colinas?

—El libro tiene un sustrato autobiográfico; hay una casa, la de mis abuelos, que me ha ayudado mucho para escribirlo. Esta casa, sin teléfono, televisión, cobertura, en la que desconecto, quizá sea mi ónfalo. Cualquier lugar de la naturaleza o de la realidad (un jardín, en la ciudad) donde respiremos conscientemente, puede ser un buen ónfalo, un centro del mundo.

«Me identifico con todos
los perdedores de la
tierra»

Cristina Peri Rossi
Escritora



Por la contundencia de sus respuestas (lástima, una vez más, que no quepan ni todas las que son ni todas las que están) recuerda a la Doña Bárbara de Rómulo Gallegos, una mujer que imprime carácter. Exiliada en España desde 1972, lo suyo es el embriagador y voluptuoso uso del lenguaje, forjado con humor, ternura y honestidad. A Cristina Peri Rossi (Uruguay, 1941) cualquiera de sus libros le ha llevado toda la vida escribirlo.

—Recojo un verso suyo para entrar en materia: «tenía un disfraz de frase bonita». ¿Hay mucho intruso en el mundo de la literatura en general y de la poesía en particular?

—No me gusta hablar de intrusos; hay muchos hombres y mujeres que escriben sin verdadero talento, pero eso ha ocurrido siempre, en todos los tiempos. Ellos también tienen lectores y a veces, muchos más que los de talento. Hay muchísimos poetas, aunque los editores dicen que nadie lee poesía, pero a los recites van buenos oyentes. Hay muchísimos hombres y mujeres que quieren publicar libros; a veces, lo consiguen, pero no pasan de uno o dos: comprenden finalmente que la literatura no paga: no da dinero, la fama es escasa, además de equívoca, no hay sueldo, ni beneficios sociales y no existe el corporativismo. El verdadero escritor sigue escribiendo, a pesar de todos estos inconvenientes, como si fuera masoquista. Cuando me encuentro con alguien joven que desea ser escritor o escritora, mi sorpresa es mayúscula: o les informaron mal o son soñadores. Lo normal es querer ser jugador de fútbol, cantante o actuar en un programa de televisión basura. Pero yo también fui joven, quise ser escritora y lo he conseguido con creces, y no me cambiaría por nin-

guna otra profesión, de modo que a la sorpresa le siguen la ternura y la comprensión. En cuanto a los pobres poetas, los últimos del escalafón, como las prostitutas, se conforman con alguna invitación de un ayuntamiento o con una cena pagada por una diputación.

—Llama la atención su admiración por la pintura, un arte carente de palabras. ¿En qué terrenos fracasa el lenguaje, si es que alguna vez lo hace?

—Además de la pintura, me gustan la música, la biología, la etología, el fútbol, los juegos de azar, los juegos de cartas, el cine, hacer el amor, enamorarme, las playas solitarias, los museos, la filatelia, las colecciones de cualquier cosa, el estilo Bahaus y algunas personas. No entiendo por qué mi amor por las palabras y por la literatura iba a excluir otros gustos o pasiones. Además, entre la pintura y la literatura hay relaciones muy estrechas. De algunos cuadros se dice, por ejemplo, que son muy literarios o muy narrativos. Y de algunos poemas, que son muy plásticos, muy visuales. Las artes se complementan entre sí, se fecundan. Las palabras sólo fracasan si aspiramos a abordar con ellas el objeto por completo. Pero es una omnipotencia infantil que conviene abandonar muy pronto. Y el horror —el social o el subjetivo— es una fuente permanente de poesía. Mucho más que la felicidad. No conozco ningún poema bueno sobre la felicidad; en cambio, conozco muchísimos poemas buenos sobre la angustia existencial, el dolor de vivir, de ser sensible, de ser abandonado, de perder la patria, a la mujer amada, a un hijo o de perder una guerra.

—«En la actividad de navegar/ como en el ejercicio del amor/ ningún marino, ningún capitán,/ ningún armador, ningún amante/ han podido evitar esta suerte de heridas». ¿Qué cosas han herido a Cristina Peri Rossi?

—Soy muy sensible, muy impresionable, por lo cual, me han herido muchísimas cosas, hasta aquellas que no tenían por objeto específico herirme a mí. Por que me identifico con los débiles, con los ne-

cesitados, con los locos, con los enfermos, con los marginados... con todos los perdedores de la tierra. No soporto a los triunfadores. ¿Cuál ha sido su triunfo? ¿Ganar mucho dinero? ¿Ser famosos? ¿Ligar mucho? Para mí la cuestión no es la cantidad, sino la calidad. Además, aprecio la elegancia, y la abundancia y la elegancia no se llevan bien. Me hirió la biografía de Ana Frank, cuando yo era una niña en Montevideo, como me hirió casi hasta volverme loca el destino de las adolescentes violadas y torturadas en Alcasser, o las mujeres secuestradas por las dictaduras del Cono Sur y lanzadas desde aviones al mar o las mujeres lapidadas en Pakistán. Pero también los osos asesinados, y los abrigos confeccionados con piel de visón. Odio la crueldad y la tortura, dos cosas tan difíciles de excluir de las relaciones sociales y de las privadas. Algunas disputas por el divorcio parecen hostilidades tan violentas como una guerra. Sin embargo, estoy convencida de que hay mucho amor y solidaridad en el mundo, de lo contrario, la especie no habría sobrevivido.

—«**La mojo en un verso, y ella, húmeda de mí, rencorosa, me da la espalda**». ¿Le da miedo la sequía creativa?

—Cuando era joven, le temía. Cada vez que acababa un libro pensaba que era el último que iba a escribir, aunque ya hubiera empezado otro. Con los años aprendí que nunca seré capaz de escribir todo lo que hubiera querido escribir y no me provoca frustración. Borges dijo, antes de morir, que su mayor error había sido no ser feliz. No soy muy borgeana, pero esa frase me parece de gran sabiduría. Pero quizá esta reflexión mía no tiene valor dicha ahora, cuando he publicado mi *Poesía reunida*, *El pulso del mundo*, que reúne casi todos mis artículos periodísticos y está a punto de publicarse *Cuentos reunidos*. Si no escribiera una línea más, ya estaría satisfecha con lo que he escrito (falta reunir las novelas, todavía) pero sé que seguiré escribiendo. También sé que no dejaré escapar nunca más una oportunidad de ser feliz por escribir una línea más.

—Adorno afirmó aquello de «¿para qué poetas después de Auschwitz?» ¿Aún es tiempo de poesía? ¿Puede, el poema, la literatura, nacer del horror?

—La frase de Adorno nació de la decepción tremenda de comprender que todos los libros que se habían escrito durante muchísimos siglos no servían para impedir una guerra, no servían para evitar el Holocausto ni para derrotar a Hitler. Pero en las chaquetas de los partisanos que actuaban en la Resistencia había poemas, y había poemas en las cárceles, y durante la Guerra Civil española los republicanos componían poemas y canciones. La revolución burguesa se hizo a partir de los textos filosóficos de los escritores de la Ilustración, como la bolchevique se hizo con las novelas de Gorka o los ensayos de Marx y de Engels. La poesía es un artefacto (arte-hecho) que podemos usar a nuestro antojo: para emocionarnos, para concienciarnos, para deleitarnos, para gozar y para sufrir. La poesía no tiene la culpa del uso que le damos.

—Hay un cierto tono de melancolía (palabra que lleva el sufijo médico) que impregna todo su arte que, sin embargo, queda en cierto modo contrarrestado por su sutil y a veces incisivo sentido del humor. ¿Qué condimento pesa más en la persona de Peri Rossi?

—Margaret Atwood dice que la poesía nace de la parte más melancólica de nuestro cerebro. La cito porque estoy de acuerdo. Vivir es un asunto melancólico, en primer lugar porque estamos destinados a morir, en segundo, porque no sabemos cuándo ni cómo, en tercero, porque podemos decidir muy pocas cosas: no decidimos ni en qué época nacemos, ni en qué lugar, ni quiénes son nuestros padres y hermanos (con los miembros de nuestra familia seguramente no nos tomaríamos ni un café, si no fueran precisamente de nuestra familia) ni decidimos las estaciones, ni el tránsito del tiempo, ni la profesión, que depende del mercado de trabajo. ¿Qué podemos elegir? Entre la lechuga o la coliflor, a veces. En cuanto a la elección del objeto amoroso, es tan aleatoria como el país en que nacimos o la época: elegimos dentro de un pe-

queño entorno. La poesía es melancólica porque habla de lo que no es, de lo que se ha fugado, que es la identificación imposible entre el símbolo (la palabra) y la cosa. La palabra mesa nunca será la mesa en sí, sino su símbolo en determinada comunidad lingüística. Ahora bien, frente a esta melancolía inevitable, yo elevo la dicha de los sentidos: el tacto, fundamentalmente. No puedo hacer coincidir la palabra mesa con el objeto mesa, pero puedo llenarme de sensaciones placenteras cuando toco a la persona que deseo, como hacen los bonobús. Soy una gran aficionada a los bonobús. Se trata de una especie de monos muy felices: sólo se dedican a comer y a acariciarse. No se conoce ningún acto de violencia entre ellos, y cuando un bonobo tiene miedo o está nervioso, todos acuden a acariciarlo. Utilizan las caricias, los mimos, el tacto como sedante, como vínculo. Dado que no hay angustia mayor que la ausencia de vínculos, creo que la civilización de los bonobos ha conseguido un nivel muy alto de felicidad con el viejo truco de comer y acariciarse, las dos necesidades esenciales de cualquier especie. La melancolía no excluye la ironía, ni mucho menos. Es verdad que soy irónica cuando escribo, a veces, para distanciar al lector de algún sentimiento doloroso, pero no soy irónica en la vida real más que con mis enemigos. Jamás heriría a alguien a quien quiero con una ironía. Creo que a pesar de ese fondo de melancolía profunda que aparece casi siempre al atardecer («La hora del lobo», título de un libro de poemas que publicaré próximamente) soy muy sensual, muy voluptuosa, y eso espanta la melancolía.

—Usted que es una enamorada de Berlín (por cierto, ciudad también melancólica), truncada durante demasiados años por el muro que la demediaba, ¿qué le parece la decisión de Bush de levantar otro muro en la frontera con México?

—Es otra estupidez de Bush que parece adicto a la metedura de pata.

—De su literatura se desprende un infinito amor a lo urbano. Tal y como escribiese Horacio Ferrer en ese tango maravilloso, «Ciu-

dades»: «Ciudades, fundadas para odiar/ ciudades, tan altas, ¿para qué?/ ciudades, cada vez de pie/ ciudades, al polvo volverán». ¿Nos embrutece la ciudad?

—Hemos construido ciudades para huir de ellas, por el ruido, el hacinamiento, la contaminación y la falta de espacio. Cualquier estudio de los grandes primates sabe que su agresividad aumenta cuando tienen que compartir espacios pequeños, y eso es lo que estamos obligados a hacer en las ciudades posmodernas: no nos tocan ni veinticinco metros cuadrados por persona. Nos sentimos agobiados en la ciudad y agobiados dentro del pisito comprado a precio de oro gracias a la especulación inmobiliaria que ha enriquecido a unos pocos y encima pagamos hipotecas de más de cuarenta años. En la mayoría de los bares y restaurantes de España suenan al mismo tiempo: la televisión, las máquinas tragaperras, el ruido de las cafeteras, de los platos al chocar, el pedido del camarero y las conversaciones en alta voz de los parroquianos. Para huir lejos. Pero dentro de casa si pongo el despacho no tengo salón, y si tengo salón, no tengo despacho. Los niños del vecino lloran, se escuchan las sirenas de las ambulancias y los motores de los autobuses, ¿cómo escuchar, entonces, a Kiri Te Kanawa?

—Usted comentó en una entrevista que las palabras son pequeños fetiches. ¿Podría revelarnos algunas que suponga eso, talismanes?

—Cierta vez le dije a alguien a quien amaba: «me gustamos mucho». Lo he repetido varias veces: tiene un efecto afrodisíaco al mismo tiempo que enternecedor. También «nena querida». Es el título de un bellissimo libro de relatos de William Saroyan, que leí en la adolescencia y que casi nadie recuerda. La palabra lapislázuli: lo dice todo. No necesitamos ir al diccionario. Pero también son fetiches ciertas palabras obscenas que se pueden decir en la intimidad y nos hacen recordar que somos, ante todo, instinto.

—Su libro «Evohé» supuso un cierto escándalo por la transgresión. ¿Qué ruboriza al hombre del siglo XXI?

—En las sociedades ricas del siglo XXI tengo la sensación de que hombres y mujeres muy jóvenes se ruborizan ante los sentimientos. Han aprendido a hacer el amor (es un decir) mirando películas porno, donde nunca se habla, ni se expresan emociones y están muy orgullosos de poder separar el sexo de los sentimientos. El sexo sé dónde lo ponen. Los sentimientos, en cambio, no los veo por ningún lado. Pero no es una crítica: estoy reflexionando seriamente acerca de que se trate de una nueva adaptación de la especie. Si los niños se pueden fabricar en probetas o se pueden adoptar, no hay ninguna necesidad de relacionar el sexo con los sentimientos. El sexo queda como una actividad placentera o no, pero en todo caso, superficial, y los sentimientos desaparecen, con lo cual, se evitan vínculos afectivos profundos, heridas sentimentales. Vamos hacia un mundo cada vez más hedonista, y no es una crítica: lamento mucho no haber nacido dentro de veinte años, cuando el hedonismo sea todavía más generalizado. Me hubiera evitado unos cuantos dolores. Pero nadie elige la época en la que le tocó nacer, y yo prefiero siempre el futuro al pasado.

—¿Qué aportan a la sociedad colectivos en riesgo de exclusión como los homosexuales o las personas con discapacidad?

—En general, los excluidos tienen una sensibilidad mucho más fina para el dolor, para ponerse en el lugar del otro: han sufrido en carne propia la marginación, el escarnio, la humillación. De manera que pueden aportar una comprensión y una tolerancia mucho mayor que aquellos que han estado siempre integrados.

—«El exilio te enseña a vivir solamente con lo imprescindible». ¿Qué es, para usted, lo imprescindible?

—El amor en cualquiera de sus manifestaciones: amor sexuado, amistad, compañerismo, fraternidad.

—«El yo no iba muy lejos: asomaba la cabeza, salía alguna vez de su ensimismamiento, pero incapaz de comprender lo diferente, de-

masiado frágil como para admirar lo ajeno, rápidamente volvía sobre sus pasos y se refería a sí mismo». ¿Es más cobarde el hombre moderno que sus ancestros?

—No puedo comparar, porque yo no estaba allí. Pero estoy en una sociedad aparentemente rica, en estos momentos, y me preocupan la falta de solidaridad, de compromiso, la resignación con que se acepta que este es el único sistema posible de vivir: coexistiendo con las mafias, con la corrupción, con el enchufismo. Por un lado, este escepticismo me parece muy racional, muy maduro: no somos nada, no podemos hacer nada. Pero por otro, creo que desestimula la verdadera creatividad, que siempre es riesgosa. Aún así, la reacción popular contra la guerra de Irak que hubo en España es un signo de sensibilidad viva, de capacidad de reacción.

—Vivimos la época de la información; sin embargo, la gente en las sociedades más avanzadas se caracteriza por su aislamiento. ¿Qué estamos haciendo mal?

—Mire, la mayoría de la gente en España trabaja ocho o diez horas por día, en horario partido, para ganar mil euros (las estadísticas revelan que más del 57 por 100 de la población son mileuristas), en condiciones laborales peligrosas para la salud física y emocional: ruidos, corrientes de aire, contaminación, luz artificial, jefes sádicos; no hemos progresado mucho desde la Revolución Industrial. Cuando salen del trabajo, como monos enfermos, sólo quieren mirar un rato la tele o Internet e irse a la cama. Según las estadísticas, también, hacen el amor sólo una vez por semana o cada diez días, en el tiempo record de quince minutos. ¿Cómo no van a estar aislados? El aislamiento funciona como una droga obnubiladora: mientras juegan con la playstation o con el ordenador no piensan, que es lo que necesitan para no matar al jefe, pagar la hipoteca o no asesinar a los niños que lloran.

—¿Sigue siendo la poesía «un arma cargada de futuro expansivo», como escribiera Gabriel Celaya?

—La buena poesía siempre está cargada de futuro. Cuando leo algunos de los Epigramas de Marcial o de Catulo podrían estar escritos ahora mismo por poetas españoles rivales, o por poetas amorosos desengañados. La poesía no tiene ni época ni fronteras, por eso tiene futuro.

—Como amante apasionada del cine, ¿nunca le ha tentado colocarse detrás de una cámara?

—Conozco mis limitaciones. Amo el cine, la fotografía, y disfruto escribiendo sobre cine o sobre fotografía. De joven, en Montevideo, me dediqué un tiempo a la fotografía y creo que llegué a hacer algunas fotos muy buenas (nunca retratos), pero el exilio se tragó mi biblioteca y mis archivos. No volví a intentarlo más que como aficionada.

—Por último, ¿qué proyecto tiene entre manos?

—A fines de diciembre la editorial Lumen publica mis *Cuentos* reunidos en una hermosísima edición. No están todos los cuentos, pero están casi todos, incluso algunos inéditos. Estoy muy, muy satisfecha con este volumen y si sólo hubiera escrito esos cuentos también lo estaría. Y acabo de terminar un libro nuevo de poemas que se titula *Mi casa es la escritura*, que publicaré el año próximo.

«El bolero es el telegrama
del amor y la copla su
crónica sentimental»

Martirio
Cantante



Su nombre artístico nada tiene que ver con el sufrimiento; está entroncado con la raíz griega de la palabra y significa «testigo». Maribel Quiñones (Huelva, 1954) o Martirio, si lo prefieren, se parapeta tras sus negras gafas y delante del enhiesto surtidor de imaginación que brota de su cabeza con forma de peineta. Sus ojos —doy fe— son luminosamente verdes, como aquellos de los que habla la copla. Quizá se escribiese para ella, como una profecía, anunciándola. Lleva meses hilvanando boleros para construir su última historia: «Primavera en Nueva York».

—Su disco recuerda a los de Cassandra Wilson o Shirley Horn; consigue con «Primavera en Nueva York» que uno se sienta acogido, abrazado, en un pequeño club de jazz, pero con boleros...

—No ha sido algo premeditado, pero tanto las canciones como el modo de interpretarlas pide un poco eso, que todo esté en función del sentimiento, que no haya ningún alarde gratuito de voz, ningún desboque del sentimiento a favor del efectismo, sino sinceridad y una actitud franca y desnuda. Canto cada uno de los temas de tú a tú. Y gracias por la comparación, por cierto.

—Es un disco que hay que escuchar varias veces para ir degustando todos los matices, sus recovecos, sus guiños...

—Sí, no es un disco que se aprecie en una primera escucha. Tiene mucho trabajo detrás, muchísima colaboración de cada uno de los músicos, que han querido aportar su talento y eso enriquece pero, a la vez, complica más la composición. Así que hemos tratado de que suene limpio. Es lo más difícil de hacer en el arte, convertir en sencillo algo que no lo es.

—**El bolero, ¿es el género de romántico por excelencia?**

—...Digamos que la copla cuenta las historias de amor, las interpreta, y el bolero canta de tú a tú al amor. En el bolero el mensaje es más directo, gracias a un diálogo de corazones; la copla contextualiza ese mensaje. El bolero es el telegrama del amor y la copla su crónica sentimental.

—**¿No es curioso que el bolero eluda sin tregua toda relación de seguridad, todo discurso impositivo, social (familia, matrimonio), y se centre en la seducción con la promesa de un siempre?**

—Porque no le importa la estabilidad económica, social o personal; el bolero se canta desde un arrebato, un desamor, desde un lugar alejado de la consistencia. Se canta desde un sitio más animal que todo eso y en esa cosa salvaje tan humana.

—**¿Es difícil adentrarse en los boleros y no caer en la tentación de interpretar los clásicos? Echo de menos el «Usted» cantado por usted...**

—Cantar temas desconocidos siempre entraña un riesgo, pero mi carrera se caracteriza por eso mismo, por buscar y mostrar algo que está semioculto; detrás de las grandes flores, de las más vistosas, hay otras más pequeñas que hay que buscar porque su perfume es eterno. También quería, de algún modo, hacer justicia a esos autores, grandes poetas, que murieron sin conocer la gloria. En cualquier caso son piezas llenas de contenido y pasión.

—**«Di para qué tratar de vernos otra vez/ tú ya no eres el de ayer y yo he cambiado también». ¿Segundas partes nunca fueron buenas o es un tópico?**

—Depende... hace falta tiempo, lealtad a uno mismo, no volver con la otra persona por dependencia, por la fuerza de la costumbre, porque te pueda la soledad, porque te has quedado vacío... hay que meditar la cosas, analizar por qué han pasado, buscarse... después,

quizá, sólo quizá, pueda emprenderse la segunda parte de una hermosa historia de amor.

—Hay quien piensa que Los Panchos hicieron daño al género, por lo edulcorado de sus temas y sus maneras interpretativas...

—No lo creo. Su proyección fue cuestión de suerte, de público, de circunstancias... sí es cierto que los boleros más románticos nos llegaron a través suyo. Pero hay otros intérpretes magníficos: Petrona Martínez, María Teresa Vera, Elena Burke, Matamoros...

—Hablando de copla, cantaba Juanita Reina, en una de sus últimas grabaciones, aquello de «de las de peina y volante, qué pocas vamos quedando». Aparte de que es un género que ha crecido en nombres como el de Martirio, Carlos Cano, Javier Rubial, Pasión Vega... ¿cree que el género de la copla clásica se librará algún día de la rémora del franquismo?

—Ya se ha librado. Y creo que particularmente he puesto mi granito de arena en esa lucha. Hasta los cantantes pop la entonan. Es un tesoro lírico y musical del siglo XX. Mira Buika...

—Como Rubial, usted lleva a su hijo —un espléndido músico—, en la banda. ¿En qué dificulta y facilita el parentesco, si es que lo hace?

—Ayuda muchísimo, ten en cuenta que me conoce como nadie y sabe cuándo voy a hacer un requiebro, cuánto se mantiene un silencio, etc. Además, es un enamorado de la música, un antropólogo musical y adora los textos, les presta mucha atención. Conoce las pautas, adorna cuando hay un momento de emoción...

—¿Por qué no siempre triunfa la música de calidad?

—¿Por qué se vende más pañuelos de papel que de tela? No hay tiempo para que la belleza repose. La música es una gran revolucionaria y la gente que dispone de tiempo y de sensibilidad para honrar en una música le trasciende y le cambia la vida. Les reporta fe-

licidad, pero a cambio de reflexión, de admiración, de conocimiento, de tiempo en definitiva. Y a los poderes, qué duda cabe, les interesa que la gente sea más gregaria, más domeñable.

—**¿Hay mucho estafador en el mundo de la música?**

—Más que estafador, mucho cara dura, mucho sinvergüenza.

—**¿Cómo se consigue seguir sorprendiendo e innovando más de veinte años después de haberse subido a los escenarios por vez primera?**

—Viviendo para esto, supongo. Mi trabajo me conduce a un deseo, a un vértigo, a una inquietud artística y disfruto con él, te da la sensación de que estás inventando algo, abriendo un trocito de selva con un machete. Eso es lo que sé hacer, y creo que mi estilo —mejor o peor— es único en cierto modo. Al menos tiene mi firma.

—**¿Se siente querida?**

—Muy querida y muy sola, en el mejor de los sentidos. Después de muchos años de trabajo comienzo a recoger el cariño y el respeto de la crítica y del público. Ser coherente no siempre te lleva por un camino recto y rápido. Siento que los músicos me valoran, y eso es muy importante para mí. Y me siento sola porque no tengo una cohorte alrededor de mí que me adule, no me gusta eso, quiero ser una mujer a pie de calle, hacer las cosas yo sola...

—**«Tus palabras son como un mensaje de felicidad». Usted conduce sus espectáculos con un sentido del humor inteligente e incisivo. ¿No cree que falta guasa para afrontar la vida, que todo sería más sencillo con una sonrisa en los labios?**

—El sentido del humor viene implícito en mi paquete, ha sido el bastón de mi vida, lo que me ha sacado de las situaciones más difíciles. El amor y el humor por encima de todo. Y además desconfío de la gente que no tiene sentido del humor, me da miedo.

—**Uno de los papeles que ha interpretado fue el de ciega p rfida en «Makinavaja».  C mo fue la experiencia?**

—Maravillosa, José Luis Cuerda, el director, es un tipo con una sensibilidad y una profesionalidad asombrosas. De cualquier manera, mis incursiones en otras disciplinas ajenas a la música han sido juegos, explorar caminos de expresión distintos, a veces dinero para grabar un disco...

—** C mo suena la copla en inglés?**

—En breve lo sabrás. Pero te adelanto que, aunque es difícil traspasar la riqueza de vocabulario de la copla a otros idiomas, es un género que siempre suena a gloria.

«El éxito fácil ha traído
al teatro a mucha gente
con intenciones
bastardas»

José María Pou
Actor



Durante catorce años su voz se nos acercó a través de RNE para hablarnos de musicales. Lleva muchos más paseando su 1,95 de estatura por los más diversos teatros y rodajes —de cine y televisión—, encarnando a infinitos y plurales personajes (por cierto, dice que le debe a Madrid el hecho de ser actor). Ahora estrena «La cabra», en la que interpreta a Martin, un arquitecto culto, con una familia, respetado y respetable que... se enamora de Sylvia. La obra la firma Edgard Albee (¿recuerdan al autor de «¿Quién teme a Virginia Wolf?»), pero la traducción y adaptación le han supuesto la concesión, entre otros, del Premio Nacional de Teatro 2006. Se iza el telón. Sobre las tablas, José María Pou (Barcelona, 1944).

—¿Qué diferencia hay, de haberla, entre prepararse un personaje clásico, de Pirandello, Chejov, Shakespeare, etc., y uno actual como los de Yasmina Reza, David Hare o el que interpreta ahora, Martin, de Edgard Albea, en «La cabra»?

—Diferencia en cuanto a cómo meterte en el personaje y conocerle, ninguna. El proceso que sigo para asimilar al personaje es siempre el mismo, intento entender a fondo el texto, desentrañarlo, porque toda la información que necesitas para conocer al personaje está en él, no hay que buscarlo fuera. Es cierto que cuando te enfrentas a personajes como el del rey Lear u otros, Marcos, de «Arte», digamos que partes de una base fácilmente comprensible, con un comportamiento lógico respecto de lo que son los seres humanos. Éste personaje, Martin, parte de una premisa que cuesta mucho entender desde el principio: ¿cómo puedo creerme que practico el sexo con un animal, que estoy enamorado de una cabra? Para interpretar bien

el personaje tienes que fundirte por entero con él, llegar a asumir como propio todo aquello que hace, dice y piensa el personaje, si no, no hay papel. Tienes que llegar al punto en el que sepas que lo que le sucede puede sucederte a ti; para ello cuentas con imaginación y sensibilidad. Has de creértelo a fondo e interpretarlo como la cosa más fácil del mundo. Hay trucos, o instrumentos. Por ejemplo —y con esto desvelo pericias de mi técnica actoral— cada vez que pronuncio la palabra *cabra* estoy contando mis amores con ella, lo que tengo en mente es alguna persona de mi vida personal que me suponga una equivalencia semejante. Mi obligación como actor es crearme y defender el personaje y hacérselo creíble al público.

—Hace poco, Carmen Conessa aseguró en esta misma publicación, que personajes como el suyo en «El hielo y fuego», en la que interpretaba a una psiquiatra que entiende y defiende la parte humana de un pederasta, desagradan al público y que los rechaza. ¿Está usted de acuerdo?

—Es malo pensar eso. Cuando decidí hacer esta función, tan dura, sin concesiones, empresarios, productores y compañeros intentaron hacerme desistir de la idea. «El público quiere divertirse de manera fácil», decían. Pero creo que el público lo que quiere es entender lo que ve, en primer lugar, y luego emocionarse. Y quiere emociones que no le da la vida cotidiana. Cuando tiene la generosidad de salir de su casa, ir a un recinto cerrado llamado teatro, pagar dinero, sentarse y dedicarte dos horas de su vida, no podemos hacerles desperdiciar su tiempo, y tenemos que provocarles la reflexión a través de emociones. Esto funciona siempre. Aunque depende de cómo se hagan las cosas. Si el texto carece de la maestría suficiente para saber encauzar determinado planteamiento frente al público, es lógico que éste no responde, pero no es nuestro caso. Albee embauca —en el mejor sentido de la palabra— al público, por eso es el gran maestro, el gran dramaturgo norteamericano del siglo XX. Sabiendo que el tema es escabroso, que produce rechazo (él mismo dijo «por fin he

escrito la obra que me echará del teatro americano»), lo que hace es que los espectadores creen estar ante una comedia. Y, de hecho, el tratamiento del tema, durante los primeros treinta minutos, lo es; el público se ríe muchísimo, hasta que de pronto se da cuenta que de debajo de esa risa hay algo, y comienza a preguntarse: «¿de qué coño me estoy riendo? Esto es muy negro, muy serio». Y cuando piensa esto, ya está cogido por el cuello, ya no puede escapar, está atrapado y sumergido en una tragedia a la que ha entrado por medio de la racionalidad y de los sentimientos.

—Aunque la obra no habla tanto de zoofilia como de la capacidad de entendimiento y comprensión de los seres humanos, ¿de veras cree usted, un hombre tan alto, que podría enamorarse de una cabra?

—Entendemos como normal y aceptado las transferencias afectivas de quienes tienen animales de compañía como perros y gatos. Hay gente que mantiene con su perro auténticas historias de amor, y no sabemos, más allá de las puertas cerradas de los pisos, qué puede pasar detrás de ellas. Pero relaciones de amor con el perro y gato... muchas. Yo también me sorprendí de lo numerosa que resulta esta práctica. Buscando información me quedé sorprendido, horrorizado y conmovido. ¡Pero si hasta hay burdeles de animales en Alemania! Hay gente que practica la zoofilia como una forma de buscar nuevas emociones. Que a eso se le llame depravación o desviación, no me meto. Pero hay otra gente que mantiene una transferencia afectiva tan grande con su mascota que tendrá que plantearse, en algún momento, a qué instinto le conduce. Es lo que le sucede a mi personaje. Él sabe que su «amor» dinamita un montón de reglas morales, sociales, pero no puede evitarlo porque le conduce el amor. Y cualquier consecuencia propia del amor, siempre que no sea forzada —aunque el amor jamás te llevará a forzar—, es justificable. El enamoramiento es irracional siempre.

—**¿Qué perturba más, la obra en conjunto que uno representa, el papel en concreto que interpreta o el lugar donde se estrena?**

—Lo único que impresiona es el público. Cuando sabes que tienes en la mano un texto muy importante, asumes la responsabilidad de no estropear por el camino ese texto; eso también impresiona muchísimo, pero gratifica ser portador de las ideas y palabras de un autor hacia el público. De cualquier manera, es mucho más beneficioso trabajar con un buen texto, por mucho que asuste, que trabajar con textos malos.

—**A diferencia de lo que ocurre con el cine, que el público, en general, tiene más prejuicios con películas antiguas, ¿en el teatro, las obras contemporáneas encuentran más dificultades para mantenerse en cartel y para que los empresarios apuesten por ellas?**

—Tienes toda la razón, pero precisaría algo. Eso sucede especialmente con los empresarios de Madrid. En Barcelona no ocurre lo mismo. En una temporada se pueden ver las siete u ocho mejores obras que se están representando en Londres, Berlín o Nueva York. Los empresarios catalanes están muy atentos a lo que se interpreta en los grandes teatros del mundo. Los madrileños no es que tengan miedo a los textos nuevos, aunque en cierto modo, sí, es sobre todo falta de información, de interés por saber qué se hace en el resto del mundo, por la molición de buscar nuevas cosas, nuevas obras. Pero es una conducta que menosprecia, en cierta manera, al público. Nosotros, con «La cabra», llevamos más de 150 funciones, multitud de premios... Hay que arriesgarse más; el riesgo es inherente a la condición de empresario.

—**¿Se ha dado el caso de que el director de la función tenga una visión de cómo interpretar el personaje distinta a la del propio actor que representa? ¿Cómo se solventa esta divergencia de criterio?**

—Este conflicto sucede a menudo. Y se resuelve, o bien con un golpe de fuerza del director («esto se hace así porque lo digo yo»),

o bien, lo más razonable, sensato e inteligente, se debate entre los dos, tratando de convencerse. En cada montaje, en cada reparto, en cada programa de televisión surge esa disyuntiva. Por lo general, se llega a un entendimiento. Dirigir consiste en contar a los actores una historia, a tu manera. Hay que convencer a los actores de que ésa es la mejor forma de contar la historia. Pero si el actor no lo ve así, es mejor que abandone. Yo he dejado dos montajes a mitad del proceso porque no veía el personaje como pretendía el director que fuese. No pasa nada, ni es traumático.

—Usted, que ha interpretado tantos y tan variados personajes, ¿ha habido alguno que le haya hecho cambiar, modificar, puntualizar algunos pensamientos o juicios como persona?

—Cada personaje te cambia; no es un tópico, es verdad. Para entenderlo, para interpretarlo bien, tienes que buscar dentro de ti aquellos rasgos de tu personalidad, de tu comportamiento que coinciden con los que el personaje exige, y esa búsqueda, esa introspección, nueva cada vez, te obliga a conocerte tanto que te enriquece.

—Usted es de los pocos actores con el arrojo suficiente como para interrumpir una función si suena un móvil. Lo del espectador que no lo apaga o silencia, ¿es falta de costumbre, falta de educación o simplemente estupidez?

—Es un no caer en la cuenta, quizá porque se ha convertido en un objeto imprescindible. Tenemos que acostumbrarnos y convencernos de que hay que apagarlo. ¡Y eso que hay una grabación que lo recuerda, pero no la escuchan, sólo la oyen! Yo he propuesto salir a escena antes de la obra y explicárselo. Me alivia saber que no soy el único que se enfurece. Kevin Spacey, por ejemplo, también ¿Es radical? Sí, pero el público tiene que concienciarse de alguna manera.

—José María Rodero, José Bódalo, Pepe Isbert y otros muchos son nombres alzados por una trayectoria bárbara, que habla por sí misma. Hoy en día, ¿hay mucho sinvergüenza en la profesión?

—...diría que mucha gente equivocada. Antes había que ir de pueblo en pueblo, hasta los cinco años de estar en la compañía no te daban un papelito importante... ahora, de la noche a la mañana, uno puede ser una gran «estrella», bien de la televisión o del cine. El éxito fácil ha traído a la interpretación, al teatro, a mucha gente con intenciones bastardas. Una cosa es ser actor y otra utilizar la profesión para conseguir la fama. Hay que distinguir entre quienes se esfuerzan por hacer carrera de actor y los que se esfuerzan por hacer carrera de estrellitas. A partir de ahí, que cada uno apeche con las consecuencias, pero que no nos confundan. Aunque a mí me parece que debe ser más duro y complicado ser estrella, y el precio que se paga por serlo es mucho más alto.

—Usted, que es un apasionado de los musicales y que nos los acercó durante años a través de la radio, a quién escogería para abrir el baile de Año Nuevo: ¿Cyd Charisse, Gingers Rogers o Anne Miller?

—Jajajaja.... Yo lo tengo clarísimo. ¿Y usted?

—...Pues, con mucha cautela, creo que Cyd Charisse...

—Cyd Charisse, indiscutiblemente. Son tres bailarinas maravillosas. Anne Miller tiene unas piernas alucinantes y la vi hace poco, con ochenta años, y sigue bailando de una manera arrebatadora. Gingers Rogers tenía un gran talento, aunque parte del mismo se lo daba su pareja, Fred Astaire. Cyd Charisse, además de bailar muy bien tiene una personalidad increíble, unas piernas maravillosas, que correspondían al cuerpo de una mujer elegantísima e increíble. Y, como medía 1,85, resulta ideal para mí.

—El oficio de actor requiere mucho sacrificio, empeñar mucho tiempo en cada personaje. En su caso, que además ha abarcado de manera simultánea, cine, teatro y televisión, ¿menoscaba la vida privada?

—Si tú haces lo que te gusta, centrado vocacionalmente, cuesta mucho separar un plano de otro. Para mí hacer teatro no es vida profesional, forma parte de mi vida personal, actuar es mi vida. La gente que comparte su vida conmigo me acepta y no me puede pedir renuncia alguna. No distingo entre ambos planos, aunque a más de uno pueda escandalizarle. Por tanto, mi vida no se hay perjudicado en absoluto.

«El teatro sana
la cabeza»

Remedios Cervantes
Actriz



Quiso ser actriz desde que vio a Lola Herrera en el papel de Carmen Arranz, en «Cinco horas con Mario». Antes de eso, obtuvo el título de «Miss España» en 1986, participó en numerosas teleseries y fue de las primeras modelos en denunciar la presencia de la anorexia en el mundo de la moda. Ahora, Remedios Cervantes (Málaga, 1964) se convierte en empresaria y representa sobre las tablas, junto a Carmen de la Maza, una obra dura, trágica, amarga: «Buenas noches, madre», de Marsha Norman.

—¿Qué es lo que capturó su interés de esta obra que la impulsó incluso a comprar sus derechos?

—Verás, cuando leí la obra, lo que más me gustó del texto es que me veía a mí misma y me hacía mucha ilusión salir al escenario «fea», porque estoy un poco cansada de ser la más guapa de todas las fiestas.

—Es fácil entender el suicidio cuando es fruto de un arrebato, pero cuesta hacerlo cuando el suicida es alguien tan metódico que hace de él un acto premeditado y pulcro. ¿Cuesta interpretar un papel tan duro?

—A mí me cuesta todos los días, ya que es un personaje muy complejo que me descubre cosas nuevas cada día.

—Tal y como plantea la autora de la obra, Marsha Norman, ¿hay decisiones inapelables?

—¿En la vida?

—Sí, en la vida, extrapolando el texto a la vida...

—Sí, creo que sí, pero, ¿a qué decisión en concreto te refieres?

—En general. Es decir, que si hay decisiones incontestables, sin vuelta a atrás, que uno toma y que no cambia pase lo que pase o, por el contrario, ¿cree usted que todo puede reformularse?

—¿Quieres decir si hay decisiones inamovibles?

—Sí...

—Sí, si uno toma decisiones de verdad, como en el caso de mi personaje.

—El subir a escena con Carmen de la Maza, una actriz veterana y con tanto oficio, ¿resguarda o coarta?

—A mí me impone respeto, pero también me da tranquilidad.

—Olivia, en un momento de la obra, dice algo así como «no quiero pensar, quiero sentir, moverme por un impulso que me haga vivir». ¿Es difícil encontrar el equilibrio entre corazón y cabeza?

—En parte, estoy de acuerdo con eso, con vivir a impulsos; de esa manera se sufre menos. Lo que pasa es que es muy triste pasar por la vida sin pensar. Eso es lo que pasa hoy en día en la sociedad, estamos inmunizados con el pensamiento. Estamos comiendo y mientras, en el telediario, vemos que han muerto 150 personas en el Líbano. ¿Dejamos, acaso, de comer?

—Aunque durante poco más de hora y media sois la misma persona, ¿qué hay de Jessie en Remedios Cervantes?

—Nada. Afortunadamente. Jessie es una mujer sensible, muy sensible, y débil. Remedios Cervantes también es sensible y, en cierto modo, débil.

—Es curioso porque aunque hay muchos rasgos de ternura entre ambas, no se procuran un solo contacto físico, ni siquiera cuando la madre sabe que su hija se suicidará... un cogerle la mano, un beso, un abrazo... ¿Somos ahora menos afectivos que antes?

—Sí. Nos cuesta mucho trabajo expresar nuestros sentimientos y es por vergüenza.

—Jessie se siente estigmatizada por la epilepsia. Ahora, por fortuna, no se entiende que no haya integración para epilépticos, discapacitados...

—Sí, con el esfuerzo de todos, pero antes era algo que marcaba mucho y que te relegaba del resto de la sociedad.

—¿Justifica, en algún caso, el suicidio?

—No, en absoluto.

—¿Lo considera un acto de cobardía?

—Lo comparo con la eutanasia. Quitarte una vida que te han regalado no se debe hacer, hay que luchar siempre.

—¿Qué tenía el mundo de la moda que no le da el de la interpretación?

—Son cosas distintas. Me metí en la moda porque era fácil, aunque es complicado ser modelo. Me aportó muchas cosas, pero la interpretación también, gracias a ella me conozco mejor a mí misma, soy mejor persona. El teatro sana la cabeza mucho, te la coloca en su sitio.

—¿Por qué quería opositar a policía municipal?

—Uff, es que tenía una pandilla de amigas en Málaga y decidimos intentar conseguir un trabajo fijo y nos presentamos. Yo aprobé todas las pruebas físicas pero me tiraron en el teórico.

«La falta de supervillanos
muestra lo flojo y terminal
de una civilización»

Fernando Márquez, «El Zurdo»
Cantante



¿Cómo escribir cualquier cosa sobre alguien que es, aparte de un referente musical, literario e ideológico imprescindible, un mentor, un prefecto anímico e intelectual de quien firma esta entrevista? Fernando Márquez, «El Zurdo» (Madrid, 1957), ninguneado por sus inquietudes políticas, por su deliciosa incorrección (que no impostura), renace y se inventa una y otra vez. Atentos. Kaka de Lux, Paraíso o La Mode remiten al corazón de «La Movida», cuyo primer latido fue bombeado por él.

—«Era una guerra en la cual estaba invitado a pelear, pero no tenía nada contra lo que combatir y, aunque era empujado a la lucha y tenía que luchar inevitablemente, carecía de adversario». En estos tiempos salvajes, como le gusta cantar a lo ajeno, ¿contra qué empuñar el arma con la contundencia con la que lo hace Howard Roark?

—Contra la mentira, ese rasgo tan humano...

—La ficción nos depara criaturas pérfidas, abyectas, deliciosas; malvados con estilo, dignos de admiración, elegantes y sofisticados. ¿Hay maléficos de carne y hueso con tanta clase como Lecter, M o el doctor Mabuse?

—Yo no llamaría a M maléfico con clase (más bien un esclavo de sus pulsiones, como Norman Bates —el auténtico maléfico es señor y soberano de sus transgresiones: ya sabes, la vieja dicotomía entre psicópata y sociópata—). En cuanto a los otros dos (hoy tienen un heredero en el maravilloso alevín Stewie Griffin —a quien me atrevería a definir como mi *mini yo* ideal—), son wellesianamente más

grandes que la vida. Hoy en Occidente no creo que exista gente así en el plano real: tal vez en Japón, China, Corea... Precisamente, la falta de supervillanos muestra lo flojo y terminal de una civilización.

—Una de las muchas listas americanas establece en una prelación de diez a los más protervos de todos los tiempos. De ellos, siete son mujeres. ¿Es la perversidad un atributo femenino?

—Si entendemos Lo Femenino como algo que trasciende los géneros convencionales y/o los tópicos hormonales, como algo común a algunas hembras y a algunos varones (criaturas todas de matriz orlandiana —nada que ver, por supuesto, con caprichos de la silicona o del bisturí ni con caricaturas transexuadas—), pues seguramente. De ahí que la Fatalidad tenga *nomme de femme*.

—¿Las llagas alimentan?

—Las llagas no, las cicatrices. Alimentan el espíritu y lo hacen más sabio. El pudor heroico de la cicatriz siempre contrasta con la obsenidad mendicante, chantajista y picaresca de la llaga, de esas llagas abiertas a perpetuidad de manera artificiosa, incapaces de devenir en cicatrices.

—Usted ha reconocido en varias ocasiones que una de sus fuentes de ingresos son los derechos de la canción «Para ti». Sin embargo, ya no figura en su repertorio, salvo excepciones de rigor. ¿Por qué el público es tan poco respetuoso con este tipo de decisiones?

—Por lo general, a quienes les gusta el «Para ti» no les gusta su autor. A quienes más gusto, no les hace demasiada gracia dicha canción.

—¿En qué momento se instauró la creencia errónea de que los artistas se deben a su público?

—Es una regresión al «Viva las cadenas» de los artistas cortesanos y los cómicos de la lengua, a la nostalgia errónea de unas épocas don-

de el arte verdadero no se regodeaba sino que luchaba por salir de su condición subalterna (ahí Velázquez o Shakespeare o Bach... o el pulso entre Miguel Ángel y Julio II). Es la coartada de los mediocres, de los acomodaticios, de los pícaros. Claro signo antiutópico y de fin de ciclo. Es profundamente significativo en este doble lenguaje que hoy busca profanar el arte verdadero que uno de los grupos musicales más horterías del momento se llame... «La oreja de Van Gogh».

—¿Resurgirá la labor del mecenazgo, la de quien se empeñaba apostando por artistas más o menos filantrópicamente o estamos abocados al rédito rápido de productos «culturales» transgénicos?

—Hoy los mecenazgos no pasan de caricatura biodegradable, como bien contaba John Waters en «Pecker».

—Por un lado, los carroñeros políticos, que tratan de sacar partido a algo, La Movida, que ellos mismos —otros, idénticos en ideario— asfixiaron; por otro, los carroñeros financieros, que reeditan recopilaciones delirantes (en las que incluyen, bajo la rúbrica «La movida» a gente ajena a ella) con el único criterio del beneficio; además, el público carroñero, ese que pretende que, morbosamente, veinte años después, los mismos tipos canten las mismas canciones de entonces... Era mucho mejor imaginarse el final de la Movida como usted la describe en «Cualquier fiesta»...

—Como ya he dicho en alguna ocasión, la Movida murió cuando murió Eduardo Benavente. Todo lo ulterior es retro (a veces —no pocas— vade retro, por lo grimoso).

—¿Se ha dicho y escrito todo acerca de este periodo?

—Nunca se dice todo: ¿qué hay de «Waq», de «Décima víctima», de «Monaguillosh», de «Esclarecidos», de tantos grupos interesantes apenas comentados o estudiados en estos dos años de fastos y bombardeo mediático sobre la Movida?

—¿Hubo mucho estafador disfrazado de artista?

—No hubo tantos pero los que hubo bien que chuparon plano e indujeron a la confusión (el peor, Almodóvar).

—1986, año en que deja de existir a ojos del resto de artistas bienpensantes, al apoyar con su imagen a la Falange, en general, y a Diego Márquez en particular. ¿Alguna vez se ha arrepentido?

—Por lo que Falange y Diego Márquez tuvieron de fraude a mis expectativas de entonces, sí.

—CDS, AP, Fe-Jons, Partido Carlista, el mundo abertzale... ¿cree que su malditismo deriva de que no se perdonan las inquietudes políticas?

—En una situación de creciente antiutopía como la presente, la política entendida como compromiso, como testimonio crítico, y no como atajo de apandadores, es vista como una aberración clínica.

—¿Las onomatopeyas del cómic tienen más carga de significado que algunos de los discursos de nuestros políticos o hay alguna excepción?

—Todos los que podían decir (cada cual a su manera) algo mínimamente interesante (Anguita, Verstrynge, Guerra, Aznar...) están retirados del primer plano político.

—Celine, Brasillach, Ezra Pound, Drieu La Rochelle... ¿Los intelectuales de derechas en España, no existen, están intimidados por la izquierda o prefieren no significarse políticamente?

—Salvo Brasillach (maurrasiano escorado al nazismo por amor a los efebos de las Juventudes Hitlerianas), ninguno de los otros nombres es de derechas. Como Jünger o Sorel, resulta difícil situarlos: habría que hablar de nacional/bolchevismo, de vitalismo revolucionario, de revolución conservadora, de nihilismo activo... Llamarlos derechistas resulta tan reduccionista como llamárselo a un comba-

tiende de Hamas, al presidente iraní, a Alexander Zinoviev, a Ayn Rand, a Unabomber o al Verstrynge consejero geopolítico de Hugo Chávez.

—Cuando leo Mary Ann no puedo por menos que imaginarla como una criatura de la Marvel, como una heroína fantaserótica y sin embargo más carnal y real que todas ellas...

—Mary Ann, talidomídica con poderes telequinéticos, es una mutante. La ceguera, la sordera, la focomelia, en tanto que características de nacimiento, conforman conciencias mutantes, más altercapacitadas que discapacitadas. Un talidomídico, en relación con un *normal* es como un *normal* en relación con un ave. Un ciego o un sordo de nacimiento no pueden concebir la visión o los sonidos salvo como pálpitos de una cuarta o quinta dimensión (como para la mayoría de nosotros lo puede ser la glándula pineal) y han de desarrollar mundos singulares, intransferibles para nosotros, pero igualmente válidos. Mary Ann escupe sobre la compasión que convierte al altercapacitado en estereotipo vergonzante para disfrute de nuestra propia y absurda ilusión de superioridad.

—A pesar de sus gloriosas ausencias físicas, Mary Ann tiene una vitalidad, una fuerza capaz de convencer al lector de que lo que realmente excita y revitaliza es la fibra intelectual, más allá de su incompleto. Pero a ojos de la sociedad, una pareja como la que plantea en el libro, ¿no resultaría un modelo de repudio, al estilo Tod Browning en su «Parada de los monstruos»?

—Cuando pienso en Mary Ann, no pienso en el revanchismo expresionista de Browning, con su lastre lacrimógeno, sino en la épica de lo diferente que puede representar el mutante marveliano irredento (o su equivalente intelectual, el héroe randiano, el anarca de Jünger o el Lecter de «Hannibal»). Inasequibles al repudio, desde su propia conciencia de superioridad.

—**Mary Ann es, pese a la perplejidad de quien lo haya leído, un volumen descatalogado. ¿Tan subversiva es la discapacidad al servicio de un cerebro perfectamente armado?**

—Volvemos a lo de antes. En la antiutopía, dado que gobiernan tarados (estos sí que merecen el apelativo de «*deficientes*»), toda muestra de superación de la adversidad y no de abyección chantajista/mendicante (ejemplo paradigmático de esta última, el gordo parálítico de «La matanza de Texas») es vista como desestabilizadora.

—**¿Hasta qué punto, citando el título de uno de sus artículos para ABC, «La vida es un spot»?**

—Los fines de ciclo son un spot. Debord no tuvo paciencia para ver el día después. Yo espero tener más suerte.

—**¿Cuál es el sendero de lo íntimo?**

—La Unidad de Destino... en lo personal.

—**¿Cree que el tiempo será justo con nombres como el suyo, Carlos Berlanga y otros muchos que, siendo trascendentes, hoy quedan a la sombra de otros más banales? Es decir, ¿esa partida la ganará solamente con paciencia?**

—No se puede ganar de otro modo.

«El éxito del público
ya no es esencial para
un autor»

José Luis Alonso de Santos
Dramaturgo



Su voz es la de un tierno profesor minucioso. Tiene prisa en contestar, pero sus respuestas no dan margen a la ambigüedad. Dice lo que exactamente quiere decir. Con más de veinte obras con su rúbrica (algunas hitos ya, como «La estanquera de Vallecas» o «Bajarse al moro»), conferencias, clases impartidas —es catedrático—, dirección y montaje teatral y elaboración de guiones, sólo le restaba lo que le ha llevado toda una vida: confeccionar un «Manual de teoría y práctica teatral» (Ed. Castalia Universidad). A las acotaciones y didascalias, José Luis Alonso de Santos (Valladolid, 1942).

—¿Cómo surge la idea de gestar un manual como éste, con el ingente trabajo que lleva?

—Me ha costado toda una vida, mía, escribir este manual. Mi editor me lo había pedido hace un par de años, y finalmente me convenció para elaborarlo, sabiendo de antemano que suponía un trabajo de monje. Llevo cuarenta años en el teatro y he hecho de todo: he escrito obras, he dado clases, he dirigido, he interpretado, he tenido productoras... vaya, que información de primera mano no me ha faltado, y el manual trata de dar una visión general no al mundo de la literatura, no tiene nada que ver, sino del mundo práctico del teatro. Es cierto que no había precedente alguno; eso entrañaba una dificultad añadida pero también un reto: a partir de ahora los que escriban sobre este asunto tendrán que hacerlo para criticar, enriquecer o discutir este manual.

—Jardiel Poncela decía que el teatro es un gran medio de educar al público. ¿Está de acuerdo?

—Pero la frase no terminaba así, sino de un modo más hermoso y crudo...

—...pero el que hace teatro educativo se encuentra siempre sin público al que educar...

—Es una frase perfecta. Teóricamente hay veces que se tiene la tentación de la educación pública y la redención; se sorprendería si supiera la cantidad de personas que están en el teatro con afanes redentores, con la intención de cambiar al mundo y educar a todos; pero poco a poco descubrimos que el mundo es incambiable e ineducable y que el factor principal del teatro no es el enriquecimiento espiritual, que lo es, no es la educación o los valores, que lo son, sino el entretenimiento, la diversión y la fiesta. La gente fue al teatro desde el inicio de los tiempos porque lo pasaba bien, y cuando no lo pasa bien, no va. Otra cosa es que hay diferentes formas de pasarlo bien, y de eso hablamos también en el manual.

—Ahora lo entretenido es inocuo, malo, superficial...

—Bueno, es que eso depende de a quién entretenga; cuando hablo de entretenimiento me refiero a que un disfrute dirigido a gente con cierto nivel mental. Verá, Velázquez me resulta entretenido. El entretenimiento se produce cuando hay un cierto disfrute cultural y artístico.

—Hoy, se apuesta tímidamente por obras modernas, pero no lo suficiente, ¿por miedo al fracaso comercial, por falta de originalidad en los textos, porque el público sigue prefiriendo a los clásicos?

—Usted lo ha dicho. Cuando uno va a ver un Lope de Vega, un Calderón, un Sófocles, la historia de la cultura ha hecho la selección; cuando se ven obras del pasado ya quedaron seleccionadas las buenas. En cambio, con los autores modernos, esa criba no ha podido producirse. Hay cierto riesgo, porque no sabes si te gustará o no... De cualquier manera, si todo creador hiciese obras maestras, el arte sería lo más fácil del mundo.

—**¿El adaptar a clásicos a escenografías, vestuarios y lenguaje modernos es un sacrilegio?**

—No, es una moda, una moda, eso sí, muy antigua. Lo que pasa es que todo el mundo tiene miedo a quedarse antiguo. Ese intento tiene, por tanto, algo de moda y algo de reto, de desafío hermoso: el deseo de ajustar el pasado al presente.

—**¿Qué es más difícil de crear, un protagonista con el que, como arquetipo, nos identifiquemos o un antagonista pérfido al que admirar?**

—Son las dos piernas de un ser humano. El teatro se apoya en cada uno de ellos. Para que haya un Otelo tiene que haber un Yago, para que Romeo y Julieta se busquen han de estar los padres impidiéndoselo... la otra parte, como la parte mala, injusta, es también humana. Los seres humanos no somos ángeles, somos mitad angelicales, mitad diabólicos. Al llevarnos al escenario eso se trasluce.

—**¿Es el teatro un género que se resiste al sexo femenino?**

—Ahora eso está cambiando. ¡Ojalá hubiera tantas presidentas de Gobierno como autoras actuales! Otra cosa es el éxito del público. Pero hoy en día se puede sobrevivir con unas conferencias, unas publicaciones, un apoyo gubernamental... el éxito del público ya no es esencial para un autor.

—**Una obra de teatro se escribe para ser representada pero, ¿puede conseguirse el mismo placer leyendo el texto?**

—Sí, creo que sí. Toda mi vida he defendido más la representación, pero me he hecho mayor... leído, el teatro es un acto aún más cultural que visto.

—**¿Cuál es la salud de la crítica teatral?**

—No sé qué decirle... dejémoslo en un término medio; no hay una crítica destacada o críticos reconocidos por su prestigio erudito o li-

terario, pero tampoco creo que sean malos... Díaz Canedo, Marquerí... no es época gloriosa la nuestra, pero también es cierto que ha dejado de tener bastante importancia la crítica teatral. Ahora la escribe gente que ni yo mismo conozco, uno que pasaba por allí...

—Hay un auge de monólogos cómicos con mayor o menor caducidad, junto a musicales con una línea argumental más que endeble. ¿Están cambiando los gustos del espectador o son modas?

—El gran daño al teatro se lo hace la televisión; partiendo de esa premisa, diré que el superespectáculo está bien, aunque a mí me aburren los musicales, creo que son una ficción para gente que no va al teatro normalmente; el monólogo tiene la ventaja de que no requiere un gran presupuesto, ni un gran bagaje para entenderlo en su amplitud.

—Pou nos dijo a esta misma publicación que el teatro atraía a gente con intenciones bastardas, que antes había más respeto a la profesión, pero que ahora recalcan en ella modelos, famosos mediocres...

—No lo creo, disiento con Pou. El teatro ha recogido de todo, es como si se hablara generalizando de los camareros, es decir, tópicos; es como decir que los negros tienen el ritmo en el cuerpo, ¿qué negro? «Los hermanos se quieren», pues algunos, mire usted. A mí la forma en la que uno llega a una profesión no me preocupa; hay quien la embarra por snobismo, por huida, por intentar ganar dinero o por salir en el ¡Hola! Las intenciones siempre son diferentes; lo que hay que valorar es el rendimiento real de cada uno. Cuando me opera un médico, lo que quiero es que me cure, no me preocupa tanto que lo haga por soberbia.

—Albee, al escribir «La cabra», aseguró que había concluido la obra que le echaría del teatro norteamericano. ¿Todo tema es susceptible de ser analizado sobre las tablas?

—Albee no escribió una obra escandalosa en absoluto; esconde otra obra que es la que es verdaderamente desvergonzada: la de los mayores que se van con niños. «La cabra» es una anécdota bien escrita, pero no pasa de ser eso, un cuento, un chiste bien construido.

—**Cita usted en el libro, una frase de Miguel Medina Vicario: «la comedia es una defensa contra la angustia». ¿Necesitaríamos irnos corriendo a ver una cada vez que cerramos el periódico?**

—La comedia no sólo está en el teatro sino también en la respuesta de los seres humanos. Una dosis de humor nos coloca en nuestro lugar. Sobre todo después de escuchar o decir esas cosas tan grandilocuentes, tan enormes, tan tontería con esa contundencia... el humor en nuestra ira, nuestras pasiones, da salida a tantas cosas... Nos humaniza porque, al fin y al cabo, no es cuestión de ponerse estupendos.

—**Algunas de sus obras presentan en el título un ingenioso juego de palabras: «Yonquis y yanquis», «Pares y nines»... el lenguaje teatro, ¿por qué es más cuidadoso que otros medios como la televisión o el cine?**

—Sí, sí, sin duda. Me ha alejado de la televisión, aunque he trabajado con ella, pero es un medio tan rápido que no puede cuidar el lenguaje, pasa a segundo plano, y yo no puedo con eso. Cada una de las palabras de mis obras, aunque parecen sencillas, porque busco que los personajes hablen aparentemente de una forma sencilla, ha sido pensada. Está todo calculado. Como cuando El Quijote busca un nombre para su caballo, Rocinante: «Busqué un nombre que fuera alto, sonoro y significativo de lo que había sido antes de que fuera caballo de caballero andante es decir Rocinante». El título de una obra es como una promesa. Y el teatro debe ser el remanso, el reducto, el cofre de las palabras.

—**¿Cuál es el perfil del público de teatro?**

—En general, ha sido siempre una persona de cierto nivel cultural; el buen salvaje vale para bailar, para beber, para cantar, pero no

para ver teatro, para reflexionar sobre lo humano. Eso de que cualquiera va a la ópera y la entiende, y llora, no me lo creo (salvo que llore por lo que dura la obra).

—**¿Algún texto inmortal al margen de los clásicos?**

—Es que soy culturalmente tópico: trágicos griegos, Shakespeare, Chéjov, Lope, Calderón, Tirso, a los que no hemos superado, son mis mentores.

«La fe es un riesgo
hermoso»

Antonio Monda
Escritor y catedrático



El italiano Antonio Monda, profesor de cine en la Universidad de New York, escritor galardonado y colaborador asiduo de distintos medios de comunicación, ha sido capaz de reunir a personalidades tan dispersas como Spike Lee, Salman Rushdie, David Lynch, Richard Ford, Scorsese o Toni Morrison para hablar sobre la fe. El resultado, su libro «¿Crees en Dios?» (Editorial El tercer nombre), en el que hasta 18 intelectuales conversan por la vereda religiosa del ser humano.

—Paul Auster habla de la fe como «el riesgo de la ilusión». ¿Hay que creer en Dios?

—Creer, la fe misma, implica un riesgo: el de estar equivocado, pero, como escribió Platón en «el Fedón», «el riesgo es hermoso». Cualquiera que crea puede descubrir que estaba errado porque la fe poco tiene nada que ver con el intelecto, pero ese riesgo ese es lo único que da un sentido al creyente. Además, Dostoievski decía que si Dios no existe, todo está permitido.

—Pero si la fe poco tiene que ver con el intelecto, ¿por qué reunir a 18 intelectuales para hablar sobre Dios?

—Puede haber una forma de entrelazar fe e intelecto. Juan Pablo II escribió una Encíclica a propósito, «*Fides et ratio*» («Fe y razón»). El libro surge a partir de un dato de una encuesta: el 90 por 100 de los norteamericanos se dicen creyentes. Si se tiene en cuenta los entrevistados, el porcentaje disminuye hasta el 40 por 100. La primera conclusión que puede extraerse es que cuanto más inteligente, más culto, más erudito es uno, más se aleja de la fe, de Dios; otra conclusión sería la inversa, pensar que a la fe no le interesan los sabios,

o que éstos no saben cómo o dónde buscarla o que utilizan instrumentos, métodos inadecuados. Chesterton recuerda el hecho de que la Iglesia de Cristo se fundamenta no en un místico como Juan, no en el intelectual Pablo, sino en un estafador, en un *snob*, en un cobarde: en una palabra, un hombre, Pedro. Aun así, entre los intelectuales ha encontrado a gente muy creyente, como Jane Fonda (actriz), Eli Wiesel (escritor rumano), Scorsese, Saul Bellow (Premio Nobel de Literatura) y otros muchos que no creen, pero tampoco descreen.

—En cualquier caso, bien que lo erudito se aleje de la fe, bien que la fe huya de los cultivados, ¿a los intelectuales les molesta, les incomoda hablar sobre Dios?

—Sí, no es fácil convencerles de que hablen sobre un tema así; un pensador del XIX decía que la existencia de Dios es un tema que siempre ha sido motivo de discusiones, pero que no se revela como un tema cómodo.

—¿Por qué estos 18 y no otros?

—Al principio quería ceñirme sólo a escritores, pero tuve el privilegio de conocer al arquitecto Daniel Libeskind, y tuvimos una extensa e interesante conversación sobre Dios; por él decidí ampliar el espectro, y no ceñirme sólo a cristianos, sino hablar también con judíos, protestantes, agnósticos, ateos, musulmanes... y también hombres, mujeres, negros, indios, blancos... y el libro muestra un plantel caleidoscópico.

—Pero se echa en falta a Woody Allen...

—Cuando le llamé estaba en Europa preparando «Match point». No obstante, dudo de que hubiese participado en este proyecto; en cualquier caso, en sus filmes, él cree que la religión es el opio del pueblo y, sin embargo, sobre todo en «Match point» plantea que la vida se rige por el destino.

—**¿Qué ha aprendido de este libro?**

—Cuando era muy joven, hace veinte años, trabajé en la televisión italiana y entrevisté a Primo Levi (superviviente del Holocausto) y le pregunté: «¿qué recomiendas a un joven periodista que no es judío y quiere saber todo sobre vuestras costumbres, vuestra religión?» Y él me respondió que debía de hacer algo harto complicado: no sucumbir a los prejuicios. Y reconozco que antes de escribir tenía muchos prejuicios, por ejemplo, pensaba que no podría conversar con alguien sin fe, pero no es así, y me lo demostró el agnóstico Arthur Schlesinger (ganador de dos premios Pulitzer y asesor de Kennedy).

—**¿Cuál fue el testimonio que más le sorprendió?**

—Citaré cuatro: el de Eli Wiesel, que sufrió la experiencia más terrorífica, el Holocausto, y a pesar de ello jamás le tembló la fe y sigue rezando todas las mañanas; el del más joven de los entrevistados, Nathan Englander (escritor), quien me confesó: «no sé si creo o no, pero si me preguntas dónde está mi abuelo te diré que en el cielo»; el de Saul Bellow, el primer entrevistado, que me confesó que rezaba, pero que nunca pedía nada «por no molestar a Dios»; y el de Derek Walcott (Nobel de Literatura), un negro caribeño que se imaginaba a Dios como la imagen prototípica, hombre anciano con larga y blanca barba, algo que no deja de resultar chocante.

—**A grandes rasgos, ¿cómo anda el hombre moderno de fe?**

—Creo que en Europa estamos viviendo una etapa de laicismo, y hay mucha diferencia con el resto de continentes; nosotros nos alejamos de la fe, nos da miedo. Las amenazas para la religión son dos: los fundamentalismos, de cualquier tipo, y no me detendré en este punto porque sabemos de lo que hablamos, y la «new age», actitud que invita a que cada uno coja de la religión lo que le gusta. ¡Como si la religión fuera un buffet libre en el que cada uno se sirve lo que le apetece y rechaza lo que no le gusta!

—Hoy en día hay una corriente que mantiene que la religión debe de ser un fenómeno que pertenezca a la esfera privada, y que no hay ningún tipo de ingerencia de ésta en la esfera pública.

—La religión no puede ser privada; lo fue al principio, por ejemplo, en el Cristianismo, cuando la desarrollaban a escondidas. Cualquiera creyente, independiente de su credo, tiene que atestiguarlo, es decir, proyectarlo. Si tiene unas creencias, las pondrás en práctica, luego las haces públicas. Ghandi dijo que quien crea que la religión y la política no tienen nada que ver es que no conoce la religión ni la política.

—Aznar. Presidente español, político, pues, y católico. Decidió apoyar una guerra, enfrentando su «profesión» con su «credo». ¿No pueden abstraerla la una de la otra?

—No puedo contestar por él, por supuesto, pero ese tipo de decisiones son duras y difíciles, escoger entre ser, en una decisión, un hombre de fe o un político... La guerra es siempre horrible, siempre, pero hay momentos en los que lo más horrible, la guerra, es el mal menor. Churchill, Roosevelt, Da Gaulle decidieron ir a la guerra, siendo hombres de fe. ¿Por qué? Para evitar un mal mayor.

—¿Qué cree que pensará Él de nosotros?

—Que nos quiere, a todos; soy creyente, no puedo pensar de otra manera.

—Y a Dios, ¿qué opinión le merecerá la discapacidad?

—No hace distinción. Desde luego no creo que sea un castigo, como se estipuló durante siglos.

«Más que el talento, lo que se ha perdido en el mundo de la música es la personalidad»

Jaime Urrutia
Cantante



Formó parte de dos míticas bandas del pop español, «Ejecutivos agresivos» (¿Recuerdan a Maripili?) y Gabinete Caligari. Después de dos discos en solitario, presenta ahora un directo, «Jaime Urrutia en Joy» (Dro). Rozando el medio siglo, tiene las alforjas del recuerdo cargadas de pedazos de historias que pertenecen al gran mosaico de la música de nuestro país. Con parpusa para todos ustedes, el rockero más bizarro y castizo.

—La responsabilidad de saber que el concierto va a grabarse y se va a comercializar, ¿merma el disfrute?

—Cuando lo estábamos preparando, yo tengo la sensación de que este disco es uno de esos «para toda la vida». Pero claro, tiene que estar preparado en un único día y tiene que salir todo bien. Tanto la banda como los invitados estuvimos un mes entero ensayando a diario, con una disciplina marcial; eso te da cierta tranquilidad porque lo tienes bastante atado todo. Es cierto, como dices, que la presión de que no falle nada, de que todo el mundo esté a gusto, etc. Te hace estar tan pendiente del aspecto técnico que no es el concierto que más he disfrutado en mi vida, es cierto. Y dentro de eso, no me puedo quejar, pues sólo tuvimos que repetir un tema, «Caray». ¿Te he dicho que es un buen disco? Un disco para toda la vida...

—Ya que hemos hablado de los inconvenientes, ¿qué es lo que más le gustó en su primera experiencia con el directo?

—Nunca fui un ferviente entusiasta de los directos... recuerdo en concreto uno, de The Beatles, en el que se escuchaban más los chillidos del público, de las chicas, que al grupo, sonaban mal, muy mal... no me gustan los directos, vaya, pero reconozco que es una ex-

perencia muy distinta al estudio, no tiene nada que ver, y me ha gustado aventurarme en ella. Es un disco...

—...Para toda la vida. Su estilo es inconfundible, tu forma engolada de cantar, tu pose, la parpusa... ¿Todo eso una permanente declaración de principios?

—Eso es, una declaración de principios. Así es Jaime Urrutia, sobre un escenario y caminando por la calle. Urrutia cien por cien. El disco comienza con un pasodoble, Gallito, que refuerza esta idea. Soy así, con ese rollo castizo y torero. Y reconozco que en este disco lo he explotado al máximo.

—Después de ese pasodoble tan taurino, toca «Delirios de grandeza», una canción de Gabinete poco conocida...

—Sí, está en un grandes éxitos, descatalogado, de EMI, pero los fans de Gabinete siempre nos la pedían.

—¿Por qué a los grupos que surgen, incluso los que llevan tiempo en el mercado, les cuesta tanto encontrar un sonido propio, por qué suenan clónicos, por desidia de las discográficas, falta de talento o adocenamiento del público?

—Más que el talento, lo que se ha perdido es la personalidad. Pezera la tienen, por ejemplo. Sé que yo también la tengo, y muy acentuada. Por eso gusto mucho o suscito odio fervoroso.

—¿Aquí, en este despacho, no rige la ley antitabaco?

—No.

—¿Por qué le cuesta tanto al rock hacer amigos en España?

—Como dice Ariel Roth, porque es el pariente pobre. No sé... Está un poco mal visto, no sé por qué, a España le interesan más otras cosas musicales... Igual ocurre en los toros, los que más tolean son Ribera Ordóñez, El Cordobés y Jesulín, que son los que interesan a

la prensa del corazón; en cambio, otros como Morante de la Puebla o José Tomás, los toreros de verdad, no suscitan tanta multitud. Supongo que como la vida de los rockeros no interesa, no tiene glamour para los medios, a la gente no le ha calado.

—¿Por qué a la tele no le interesa la música?

—Hace muchos años que dejó de interesarse por la música. Del tema «Camino Soria» o «La culpa fue del cha-cha-chá» hicimos 45 televisiones, todo el día estábamos en la tele; cuando irrumpieron las privadas, el interés decayó. ¿Por qué? No hay programas específicos y los microespacios que quedan se emiten a unas horas intempestivas... La audiencia no debe ser suficiente para que ellos ganen pasta...

—La vena más lírica de Urrutia aparece en el disco cuando canta con Drexler uno de lo temas más hermosos, «Pitusa»...

—Es un punto de inflexión, una canción para tomar un respiro, crear un clima íntimo, recogido; Jorge escuchó el tema y, aunque no pudo venir a ensayar, el día de antes, en el mismo Joy Eslava, lo tocamos. Él aportó ese punto de serenidad, de paz tan propio de Jorge. El tema le iba al pelo perfecto. No conocía la historia de «Pitusa», que era como llamaban a Fortunata, el personaje de Galdós, y le gustó la historia. Fue el artista que más sello propio dejó en el tema. Es el tema menos Urrutia.

—En sus discos hay canciones con tanta fuerza («Dónde estás» o «Qué barbaridad» en «Patente de corso» o «Maribel» en el segundo, «El niño eléctrico») que eclipsan otros temas más humildes pero más virtuosos, como «Pitusa» o «Vestida para mí»...

—Hay canciones o temas más promocionados, eso influye mucho. No obstante, celebro que te gusten ambos temas porque creo que son dos de mis mejores composiciones. «Vestida para mí» había pensado interpretarla con Alaska, con el rollo ese que tanto le gusta del fetichismo, creo que le iba bien, pero no pudo venir...

—**Aparte de Alaska, que no pudo estar, y de Eva Amaral (bárbara la versión «Camino Soria»), ¿a quién le hubiera gustado invitar?**

—Pensé en Julieta Venegas, pero no pudo ser. Me gusta su estilo y sus canciones son bonitas.

—**Loquillo colabora en dos temas, ¿su mentor, su compadre?**

—En la versión de «¿Dónde estás?» él hace el fraseo de «Ey, nena...», pero sólo habíamos pensado tocar juntos «Caray»; no fue algo premeditado...

—**En otros países a un músico no se le empieza a respetar hasta que alcanza cierto grado de madurez, que viene acompañado, salvo honrosas excepciones, con la edad. En España, ¿cuesta, rozando los cincuenta, mantenerse en el cartel, en lo alto del cartel?**

—Por supuesto, no imaginas cuánto, muchísimo. En los últimos discos de Gabinete ya lo hablábamos. Piensa en gente como Neil Young, The Eagles, Rolling, Bob Dylan... son dioses. En cambio, artistas como Loquillo, Ariel Roth, Miguel Ríos... cada vez que sacan, sacamos, un disco, tienes que pelarlo como si fuera el primero. Tenemos nuestro público fiel, pero también nos o me gustaría ser número 1 de los *Cuarenta* alguna vez, por ejemplo. Pero aquí, para interesar necesitas ser joven, una cara bonita, etc.

—**José Tomás aseguraba que el que el público guardase silencio era lo que más le preocupaba, aparte del toro, en la plaza. A Jaime Urrutia, qué le inquieta más, ¿el respeto de sus compañeros, la crítica o el público?**

—El público; al fin y al cabo una crítica puede ser mala, pero tiene un valor relativo; los compañeros están ahí y tú trabajas y tocas para el público.

—**¿Cansado de hablar de La Movida?**

—Cansado de hablar de ella en plan folclórico. La viví, soy parte de ella, y lo asumo. Pero cuando se exprime tanto un tema que llega a caricaturizarse, me molesta.

—**Hay una parte del público de La Movida que sólo quiere escuchar los temas clásicos, lo que impide crecer a un artista y le obliga a un cierto inmovilismo. ¿Se siente atado a Gabinete?**

—No, pero tampoco renuncio a él, es parte de mi vida. Por ejemplo, Auserón siempre se ha negado a cantar canciones de «Radio Futura»; yo no he sido tan drástico, por varios motivos: con mi primer disco no tenía repertorio, con el segundo tampoco, pero la razón fundamental es que esas canciones para mí son especiales y mías. Con Gabinete nos pasó un poco eso mismo con el último disco, que la gente pasaba de los temas recientes y quería los de siempre.

—**La explosión de creatividad de la movida, ¿eclipsó a otras bandas anteriores, como «Los Iberos» o «Los Pekenikes»?**

—¡Coño, Los Iberos es el mejor grupo de los sesenta! Qué canción aquella de «Summertime girl». Volviendo a la pregunta creo que los sesenta están muy bien considerados, gente como Los pasos, Los Bravos, Sirex, etc., han sido reconocidos. Al fin y al cabo, los ochenta fueron unos sesenta revitalizados. Quizá sí eclipsamos, sin quererlo, a grupos de los setenta...

—**Tipo «La Romántica banda local»...**

—¡Joder, qué buenos, la Romántica...! Los vi en directo un par de veces. Gracias por el recuerdo.

—**¿Qué hubiera cambiado en Gabinete Caligari como banda si hubiera representado a España en Eurovisión en vez de Cadillac y su «Valentino»?**

—Bueno, estuvimos a punto de ir, y nosotros estábamos dispuestos. Hubiéramos ganado... Nuestro tema era «El calor del amor en

un bar», una canción redonda. De haber ido, no nos lo hubiesen perdonado. Ten en cuenta que cuando sacamos el single «La culpa fue del cha-cha-chá», nuestros seguidores más fieles nos echaron en cara hacer una canción tan «pachanguera», con que si vamos a algo como Eurovisión...

—**Las grandes bandas, ¿están abocadas a la ruptura?**

—Sí, todo tiene un ciclo y, por tanto, su final. Musicalmente Gabinete ya lo había dado todo; a mí me dolió mucho romper el grupo, muchísimo, pero notaba que faltaba ilusión, sobre todo en el local de ensayo. También es cierto que nuestro último trabajo pasó por completo inadvertido...

—**Salvo los Rolling...**

—Es que nosotros no esnifamos *esas cosas*...

—**De Maripili a Maribel, ¿qué es lo mejor que le pasado sobre un escenario?**

—Qué buena comparación, de Maripili a Maribel... Pues... muchas, y muchas están en este disco: «Qué barbaridad», «Cuatro Rosas», «Suite nupcial», «Camino Soria»...

—**¿Qué temas se han quedado fuera?**

—«Más dura será la caída»... por ejemplo.

—**¿Ejercen su derecho al voto los rockeros?**

—Yo sí. Al principio no lo hacía, pero después me di cuenta de que era necesario, para cambiar las cosas, comprometerte...

—**Usted que es un entendido, ¿cómo ha ido la Feria de San Isidro este año?**

—Los toros están teniendo un resurgir acojonante. Sé que hay mucha gente antitaurina, que han llevado el tema al Parlamento de Bru-

selas, pero de la Fiesta vive mucha gente y disfruta mucha más. A mí me parecería absurdo que prohibieran los toros. Cuando estaba en Gabinete fui a un par de debates televisivos pero me aburren, los argumentos son siempre los mismos.

—**¿Y cómo andamos de respeto a la diferencia, al otro, al distinto?**

—Depende de lo que uno mismo se respete.

ESTO NO ES UNA ENTREVISTA CON ESTHER PEÑAS

Cuestionario apócrifo

Por Luis Cayo Pérez Bueno

Pregunta.—*Leyendo Entrevistos he imaginado el siguiente argumento para un cuento. Alguien a quien le molesta tener razón, a quien le apura ser brillante, que siente pudor por llamar la atención sobre sí mismo. Vive sus dotes como una suerte de molestia, de carga no deseada. Usa la conversación con los otros, el diálogo, para que los demás, sus interlocutores, digan las mayores agudezas, den las más refinadas muestras de ingenio. Saca, porque lo pone, de modo disimulado, lo mejor de los otros. Hace felices y óptimos a sus amigos y conocidos, sin halagarlos y sin instalar en ellos la incómoda sensación de que le deben algo. ¿Podría inspirar la periodista Esther Peñas al personaje de ese cuento imaginario?*

Pregunta.—*Cuando uno se acerca a personas célebres, respetadas por su trabajo, por sus méritos o por su arte, incluso con las mejores intenciones, teme descubrir razones que atenúen o anulen su admiración. «Prestigio», en latín, quiere decir engaño. Prestidigitador es el que engaña, con juegos de manos, los sentidos de los espectadores. La proxi-*

midad suele romper el encanto, el encantamiento, mejor dicho, que está en la base de cualquier admiración. ¿Conocer, saber es siempre fuente de desdicha? ¿A qué preguntar? ¿Hay un interés que no sea culpable? ¿Puede haber inocencia en la curiosidad?

Pregunta.—La superstición moderna quiere que sea el autor, y sólo el autor, el centro de toda la actividad artística. Los lectores, los espectadores, el público son una condición tristemente necesaria, pero subalterna. La única dimensión de interés la representan los autores, que de algún modo se han sacralizado a sí mismos, oficiando como ministros del nuevo culto del arte. El arte y su mística fácil, se diría, son la única religión admisible. Confiamos poco en la capacidad del lector, del espectador para hacer suya la obra: lo vemos como algo pasivo, mero receptor. Hay que democratizar el arte, hablar de un colectivismo estético. ¿Por qué el lector, el espectador, no pueden ser tan soberanos como el autor, por qué su lectura o su contemplación no pueden ser un ejercicio de recreación?

Pregunta.—En nuestro mundo actual, lo que no tiene imagen pública, o lo que es lo mismo, lo que no aparece en los medios de comunicación corre el riesgo de no existir. Nunca ha sido más cierta aquella afirmación de los filósofos idealistas de que ser, tener entidad, depende del hecho de resultar percibido. Nuestra realidad, personal y social, tiene como condición constitutiva el que nos perciban. Somos, no tanto la imagen que proyectamos, cuanto la imagen que de nosotros reciben. Somos en tanto que reflejo. ¿Son los medios de comunicación los sostenedores del mátrix, del mundo especular, sombra de una sombra, que tan seguidamente se nos presenta como realidad?

Pregunta.—Si damos por cierto lo anterior, las personas con discapacidad seríamos seres casi irreales, pues a pesar del hecho material de nuestra existencia —un 10 por 100 de la población mundial presenta una discapacidad— apenas comparecemos ante el gran teatro del mun-

do mediático. Somos apenas una voz «en off», cuyos leves ecos se oyen muy pocas veces en el repleto y estridente escenario de los medios. ¿Cómo podemos cobrar carta de naturaleza? ¿Debemos de tratar de que nos devuelvan o restituyan un ser oculto u opacado, o más bien, hemos de dotarnos creativamente de una realidad? ¿Se trataría menos de ser o descubrir lo que somos, como de hacernos?

Pregunta.—Hoy se celebra la diferencia; forma parte del credo progresista al uso. Pero la diferencia, por sí misma, no tiene por qué ser un valor. Lo será en la medida en que sepamos administrarla; en la medida en que establezcamos una relación creativa con ella. ¿Qué hago yo, en solitario o en grupo, con este elemento diferencial que porto? ¿Qué contenido le doy? No soy mi diferencia —bien, puedo limitarme a ser sólo mi diferencia, y a recrearme en ella, sería legítimo— sino lo que hago con mi diferencia. En ese hacer, ¿puede haber creatividad, inventiva, pensamiento, afecto, ética, estética? En ese hacer, ¿pueden darse los elementos para una vida plena?

Pregunta.—La posibilidad del arte, su misma continuidad, están en entredicho. Los mensajes de índole apocalíptica están al orden del día. Que no hay arte, que las ideas han cesado. Lo del agotamiento de ideas es un lugar común. Pero no se trata de cosechas o de producciones de fábricas: un año se dan bien, otro mal. Muy al contrario de lo que se dice, la actividad mental y de la imaginación es incesante. Ideas sobran, están por doquier. ¿No cree que ahora mismo se están concibiendo y se están creando obras imperecederas? Lo que ocurre simplemente es que no nos han llegado aún o que de tan nuevas no tenemos los códigos para reparar en ellas y para descifrarlas. Nos falta familiaridad. ¿Podríamos afirmar que algo hermoso amenaza con nacer a cada momento? ¿No se trataría sólo de estar atento?

